

# ARMAS Y LETRAS



— DIRECTOR - PROPIETARIO —  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO II

NÚM. 18

JUNIO, 1921

Número suelto 1,30 ptas.

Ayuntamiento de Madrid



# LA MEJOR MOTOCICLETA

*De sport y Guerra  
es la  
Harley-Davidson*

*Exposición y venta:  
J. A. de LANDALUCE  
Marqués del Riscal, 7.*



*M. Chélon*





# ARMAS Y LETRAS

REVIVIENDO AÑEJAS TRADICIONES

## LA NACIÓN CHECO-ESLOVACA



El puente de Carlos en Praga muestra sus antiguas torres que dominan el Moinan el Moldau.

### Checo-eslovaquia y su capital.

Desmenbrado el grande y heterogéneo imperio austro húngaro a la terminación de la gran guerra, uno de los nacientes estados que se formaron, la república checo-eslovaca, es quizá la que ha salido mejor librada, pues unidos el antiguoreino de Bohemia, la Moravia y la Eslovaquia han constituido una poderosa nación de doce a trece millones de habitantes, que tiene a Praga como capital.

No se crea que Praga es una ciudad arribista, que ha conseguido este rango por sus intrigas; nada más lejos de la realidad. En los tiempos esplendrosos de Bohemia, cuando era un reino independiente, Praga era la capital, descendiendo a una sencilla capital

provinciana cuando el imperio de los Habsburgos se anexó a Bohemia y aunque no perdió totalmente su carácter de reino, pues los emperadores de la noble monarquía eran reyes de Bohemia y como tales habían de coronarse en Praga, esto no era más que un simbolismo ya que de hecho Bohemia era una provincia más del dilatado imperio, y, Praga, su capital, estaba humillada por Viena y Budapest, que sentían envidias de su pasado grandioso.

Desde los comienzos del siglo XVII, cuando la derrota de la Montaña Blanca, data su servilismo. Sus libertades fueron abolidas y los ilustres señores checos, que constituían la más añeja nobleza del país, fueron decapitados en la plaza pública y sus bienes confiscados y entregados a extranjeros, sobre todo a los alemanes, que formaron una nueva nobleza sin raigambre en Bohemia.

Metida Bohemia en el célebre cuadrilátero de su nombre no necesitaba de ingerencias extrañas para vivir. Su fértil suelo, sus abundantes canteras de mármoles, piedra común y caolín o arcilla fina con la que fabrican sus lindas porcelanas; su cristalería famosa, sus fuentes termales, y sus cultivos, especialmente el del lúpulo, la hacían dichosa y envidiada de todos.

### Un poco de historia ¿Qué son los checos?

Bohemia ha recibido este nombre de sus primeros pobladores, los *Boios*, pueblo celta, oriundo de la Galla que fueron expulsados por los Moreomanos, tribu germánica, que a su vez corrieron la misma suerte, siendo substituidos por los *cheques*, gentes de origen eslavo, cuyos descendientes forman hoy la mayoría de la población.

La denominación de cheque procede del nombre de un guerrero, llamado Chek, que se hizo notar por su espíritu de conquista y reorganización, y como reunía además todas las condiciones propias para el mando consiguió ser el jefe de los eslavos que se posesionaron indefinidamente de la Bohemia.

El primer imperio Eslavo lo formó Samo, que fué elegido rey por sus combinadas victorias, consiguiendo que sus dominios se extendieran grandemente.

Tuvo Samo tres hijas: Rosa, Tecla y Libura, que, por tener más talento e instrucción que sus hermanas, fué elegida reina a la muerte de su padre; pero cuando algunos sucesos graves venían a poner en peligro la seguridad del Estado, reuníanse las tres hermanas y celebraban consejo.

Un día en que Libura debía intervenir en un proceso entre dos señores cheques, aquel a quien condenó se extralimitó al extremo de faltarla al respeto, y dijo que no se sometería a las decisiones de una mujer.

Libura, temiendo una guerra civil, abdicó el poder



## ARMAS Y LETRAS

invitando a la nación a que eligiera un jefe; pero el pueblo, en vez de elegirlo por sí mismo, declaró que aclamaría a quien ella indicara.

Libura concedió este honor a Premysl, señor de Stadie, y una embajada se presentó a éste, ofreciéndole la mano de Libura y la corona de Bohemia. Premysl, que labraba en aquel momento por sí mismo sus campos, sorprendiéndole la embajada, guiando el arado, aceptó con júbilo la proposición que se le hacía, vistió las insignias de su nuevo rango, montó a caballo y partió hacia el castillo de la joven soberana.

Tal es la leyenda checa, importante por la gran influencia que en la historia del país, y aun en la Europa central, vino a ejercer la familia de este Premysl, del cual descienden por la línea femenina los emperadores de Austria.

### El idioma de los checos.

La lengua bohemia pertenece al grupo eslavo y se habla principalmente en Bohemia, Moravia, Silesia y Hungría. Dividido en varios dialectos, en que el principal y el más puro se habla en Praga, une varios nombres, y en Bohemia se llaman *cheques hamaques*, en Moravia y eslovacos, en Hungría.

Estos diferentes dialectos no son en el fondo, más o menos mezclados, que voces extranjeras predominando el alemán, con el que el pueblo checo ha estado más en contacto, pudiéndose achacar el gran número de germanismos y latinismos a la propaganda religiosa.

Por otra parte, el bohemio o checo es considerado como la lengua eslava, que ha llegado al estado de idioma completo y formado, y, en la actualidad, con el ruso y el polaco es uno de los más perfectos.

Bohemia es rica por su suelo, por su industria y por su comercio, hasta el punto que exporta más que importa. Sus habitantes son sencillos: laboriosos y muy amantes de su país.

Su idioma estaba a punto de desaparecer por la ingerencia avasalladora del alemán; pero unos cuantos literatos checos, hicieron vibrar el alma del pueblo con cantos, poesías y leyendas; y pusieron tal fe en su obra patriótica, que bien pronto se sacudieron el yugo extranjero y la lengua checa adquirió el brillo y lustre que le dieran sus ascendientes.

La vivienda checa difiere muy poco en las de los otros pueblos eslavos, suntuosa y rica de las clases elevadas, forma gran contraste con las de la clase hu-

milde; pero en unos y otros hacen gala y lucen las porcelanas de tanta fama como las cristalerías conocidas en todo el mundo.

### Praga y sus monumentos.

La ciudad vieja de Praga, aprisionada por la nueva, tiene monumentos antiquísimos de un valor arquitectónico indiscutible. A la entrada de la población está el Puvrthurm, torre del siglo XV de exquisito gusto, y muy cerca el Koenigshot, antigua residencia de los reyes de Bohemia.

En la gran plaza llamada Grosse Ring es notable la iglesia de Teynkirche, de los siglos XIV y XV, con el monumento a Ticho Brahe, y al lado, en la capilla de la Virgen, las estatuas de los apóstoles de Bohemia San Cirilo y San Metodio, con bajos relieves modernos en bronce.

No muy lejos, llama poderosamente la atención el palacio de Kinsky, el mayor de la ciudad vieja, y es

digno de ver el soberbio ayuntamiento, de estilo gótico, que fué reedificado en el año 1858, pero que se conserva incólume de su parte antigua la capilla, la gran torre con su reloj, la fachada sur y la sala del Consejo.

Cerca del puente que atraviesa el Moldau se ve el Colegio Clementino y al lado de la torre del puente hay una estatua de Carlos IV, erigida en el quinto centenario de la fundación de



La calle principal de una de las aldeas típicas de checo-eslovaquia presenta un aspecto extraordinario con sus casas a manera de cabañas que coronan unos tejados inverosímiles y extraños.

la célebre Universidad. El puente Carlos, con 16 arcos, construido en 1357, está flanqueado por torres que servían en otro tiempo para la defensa de la ciudad, teniendo adornadas las pilastras con estatuas y grupos de santos de gran gusto artístico.

La catedral, la iglesia metropolitana de San Vito, de estilo ojival, fué construida en 1344; su hermosa torre, que tenía 160 metros de alta antes del incendio de 1544, ha quedado reducida a 99. Venerandas reliquias se conservan en esta antigua iglesia: en una capilla octogonal del atrio se guardan los restos mortales de San Adalberto; en la nave central se halla el mausoleo real, ejecutado en 1589 reinando Rodolfo II, en el cual reposan los reyes de Bohemia, siendo notabilísimas por su delicada traza, las estatuas yacentes de Fernando I, de su esposa Ana y de Maximiliano II.

En la capilla de San Wenceslao se encuentra la tumba de este santo, detrás de la cual están su casco y su coraza, y un gran candelabro con su estatua. En el transcoro el monumento a San Juan Nepomuceno; en



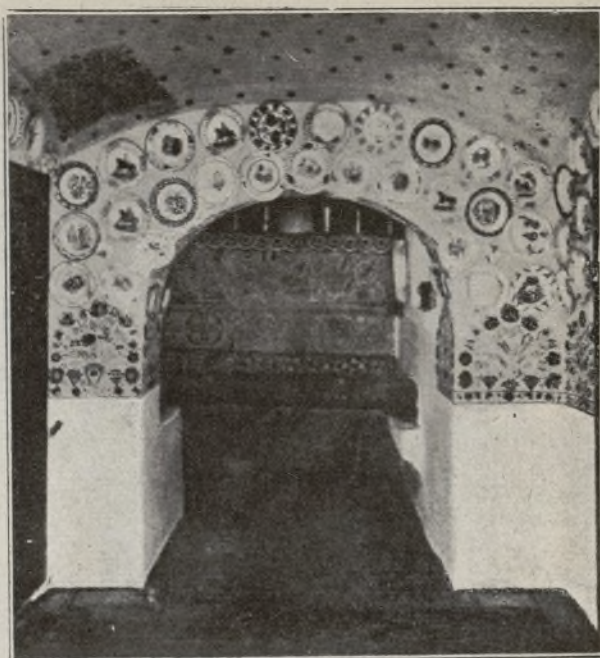
una capilla a espaldas del altar mayor, hay un grupo escultórico de gran fuerza emotiva, que representa el suplicio de Santa Ludmilla, primera duquesa de Bohemia, y enfrente y adosada al altar mayor, la tumba de San Vito, patrón de la iglesia.

El castillo ciudadela de Hradchany con sus numerosas torres y agujas domina altivo la urbe y a sus pies, como hija cariñosa que duerme en el regazo materno, se extiende la ciudad con sus retorcidas calles y plazas en las que la hierba crece sin que turbe sus silenciosas encrucijadas el rodar de carruajes ni el continuo trasiego de la multitud.

La ciudad nueva forma singular contraste con la antigua. Sus amplias calles con edificios modernos en los que se ha dejado sentir el gusto italiano con el estilo «rococo»; sus paseos atrayentes en las orillas del río, en el que dos pequeñas islas están ocupadas por cafés restaurantes, que dan conciertos, siguiendo la moda de Viena. Un casino, con su campo de tennis, para la sociedad aristocrática, ocupa parte de la isla, y, sobre todo, lo que más llama la atención son los innumerables establecimientos de baños que bordean el Moldau. Y aunque sus aguas no se distinguen por su limpidez, pues tienen un tinte limoso y amarillento que no convidan a zambullirse, los bohemios gozan en bañarse y permanecer en el agua largo tiempo: verdaderamente que en toda la Europa central la pasión del baño es innata y así vemos en el Danubio a hombres, mujeres y niños en trajes de malla, exponiendo al sol antes y después del baño, su piel para adquirir ese tinte bronceado que constituye actualmente el último grito de la moda, siendo las más tenaces las mujeres que desean ver su epidermis con esa coloración.

#### Los gimnastas de Praga.

Una de las instituciones más características de la vida nacional checa son los *sokols*, inmensa sociedad gimnástica de educación física a la que están afiliados hombres y mujeres, grandes y chicos, y que tiene rami-

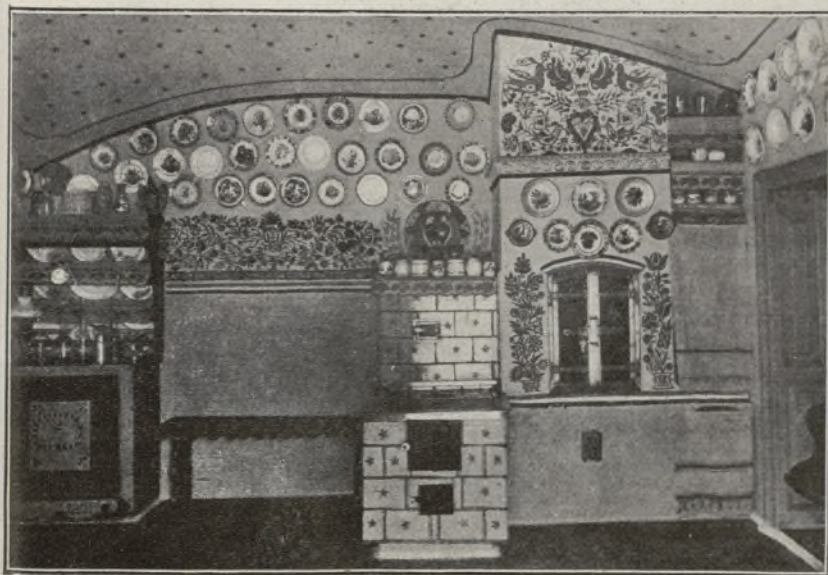


La cerámica checo-eslovaca adorna de esta manera las habitaciones de las mansiones típicas del país.

ficaciones en las ciudades y en el campo. Todos pertenecen a los *sokols* y en las grandes fiestas que celebran en Praga acuden a millares desde todas partes de Bohemia.

Hoy día Praga, capital de la república checo-eslovaca, posee una fisonomía muy distinta a sus dos capitales vecinas, Viena y Budapest. En la primera, los recuerdos de la magnificencia imperial pesan y pesarán durante mucho tiempo; Budapest es una ciudad judeo magiar, en que todo el comercio y tres cuartas partes de las profesiones liberales están en manos de los judíos, mientras el poder político sigue ejercido por la aristocracia.

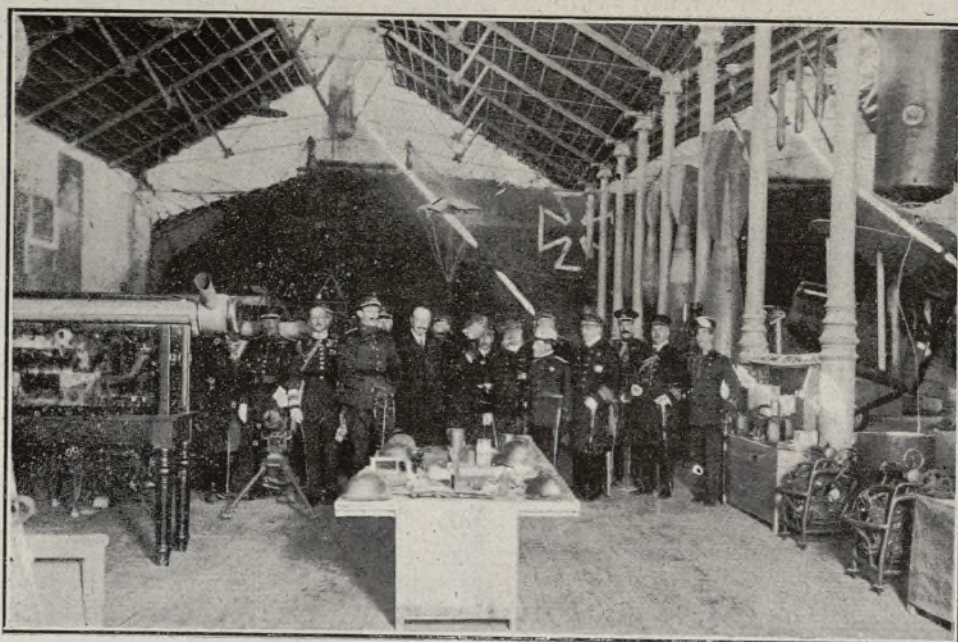
Praga es a la vez democrática y opulenta. La Checo eslovaca, se encuentra por su situación económica en una condición infinitamente superior a Austria y a Hungría, por que tiene casi toda la producción industrial de la antigua monarquía, y por lo tanto su riqueza es incalculable, y dentro de poco tiempo resurgirá prepotente y Praga llegará a ser un emporio del que tendrán que ser tributarios los viejos estados que antes la tuvieron esclavizada.



Aspecto curioso de una habitación de casa checo-eslovaca adornada según el gusto de los antiguos checos.







El Rey en el museo de la guerra. En primer término a la izquierda, se ve la mitad de un telémetro de 4 metros de base. Entre las columnas véanse colgados los torpedos aéreos que cargan 1.000 kilos de alto explosivo, y en el fondo aparece plegado un gigantesco globo cometa.

## Una visita al Museo de la guerra

*El Museo de la guerra.—Máquinas antiguas y modernas.—Catapultas y cañones gigantes.—Los proyectiles que bombardearon Dunquerque y Lieja.—Torpedos aéreos de 1.000 kilos.—Los recuerdos de la guerra.—La cartilla de un soldado.—Los cañones que empezaron la guerra y los que la terminaron.—Telefotografías y panoramas.—Como se tiene noticia de una concentración.—Gemelos de 40 aumentos.—Un modelo de submarino.—La sirena de las trincheras.—El cañón que bombardeó París.*

En unos amplios locales del Centro Electrotécnico de los Ingenieros militares, que antaño fueron coches del tranvía, ha instalado el Teniente Coronel Valdivia, el Museo de la Guerra. Medio Madrid ha desfilado por allí buscando en el exámen de los mil objetos que atesora, un recuerdo de las emociones de la gran guerra.

Al entrar en el Museo, nos sorprende a derecha e izquierda, la visión de unas extrañas máquinas de hierro. Son *balistas* y *catapultas*, construidas sobre las mismas ideas de las que armaron los antiguos ejércitos, en el tiempo en que el cañón y el fusil eran desconocidos, y que hoy han resucitado para poder lanzar de trinchera a trinchera las granadas de mano. Su artificio, es simple, sencísimos; una plataforma de madera o hierro y unos potentes muelles, que al distenderse empujan con fuerza otra plataforma sobre la que se colo-

ca la granada. La fuerza del muelle, puede regularse, y con ello, se determina el alcance. Con estas máquinas la guerra ha vuelto a preteritas edades...

Enfrente de los antiguos artificios se presentan los modernos, en forma de un enorme cañón de 15 centímetros de calibre, de los destinados por los alemanes a batir las aeronaves. Con su boca mirando al cielo parece un colosal elefante que avanza su trompa amenazadora. Tiene un lado de la cureña detrozado por la explosión de un proyectil. Esta rotura es para el cañón el distintivo de su actuación en la campaña.

\*  
\*  
\*

Al avanzar en el recinto del Museo, nos sorprende la cantidad enorme de material de guerra distinto que allí se ha acumulado. Es que el tal Museo, pudiera llamar-



se sin duda ninguna, Museo alemán de la guerra. No sé a quien he oído, que este material lo tenían preparado los alemanes precisamente para organizar un Museo, que los aliados, o los gobiernos, impidieron formar. Y el Teniente Coronel Valdivia, que con gran contentamiento por parte de los alemanes ejercía el cargo de agregado a nuestra embajada en Berlín, pidió y obtuvo el material, que unió a los muchos recuerdos que dicho jefe particularmente poseía de la guerra...

En el centro del patio, aparece una formación de carros, arzones y cocinas de campaña, sobre los que se destacan los mástiles cubierto de reflectores de largo alcance. Separando este lugar de los cobertizos, se ve una fila de proyectiles colosales que causan admiración. El teniente coronel Valdivia, va diciendo la historia de todos ellos:—Este perteneció a las baterías que hicieron fuego sobre Dunquerque... Este otro, es de los que pretendieron cerrar con sus temibles trayectorias el canal de la Mancha... Aquel, es la marmita del famoso Bertha, el mortero de 42, que bombardeó y redujo a polvo las célebres defensas de Lieja y Namur... Los proyectiles enormes, son de los que no pueden concebirse sin verlos: algunos son más altos, mucho más altos que el hombre...

Pero existen en este Museo otros proyectiles que aún excitan más nuestra admiración. Son los torpedos aéreos que aparecen formando una extraña columna que llegan hasta el techo. Tienen 4 metros de alto y se hallan cargados con 1.000 kilos del más potente explosivo. Constituyen el armamento de los grandes aviones de bombardeo. Parece mentira, que esta masa tan enorme, pueda ser elevada por el aeroplano... Asusta el pensar en el destrozo que tiene que ocasionar su explosión. Una manzana entera de casas puede ser derribada por el violento estallido de su carga... Son 1.000 kilos, una tonelada de trilita, que después de haberse hundido en tierra por la fuerza de la caída, desarrollaba toda la enorme potencia del explosivo... Y para garantizar la explosión con el máximo de eficacia tienen unas espoletas retardatrices que parecen inventados por Lucifer. Forman línea con los torpedos, una serie de minas flotantes, compañeras de las que tantos barcos hundieron durante la pasada guerra.

En el fondo del cobertizo hay cuatro magníficos avio-

nes, dos de ellos hidroplanos, y un gigantesco globo cometa, delante del cual oscila un soberbio paracaídas.

Entre todos los objetos que se ofrecen a la atención del visitante del Museo de la Guerra, los que tienen para mí mayor fuerza emotiva, son los recuerdos personales de la guerra. Estos han sido recogidos por el mismo teniente coronel Valdivia durante sus correrías por el frente, y ahora los presenta reunidos en dos mesas y provisto cada uno de un cartelito explicativo: allí se ven, juntos, recuerdos los más extraños, interesantes y estrambóticos, pero todos curiosos, porque todos tienen su especial representación.

Así, al lado de una cámara de tiradores ingleses, cogidos en Armentieres, vese un trozo de tabla de la catedral, de San Quintín, un pedazo de imagen que en su tiempo ocupó los altares de la catedral de Lovaina, y unos vidrios policromados que arrancaron los proyectiles de los artísticos ventanales de las catedrales de

Malinas; una imagen dorada, hallada por el fundador del Museo, en la ciudadela de Varsovia el día siguiente de ser esta tomada por las tropas alemanas, se halla al lado de una pistola servia recogida del arsenal de Krajuvac. Una campana rusa, duerme sus sonos al lado de los restos de una vidriera de la catedral de Soissons. Vense caretas contra los gases asfixiantes; cascos de todos los ejércitos; bayonetas france-

sas, italianas, servias y rusas, tomadas en los diferentes campos de batalla... y entre ellas y con la inscripción de recogido en el campo de batalla de Fere-en-Tardenois un paquete de algodón de cura individual cuya etiqueta ostenta el nombre de un industrial muy conocido en nuestro país, y debajo la palabra, *Barcelona*...

Pero lo que más impresión nos causan son los restos de uniformes y objetos personales, cada uno de los cuales supone una vida inmola por la patria; gorras francesas, hombreras inglesas, charreteras rusas, correaes belgas, cruces servias, un poco de todo lo que queda en el vasto campo de batalla donde la muerte pasó concienzuda su guadaña; y entre estos restos, una medalla de identidad de las tropas coloniales francesas que llevan el nombre de Yoro Sane y una libreta de soldado francés, cuyo nombre tomé y quiero estampar aquí por si algún día esta lectura puede servir del



En medio del patio, un enorme cañón de tiro contra aeronaves muestra su masa entre las sencillas balistas y catapultas que sirvieron para arrojar granadas



triste consuelo a una madre apenada. *Es la libreta del soldado Juan Bautista. Fernando, Letuffe que prestó hasta la muerte sus servicios en el 162 regimiento de Infantería de Francia.*

\*\*\*

Hay en el Museo, cañones de todas clases: es decir, de todas clases no. He notado la falta del cañón de Infantería, de ese pequeño cañoncito que han tenido necesidad de usar los infantes en esta guerra para poder destruir los mortíferos nidos de ametralladoras. ¿Cómo se ha olvidado el excelente teniente coronel Valdivia, de presentar este arma en un museo en el que tienen representación hasta los más mínimos objetos y armas de los usados durante la campaña? No lo comprendo. Vese únicamente la llamada *pieza de acompañamiento* de la Infantería, que es simplemente un cañón de campaña de calibre ordinario con rueda de doble llanta para facilitar la marcha por los terrenos removidos. Al lado de ello se presentan los modelos de cañones y obuses que empezaron la guerra y los que la terminaron, en los que se puede estudiar el progreso de las piezas de artillería en el transcurso de la campaña.

\*\*\*

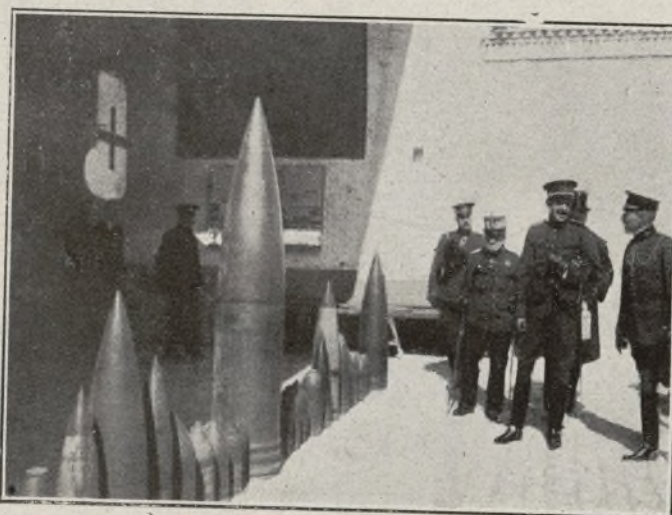
La sala que pudiera llamarse de Estado Mayor y Sanidad Militar, es en el Museo de la guerra, de un valor extraordinario. Se observa en ella la manera de hacer las fotografías del terreno desde el aeroplano (algunas tomadas desde la altura de 7.000 metros) y la perfección a que se había llegado en la confección de vistas panorámicas que acotando exactamente el terreno permiten a la artillería la concentración precisa de su fuego en el punto deseado del frente enemigo. En ellas se ve además el procedimiento utilizado por los alemanes para determinar con toda regularidad los puntos de concentración de fuerzas que pudieran hacer peligrar su frente. Para ello se tomaban periódicamente por los aeroplanos las fotografías de todos los nudos de ferrocarriles cuyo número de vías quedaba determinado. Una alteración cualquiera en el número de vías de estas estaciones indicaba inmediatamente que ese punto se hallaba preparado para facilitar la concentración de fuerzas y material y el alto mando podía completar sus informaciones tomando luego las decisiones convenientes.

Si hubiéramos de mostrar el detalle de los objetos de esta sala habríamos de llenar muchas páginas; de todo hay; estaciones de telegrafía por el suelo, centrales telefónicas, máquinas fotográficas, telemetros, gemelos hasta de 40 aumentos, instalaciones de radiografía, libros y mapas, hasta un precioso modelo de submarino construido en los talleres Germania sobre los planos de los submarinos alemanes del tipo U. 81 al 86. Tiene un metro de longitud y no le falta ningún detalle, con sus tres periscopios que aseguran la visión, sus mastiles para la telegrafía, y sus cañones, uno de 7,5 centímetros en la proa y un cañón revolver en la torre para avisar con sus disparos a los navíos perseguidos la orden de detención que tanto miedo causara durante una temporada.

\*\*\*

El agudo silbo de una sirena nos ha sacado de nuestras meditaciones. Es la sirena que se empleaba en las

trincheras para avisar a sus defensores la aparición en el horizonte de los gases asfixiantes. En el museo, sirve para llamar a la gente hacia un salón donde se proyectan películas de la guerra. Vamos allá. En la puerta me he detenido por última vez, para admirar dos cuadros en los que se copian los gráficos del enorme cañón alemán que bombardeó París. Los dibujos están hechos por el mismo inventor de la discutida y



El proyectil del cañón que bombardeó Dunquerque al lado de los proyectiles ordinarios de la artillería pesada y de plaza.

colosal pieza. Uno representa la curva de la trayectoria del proyectil. Su punto más alto, sube hasta 40 kilómetros y debajo de la trayectoria parecen pequeñas las más elevadas montañas de la tierra y aparecen comparativamente como puntos diminutos la pirámide Gueops y la torre Eiffel. El otro, indica la zona de tiro de la famosa pieza, que teniendo alcance de 130 kilómetros, permite desde Cádiz bombardear Tetuán y la plaza portuguesa de Ayamonte, y colocada en Madrid tiene bajo sus fuegos a Medina del Campo, Alcázar y Talavera. Es casi el cañón que inventara Julio Verne para batir desde la factoría del acero su ciudad alegre y confiada de los millones de la Princesa.

Vicente Valero de Bernabé



ESCENAS DEL MOMENTO

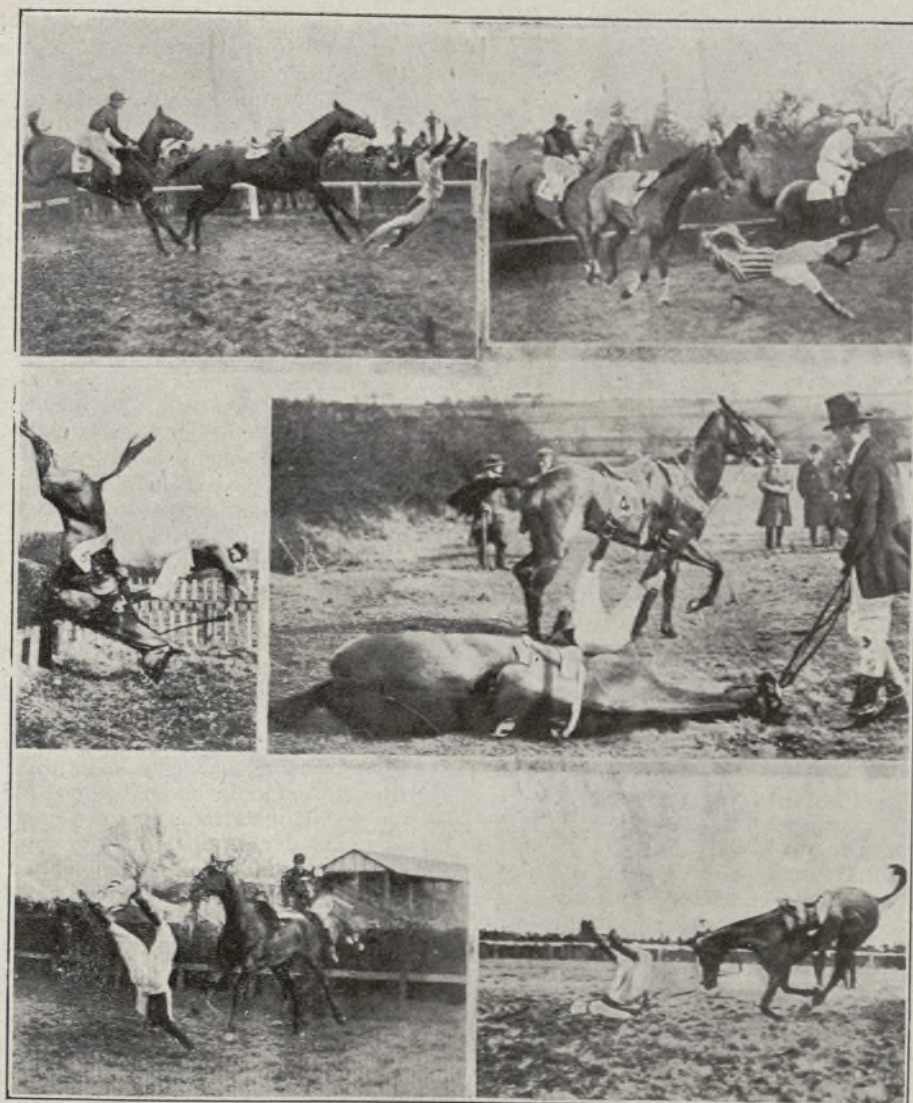
## Las caídas en las carreras de caballos

Estamos en el período álgido de las carreras y de los concursos hípicos, en los que lucen su habilidad los jinetes; y entre los verdaderos aficionados ejerce una grande influencia el jockey de moda y el caballo favorito.

Las más renombradas cuadras se aprestan a luchar, y en esta lucha en la que los jockeys ponen

jetivo fotográfico, guiado por hábil mano y ojo experto, supo recoger con gran oportunidad y precisión.

Mientras las aristocráticas damas londinenses lucían sus esplendentes *toilettes*, firmados por los majos parisinos, y los enlevitados caballeros apostaban por el favorito un puñado de libras, los caba-



Escenas emocionantes de las carreras de caballos en Epson (Inglaterra). Caídas peligrosas.

unas veces su amor propio y en otras el interés, ocurren ciertos fiascos debidos al caballo, con el que no se contó; y un despiste o un tramo en falso da en tierra con el jinete, que algunas veces sufre serios percances.

Las últimas carreras de caballos celebradas en Epson, han sido pródigas en incidentes que, el ob-

llos volaban más que corrían por la pista, llevando sobre sus escurridos lomos al diminuto jockey, de multicolor vestido, que en lo más interesante de la carrera salía despedido en postura extraña e incomprensible y que el fotógrafo ha sorprendido con exquisita precisión.





## NUESTRAS VISITAS

### :: Los planes de un Ministro de la Guerra ::

—¿Se puede pasar, mi general?

El Vizconde de Eza, sonríe amablemente. Su figura enjuta, adquiere como en evocación cierto aire marcial. Gentilmente estrecha nuestra mano y nos indica un asiento frontero al suyo.

—Deberá oírse llamar con mucha frecuencia de este modo, ¿verdad?

—Sí, efectivamente. Son muchos los que por costumbre o distracción, al entrar en este despacho se empeñan en atribuirme tan honroso empleo. Pero pronto se convencen de su error. Yo no soy general, ni necesito serlo, para servir fielmente los intereses del Ejército.

El Vizconde de Eza se retrepa en su sillón y cruza negligentemente una pierna sobre otra. Un momento vaga su mirada por el soberbio salón del Palacio de Buenavista, donde tiene instalado su despacho. Su mirada se detiene en la puerta de la habitación. ¿Es una muda indicación a que me marche, o piensa acaso en el jefe militar que al otro lado de la puerta ostenta como signo de su cargo cerca de él, los cordones de ayudantía de Capitán general?

—Sus aficiones y trabajos fueron siempre por un derrotero muy distinto al militar... inquiero.

—Efectivamente—me contesta.—La verdad es, que no pensé nunca desempeñar la Cartera de Guerra. Pero sin duda, mi gran amor a la disciplina en sus distintos órdenes social, político y militar, que

conceptúo la base de una perfecta organización nacional, ha hecho que me adapte con facilidad al medio en que ahora se desenvuelve mi actividad; y tan a gusto estoy en este cargo, que si antes no pensé en él, hoy solo pienso en poner a su devoción todas mis energías.

—¿Está, pues, satisfecho? Porque se había circulado el rumor de que se marchaba...

—Puede usted asegurar que mi gestión ministerial se desarrolla tranquilamente. Todos me ayudan con verdadero interés en el cumplimiento de esta difícil misión, y por ello es inútil decir que mi *interior satisfacción* es grande. En cuanto al rumor de mi marcha, sepa usted que soy un *soldado de filas*, que cumpliendo mi deber *cubro mi guardia*, y en tal forma *espero que llegue la hora de mi relevo*.

—Debe haber tenido que trabajar mucho antes de llegar a imponerse de todos los detalles de su cargo.

—Mi trabajo es sencillo, contando como cuento con la ayuda de los jefes de Sección y la de todos los oficiales del Ministerio. Además, que hay que desligar la parte de acción y de mando militar, que corresponde íntegramente a los generales, de la parte administrativa, que es función del Ministro y que tiene gran semejanza con la de los otros Ministerios. Por eso un civil puede ser Ministro de la Guerra, como ahora sucede en España y como es norma de uso frecuente en los Gobiernos de Francia e Inglaterra.

—¿Usted tendrá sus proyectos sobre el problema militar...

—Mis proyectos, si puede decirse los tengo, se traducen, aparte del desarrollo de lo pendiente de ejecución de la ley de 1918, en los que se han leído ya en las Cámaras, así como en aquellos que, cual el de modificación de la vigente ley de Reclutamiento, han de completarlos y son: el de preparación militar del ciudadano y el de movilización, uno anterior y otro posterior a su paso por filas.

—¿La duración del servicio en filas, considera usted que debe ser reducido?

—Sí; y en ello no haremos sino seguir la tendencia marcada actualmente en todos los países. Pero hay que tener en cuenta, que si queremos que el servicio sea de corta duración, como el título de soldado no puede obtenerse sino tras una labor intensa y continuada, no hay otro medio que facilitar la enseñanza militar fuera de filas, con lo que al llegar a ellas solo habrá que perfeccionarla, formándose el verdadero soldado con las prácticas reiteradas del servicio, y claro está que, aun con esto, nada habríamos conseguido sino se reglamenta, en debida forma, la movilización de los distintos reemplazos, en períodos sucesivos, para que siempre conserven su aptitud militar.

El Vizconde de Eza habla como un poseído del asunto. El problema militar indudablemente ha lle-



gado a interesarle y quiere dejar en el Ejército rastro de su paso por el Ministerio.

—Para el desarrollo de todos estos planes, lo primero que se necesita son cuarteles, ¿los tendremos?

—Indudablemente: El distinguido Cuerpo de Ingenieros trabajan con una asiduidad y entusiasmo digno de todo elogio, en el desarrollo del plan de acuartelamiento, y si no se ve surgir rápidamente lo por él concebido, es a causa de los múltiples trámites a que por la ley de Contabilidad están sujetos los expedientes de subasta y contratación de servicios; pero, aun así, ahí están los cuarteles en construcción del Infante Don Juan (Madrid), Viriato (Zamora), General Ricardos (Barbastro), Sancho Dávila (Lorca), General Almirante (Valencia), Alfonso I (Huesca), Infanta Isabel (Cáceres) y de Infantería en Astorga, así como varias grandes ampliaciones y reformas que se llevan a cabo en los hoy existentes.

Y no solo tendremos cuarteles en condiciones para alojar debidamente a la tropa, sino que habrá también campos de tiro e instrucción, en los que habituándose el ciudadano a la vida accidentada de campaña, se templará su alma como soldado.

—Hace falta también material moderno de guerra...

—Claro es que, apartado nuestro país de la lucha pasada, no ha sufrido el Ejército español la rápida evolución, en cuanto a material, de los ejércitos combatientes extranjeros, y lógico es también que, aunque ahora nos sea preciso dotarle de él, se haga con método, y en tal forma la Comisión de Experiencias primero y las Escuelas de Tiro y unidades de instrucción después, ensayan este moderno material para poder declarar reglamentario, entre nosotros, el más útil.

—¿Hay algo decidido sobre fusiles-ametralladores, ametralladoras, cañones, tanques, lanza-granadas y morteros de trinchera?

—El ensayo de todo ese material se está llevando a cabo como anteriormente dije, pero como existen necesidades apremiantes, más que para el ejército peninsular, para el de Africa, ha habido precisión de adquirir alguno, y así se ha hecho de fusiles-ametralladoras, ametralladoras y lanza-llamas. También se ha adquirido de la casa Schneider 18 baterías de cañones cortos de 155 milímetros, a las cuales acompañan los planos para poder fabricarlos en nuestros Establecimientos Industriales militares, y 18 juegos de elementos en estado de forja, para ser terminados en España, así como 7.200 proyectiles para los mismos; los tractores «Oruga», precisos para una batería pesada que, montados sobre camiones, solo funcionan cuando las piezas han de marchar por terreno movido fuera de camino, y, por último, ahora tratamos de adquirir material móvil de muy gran calibre que, dada esta característica por ir montados en trucks, facilitará grandemente la defensa de nuestras costas, reduciendo, en gran parte, los gastos que ocasiona la fortificación permanente.

—El automovilismo ha adquirido en esta última guerra una importancia considerable. ¿Hay algún plan para dotar de carruajes de transporte a las unidades de las distintas Armas y Cuerpos?

—Tanta importancia adquirió en la última guerra el automovilismo, que, de todos es sabido, valiéndose

se de él se efectuaron, en múltiples casos, rápidos transportes de fuerza, que no hubiera sido posible realizar utilizando solos los ferrocarriles, y por ello en el desarrollo de la labor que corresponde a la recientemente creada Inspección de Ferrocarriles y Etapas, se le da la preponderancia debida en la organización y funcionamiento de los servicios de retaguardia.

Dotados están todos los Cuerpos del adecuado material regimental, pero ello no es obstáculo para que se estudie su transformación con arreglo a las enseñanzas modernas, y si fuera preciso, se les dotaría de vehículos de tracción mecánica, y ya que de esto tratamos permítaseme mencionar la importante labor que en este ramo viene desarrollando el Centro Electrotécnico de Ingenieros.

—¿Qué opinión tiene acerca del Ejército, como Jefe superior que es de él?

—El Ejército español demuestra en la paz, en el desarrollo de los ejercicios de conjunto y en cuantas comisiones se le confieren, su perfecta instrucción y de sus condiciones para la guerra, me remito a la labor que está realizando en Africa, un soldado aguerido, una oficialidad entusiasta y competente, y un Alto mando que, al igual que todos, solo merece en esta ocasión que mi recuerdo sea de un sincero aplauso y elogio.

—¿Qué criterio tiene sobre las recompensas por guerra?

—Estimo que el personal que lucha y expone su vida en Africa, debe ser recompensado en debida forma. Hay, pues, que aplicar en todo su vigor el Reglamento de recompensas, y así espero lleguen las propuestas para remitirlas al Consejo Supremo, y una vez informadas por él llevarlas al Parlamento para que se cumpla el trámite legal. Ante éste expondré mi criterio de que deben ser examinadas, pero no discutidas, pues ello transformaría la labor de las Cámaras en calificadora de méritos, lo que juzgo no es su misión.

—¿Hay proyectos para resolver inmediatamente en las Cortes?

—Los proyectos presentados a las Cortes de reforma de la ley de reclutamiento, pensiones anexas a la Medalla de sufrimientos por la Patria, reclutamiento de la oficialidad profesional y mejora de las pensiones de viudedad y orfandad, son los que más me interesa se resuelvan pronto y a ellos seguirán, como antes le dije, los de instrucción preparatoria, movilización, reservas y otros que están en estudio.

—¿Conoce los proyectos, que sobre el problema militar, tiene el Conde de Romanones?

—Leí la interview publicada en «Armas y Letras» y he leído también con toda la detención su obra «El Ejército y la Política», y respecto de ella, le diré que si bien coincidimos en el modo de apreciar el problema militar en varios puntos, como son entre otros: reducción del tiempo de servicio y comunidad de origen de la Oficialidad, discrepo de él en cuanto a la concepción del «Ejército democrático», cosa natural dado nuestro distinto credo político y así como él preconiza la desaparición del *cuota*, yo estimo deben aprovecharse, los que en su mayoría constituyen esta clase, para obtener de ella una selecta oficialidad de complemento, rindiendo así cada uno, dentro de



su esfera social, el máximo rendimiento en el servicio de su patria. Por lo demás, es lástima que, debido sin duda a la precipitación en dar a la publicidad su obra, no pudiera, el Conde de Romanones, profundizar más en las faltas y errores que indica en ella, conocidos de cuántos han estudiado a fondo cuestiones militares, y desarrollara, al propio tiempo, la forma de efectuar la transformación por él preconizada.

—¿Le gustaría ostentar alguna condecoración militar, como recuerdo de su paso por el Ministerio de la Guerra?

El Vizconde de Eza ha detenido un momento su palabra, como queriendo penetrar en la intención de mi pregunta. Al cabo afirma.

—No hay que hablar de eso. Yo no puedo aspirar a ninguna condecoración militar, porque aspirar a una cosa equivale a considerarse digno de ella. Por eso, aunque alguna vez fuese propuesto rehusaría ese honor, como he rehusado por tres veces la pro-

puesta que ha querido hacérseme de la Gran Cruz del Mérito Agrícola.

D. Luis de Marichalar y Monreal, concluye con estas palabras el diálogo. El salón ministerial aún cobija pretendientes que quieren contar al Ministro sus cuitas y es fuerza que nos retiremos. Estrechamos nuevamente la mano del Ministro. Al salir pensamos un poco confusos en la personalidad de este Ministro, que no necesita de vocación militar para regir el Ministerio de la Guerra. ni halla necesidad de ceñir fagín para ser Jefe y director de generales.

Pasamos al antedespacho. Tres o cuatro ceñudos varones de aire tribunicio, un coronel que llegó de la provincia, una Comisión de señoras y dos monjitas de la Orden de San Vicente, esperan el momento de exponer al Vizconde de Eza la pretensión que guió sus pasos hacia el Palacio de Buenavista.

El Caballero Artagnán.

## UNIÓN DE PROMOCIONES UNIÓN DE CORAZONES

En nombre de la 3.<sup>a</sup> promoción  
de Infantería a sus compañeros  
de la 4.<sup>a</sup>

I

¡Que hermosa fiesta  
promocionista!  
¡que poderosa fuente de unión!  
nadie se aparta;  
nadie se escusa;  
nadie desaira la invitación.

Nadie se escusa,  
porque remoja,  
sus fuertes lazos de convivencia,  
en ese ilustre templo de ciencia;  
castillo augusto;  
sacro reducto,  
símbolo firme  
que guarda siempre  
dentro sus recios  
muros gloriosos,  
con el encanto  
de su misterio,  
lenguaje mudo  
de lo remoto;  
jugo sabroso,  
de un legendario  
valor famoso;  
el eco eterno  
de sus caudillos,  
y sus laureles,  
y sus efigies,  
y sus recuerdos,  
y sus perpétuos  
magnos ejemplos.

II

Son los actuales  
instantes graves.

Nuestras virtudes,  
nuestros amores,  
nuestros anhelos,  
les son a algunos  
desconocidos;  
les son a muchos  
incomprendidos.  
Nunca tan dura  
tenaz y aguda,  
la ruda furia antimilitar;  
frente a sus frutos,  
tan dolorosos,  
de desprestigio,  
que abruma injusto,  
no es el silencio  
remedio al mal,  
es al contrario  
preciso hablar.

Precisa urgente  
labor constante  
legal y libre,  
que a la corriente  
antimilitar,  
lleve el intenso  
convencimiento,  
de nuestro estoico,  
nuestro sufrido,  
nuestro callado,  
padecimiento.

Todo lo injusto  
de su pasión,  
¡de sus campañas de incomprensión!

III

Son los actuales  
instantes graves.  
Densa esa nube

de desprestigio,  
llega y se cierne  
sobre lo justo,  
sobre lo denso,  
sobre lo amado  
de nuestro brillo.  
Pero este brillo,  
que viene intacto,  
desde remoto  
pasado tiempo,  
brillo sagrado  
como heredado,  
es relicario  
que nos legaron  
nuestros mayores;  
nuncio de un cambio,  
hacia dichosos  
tiempos mejores;  
hacia corrientes  
de comprensión;  
hacia intercambios  
de luz y amor.

IV

Sigan en tanto,  
promocionistas,  
estas alegres,  
estas frecuentes  
fiestas benditas;  
junto al castillo de nuestro amor,  
¡junto al reducto, de nuestra unión!

Nadie se aparte,  
nadie se escuse,  
nadie desaire  
su invitación.

ABELARDO ARCE MAYORA.



# EN EL AERODROMO

por CHALONS



—Debe ser muy difícil conducir un aeroplano ¿verdad?

—¡Oh, no lo crea usted! Se conduce con bastante más facilidad que una mujer: y aun ofrece menos peligros...



## CEREMONIAS BÁRBARAS

### Un sacrificio humano en el país de los hombres-tigres

*Entre los relatos de prácticas bárbaras de canibalismo, ninguno es tan interesante como el que a continuación transcribimos, debido a M. Guisse, que en sus viajes por Africa y Oceanía ha tenido ocasión de ser testigo de las salvajes ceremonias en las que seres humanos son inmolados sin piedad para servir luego su cuerpo al festín de la tribu, que considera rico manjar la carne sacrificada de sus semejantes.*

Llegó por fin el día de la fiesta. Desde las primeras horas de la mañana empezaron a llegar de los pueblos vecinos los amigos que iban a asistir a la ceremonia y a tomar parte en la comida.

Hacia las ocho dió comienzo el tocado de las víctimas: sus cuerpos, engrasados de antemano con cuidado fueron cubiertos con una capa de madera roja que penetra en los poros de la piel. Sus rostros fueron embadurnados con tierra blanca mezclada con agua sobre la que las cejas y las pestañas estaban dibujadas con carbón. En esta guisa se dirigieron al sacrificio.

En el centro del pueblo y delante de la casa del jefe, estaba levantado un poste. Al rededor se encontraban los fetichistas y el sacrificador, este último armado solamente con un simple cuchillo. En el centro había un recipiente destinado a recibir la sangre.

Las víctimas se acercaron a ellos con un paso cuyo ritmo estaba marcado por cantos y palmadas; a medida que llegaban a la altura del poste adelantaban el cuello, que de un golpe era cortado por el sacrificador.

A veces hay diez víctimas en una sola sesión. Cuando todos estos infortunados degollados yacen en tierra se dejan oír cantos y tams-tams; es entonces cuando dan comienzo las manifestaciones de satisfacción.

La más grande de las ceremonias del canibalismo, es, cuando acaba de morir un gran jefe. El viajero M. Guisse relata de esta manera la bárbara ceremonia: Soy—dice—uno

de los pocos europeos que han podido asistir a una semejante salvajada. Para conseguirlo, es preciso que el indígena tenga mucha confianza y yo puedo decir, que a pesar de la severidad y de la fuerza que empleaba con ellos, he sido adorado siempre por los negros.

En primer lugar me he esforzado por hablar todos los diversos dialectos de estos poblados y además he tratado siempre de conocer todas sus ceremonias fetichistas. Gracias a estas cualidades he podido asistir a la ceremonia que voy a contar:

Estaba yo en pleno bosque ecuatorial, ocupado en la busca de caoutchouc y de marfil, cuando supe la muerte del jefe de un pueblo vecino.

Inmediatamente envié al que le reemplazó, un hombre

portador de diversos regalos (sal, un fusil de piedra etc.) Si eran aceptados mis presentes significaba que podía ir allí inmediatamente; si mi mensajero volvía con ellos, era que los rechazaba y que debía quedarme en el sitio en que estaba.

Tuve la satisfacción de verle volver tirando de un cabrito enviado como agradecimiento de mis regalos. En el acto me puse en camino y después de una noche pasada bajo mi tienda y algunas horas más de marcha a la mañana siguiente, llegué al pueblo.

Por todas partes no se oían más que gritos y gemidos acompañados de cantos y de palmadas, pues los negros en toda circunstancia, sea alegre o triste, se acompañan de semejante manera.

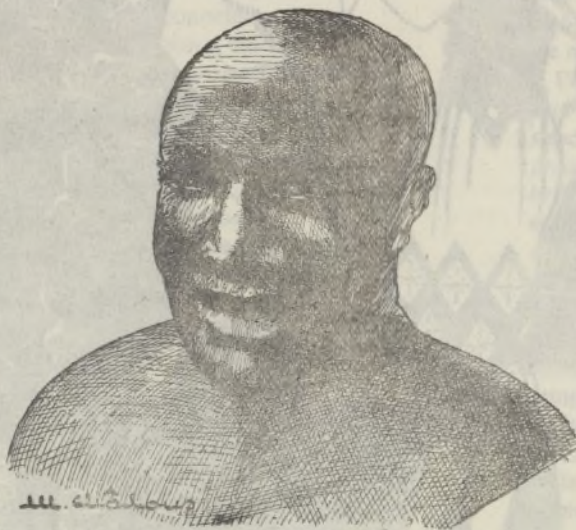
La ceremonia no tendría lugar hasta el día siguiente, después de amanecer, pero, mientras tanto debían estar bailando toda la noche.

Estaba descansando, después del almuerzo, cuando me despertó mi criado, apesar de mi formal prohibición de hacerlo diciéndome que el nuevo jefe quería hablarme. Le hice entrar y tuve una gran satisfacción, pues venía a preguntarme si quería asistir a los preparativos de la fiesta, es decir, al tocado de las mujeres y de los esclavos que debían ser degollados al día siguiente.

Antes de pasar adelante, quiero decir algunas palabras sobre las costumbres hereditarias de aquel país. Cuando muere un hombre, sus mujeres, sus esclavos y sus

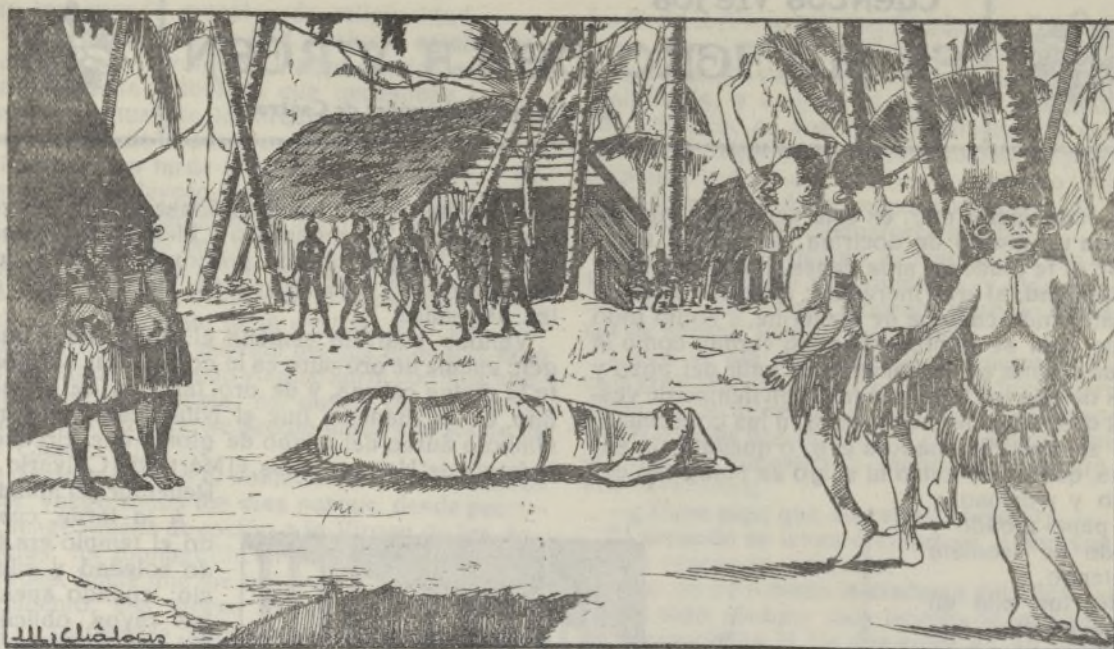
bienes son repartidos entre los otros miembros de la familia, pero entre los varones solamente. Una mujer es cosa que no se tiene en cuenta: es una mercancía que se compra o que se vende, nada más. Las mujeres todavía jóvenes, que no tienen más de veintidós a veinticinco años, se las conserva: a las demás se las vende o se las mata; en cuanto a los esclavos, los jóvenes que son capaces para el trabajo, se les guarda y los restantes caen sin excepción bajo el cuchillo: a unos se les entierra con el muerto y a otros se los comen.

Decía pues, que salí con el nuevo jefe. Salimos del pueblo y después de un cuarto de hora próximamente de marcha, llegamos a un lugar convenientemente pre-



Tipo de antropófago.





El cuerpo del muerto se extiende en el centro de la plaza. A un lado se hallan los hombres y mujeres que deben ser sacrificados, cubiertos sus cuerpos de una capa de aceite de palmera mezclado con tierra blanca.

parado de antemano. En un lado estaban las mujeres del difunto y en otro los esclavos.

Ya habían empezado a hacer el tocado de cada uno, según la parte que tomaban en la fiesta. Los hombres y las mujeres que debían ser degollados habían sido cubiertos de una espesa capa de aceite de palmera y luego de tierra blanca, de forma que al secarse, quedaba el cuerpo como de escayola, del que destacaban los labios enrojecidos con madera roja pulverizada y las cejas y pestañas pintadas de negro. No se puede uno dar idea de lo que desfigura este maquillaje. En otras ocasiones he visto así pintados a indígenas que conocía y me ha costado verdadero trabajo el reconocerlos.

A la puesta del sol, a las seis, empezaron en todo el pueblo a sonar los tams-tams y jóvenes y viejos dieron comienzo a su baile que debía durar hasta el día siguiente. Las mujeres y los esclavos que van a ser degollados no pueden dormir en toda la noche que precede al día de su ejecución. Cuando se dan cuenta de que uno de ellos está a punto de quedarse dormido, le hacen que se pasee por el pueblo.

Al llegar la hora de los sacrificios se detienen los cantos y las danzas. El cuerpo del muerto se extiende en el centro de la plaza, envuelto en una manta.

Nadie tiene derecho a pasar por este sitio y todos se esconden detrás de sus cabañas.

Enseguida se oye un grito extraño compuesto de cinco notas que se repiten continuamente en una cadencia distinta: son los músicos que van a la cabeza del desfile de mujeres y esclavos que van a ser degollados.

El instrumento musical no puede ser mas rudimentario. Consiste en una liana atada en tensión a una madera en forma de arco la que lleva además una caña de bambú muy fina. El músico golpea con ella sobre la liana teniendo cuidado de colocarse el aparato delante de los labios y la mayor o menor abertura de la boca es lo que produce los diferentes sonidos.

El desfile se acerca; detrás de los músicos van bailando las víctimas. Avanzan en dos filas. Unicamente la mujer más vieja del jefe muerto tiene derecho a andar por el centro; va directamente al suplicio, pues es la

primer víctima, degollada sobre el mismo cuerpo de jefe, en medio del pueblo. Cuando termina de vivir arrastran los dos cuerpos a la fosa cavada no lejos de allí. El cuerpo de la mujer es colocado en el fondo, de espaldas, ligeramente inclinado hacia el lado derecho, el del jefe se coloca encima y apoyado sobre el lado izquierdo, de esta forma los muertos quedan frente a frente. Encima de este agujero se colocan unos cuantos bambúes sobre los que son degolladas las restantes víctimas, para que toda la sangre caiga sobre el jefe.

Para la comida se escoge generalmente el cuerpo de una joven (esclava) y si no es suficiente, no se pueden tomar más de dos hombres. Los cadáveres son despedazados y cada familia toma la parte que le corresponde.

oooooooo

Al hablar de estas bárbaras ceremonias hay algo que decir acerca de los hombres tigres. ¿Qué son los hombres tigres? Es una sociedad temida por todos pues sus miembros son desconocidos. En todos los pueblos tiene afiliados y los crímenes los cometen solamente por la noche.

Se les llama hombres tigres porque el que tiene que apoderarse de la víctima lleva el cuerpo pintado a rayas amarillas y negras, como la piel del tigre; en las manos se ponen garras de hierro que le permiten estrangular más fácilmente. Y como en este caso debe andar siempre a cuatro patas, deja en el suelo una huella que se parece, hasta la confusión, a la que deja un tigre a su paso.

La persona elegida como víctima es pariente de uno de los miembros de la sociedad, el cual debe separar de ella en el momento preciso a los inoportunos.

Cuando el crimen se ha verificado los que ayudaban al estrangulador, se ponen a gritar como si realmente hubiese llegado un tigre al pueblo y todos al día siguiente se preguntan: «¿Ha sido un tigre o un hombre-tigre?» pero se lo preguntan en voz baja pues el hombre tigre es un fetiche y el indígena teme su venganza.

oooooooo





CUENTOS VIEJOS

## EL MILAGRO DE LA VIRGEN

por el General Bermúdez de Castro.



No veas, lector mío, en esta verídica y puntual historia un átomo de doctrina que pueda acrecentar tu fe piadosa, si la tienes, o robustecer tu incredulidad, si eres incrédulo; al relato escueto del estúpido caso he de atenerme, y como todo lo que aquí se manifiesta es tan verdad como la verdad misma en el momento de salir del pozo y antes de que los hombres tuvieran tiempo de vestir su desnudez hermosa, saca tú las consecuencias, si eres aficionado a ello, o quédate sin sacárlas, que yo no entro ni salgo en punto tan delicado y vidrioso, y a mi papel mondo y lironde de cronista me atengo.

Ello fué allá en épocas en que, terminada una guerra carlista, andaba la libertad por España un poco alocada; y como quiera que unas veces por el tráfico de la guerra y otras por la vorágine política, la disciplina militar ponfase quebradiza, cuando del todo no se quebraba, eran legión los generales que extremaban la nota de rigor en el mando y gobierno de sus tropas, y entre los más decididos mantenedores de ese rigorismo, descollaba por lo firme y astuto el general Zapatero, espíritu socarrón, como de soldado machucho, y gran conocedor de todas las truchadas y picardías de la gente de armas.

Valencia, la ciudad con aromas de rosas, que se extiende como morisca hembra en la verde almohada de sus huertas, tenía por aquel entonces lucida y fuerte guarnición.

Los soldados, bajo el férreo mando del general Zapatero, eran modelos de obediencia y compostura; apenas algún que otro Consejo de guerra daba de vez en cuando la nota triste, pero necesaria, del castigo, que no era blando nunca ni tardo.

En uno de los templos más suntuosos de la

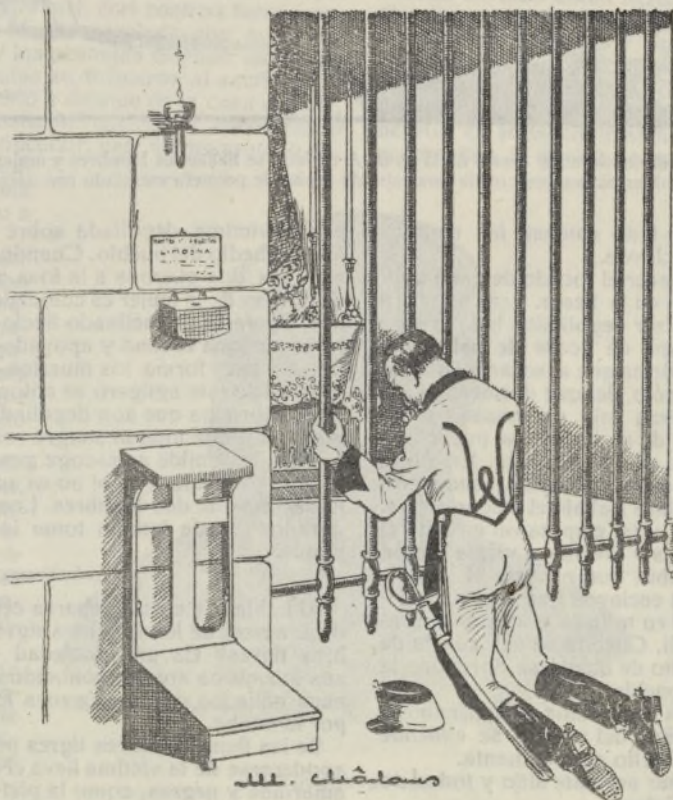
bella capital levantina, venerábase (y aun se venera todavía), en argentado y bien seguro camarín, una imagen tallada primorosamente y con deslumbradora riqueza vestida, de la Virgen de las Angustias.

Valiosa pedrería esmalta el manto de la imagen: encaje de oro puro es la corona que surmonta la divina cabeza, y de oro también de lo más fino es la diadema que el Niño Jesús muestra, símbolo áureo del nimbo de gloria que circundó la frente del Hombre-Dios, el Mártir del Calvario, el Redentor del Mundo.

A la tarde, cuando el templo era todo soledad y silencio; cuando apenas los rayos oblicuos del sol poniente tenían fuerza para dar color a los vidrios de las viejas claraboyas; cuando en las amplias cruñas de la iglesia sólo sonaba el arrastrado paso del sacristán y el tintineo del manajo de llaves con que iba cerrando las capillas, un soldado, andando con mesura, para que el ruido de su sable y sus espuelas no turbase la augusta tranquilidad del templo, llegábase ante la capilla de las Angustias, y puesto de hinojos, cogida con ambas manos la robusta reja, rezaba y rezaba largo rato, abstraído, ajeno a todo, absorto en la contemplación de la adorada imagen.

Todas las tardes tenía el sacristán que tocarle en el hombro dulcemente, mientras en voz baja le decía: «Se va a cerrar», y aun esperaba el piadoso soldado unos minutos para terminar la comenzada oración.

Tal fervor, tan ingenuo misticismo, traspasó los claustros y el crucero de la iglesia para ser comentado en la sacristía, y hubo el señor cura párroco de manifestar deseos de conocer al devoto, pareciéndole cosa no muy corriente en militares que habían combatido a la facción



Por la tarde, un soldado llegábase a la capilla de las Angustias y, puesto de hinojos, rezaba largo rato.



una tan grande muestra de religiosidad.

Quizá aquel feligrés de Caballería estaba atormentado por algún cruel remordimiento; quizá fuese un alma atribulada que necesitase el consuelo espiritual de la oración; ¡Quién sabe si los auxilios de la penitencia...!

Esperó una tarde el párroco al soldado, y antes de que el devoto llegase a su capilla favorita, llevólo a un banco allí frontero, y así le dijo:

—Hijo mío, sé que vienes todos los días y pasas una hora en oración ante la divina Virgen de las Angustias; conozco toda la unción de tu rezo, todo el recogimiento de tu espíritu, y si esa piadosa conducta es movida porque te ocurre algo extraordinario y puedo yo auxiliarte con mis consejos y mi experiencia, no dudes en decírmelo, porque no en vano se acerca nadie a la Reina de los Cielos.

—Padre—repuso el soldado—, no me sucede nada; vengo todos los días porque, desde pequeño, tengo mucha devoción a la Virgen de las Angustias; fui monaguillo en mi pueblo y sacristán después, hasta que me pusieron a caballo en mi regimiento; esa virgen es igualita, idéntica a la que yo cuidaba, y como aquella fue mi madre, porque otra madre no he conocido, pues ahora me parece que a mi madre vengo a ver, y el día que no la veo no estoy contento.

Había en las palabras, como en la cara sanota del soldado, esa frescura ingenua de la gente que habla con el corazón. El señor cura alegróse mucho de que aquella devoción no tuviera por origen alguna de las tormentas de la vida, y despidióse del devoto ofreciéndole su valimiento, que no era poco.

El sacristán, con aquello de que el jinete había sido del oficio, intimó con él, y así pasaron días y días sin que faltara al rezo el soldado más que cuando las necesidades del servicio militar se lo impedian.

Otra vez en que cura y soldado se encontraron:

—Padre cura—dijo el devoto—, yo tenía que pedir a usted un gran favor.

—Pide, hijo, pide, que me alegraré poder serte útil en algo.

—Pues quisiera, padre cura, ver de cerca a la Virgen, besar el manto, hartarme un día de rezar muy juntito a ella, como si besara el regazo de mi madre, que, como está en el Cielo, no me puede devolver los besos.

El párroco, que, a fuer de buen sacerdote, no conoció en su vida otro amor de mujer que el de su anciana madre, sintió la emocioncilla de las cosas tiernas y delicadas.

—Anda, ve y dile al sacristán que te deje entrar en el camarín; y no me vayas a dejar la puerta abierta, ¿eh?; y apagad bien todas las luces luego.

Minutos después, el soldado se arrodillaba en éxtasis junto a la imagen, y allí quedaba mientras el sacristán iba cerrando las capillas del templo; sólo se escuchaba su arrastrado paso y el tintineo del manojito de llaves.

Al día siguiente, los periódicos de Valencia publicaron el robo de la diadema que lucía el Niño

Jesús de la Virgen de las Angustias. Desolado el buen cura, acudió al Capitán general con sus sospechas de que fuese el ladrón un soldado de Caballería, y el general Zapatero, acompañado del Párroco, se fué inmediatamente al cuartel, formó el regimiento, y reconocido el presunto culpable, lo hizo encerrar en el calabozo y dispuso la formación de la causa, con ánimo de fusilarle en cuanto se demostrara su culpa.

En brevísimo tiempo se tramitaron los autos; el soldado negaba a pie juntillas, y todo su descargo era que estaba inocente; pero no había forma de sacarle una palabra más.

Llegó el día del Consejo de guerra; los indicios eran tan vehementes, como si fueran prueba plena; el fiscal estuvo implacable; el defensor se limitó a pedir una lágrima, y el presidente, mirando torvo y siniestro el banquillo, preguntó con voz cavernosa:

—¿Tiene algo que alegar el acusado?

El acusado se levantó entonces, y con voz serena y reposada, contestó:

—Yo no he robado la diadema del Niño Jesús; yo he sido siempre muy devoto de la Virgen de las Angustias, y el día que entré en su camarín, cuando estaba rezando con mayor fervor, vi que la Virgen cogía la diadema del Niño y me la entregaba, diciéndome: «Toma este regalo; véndelo; con lo que te den por él te redimes del servicio, y con lo que te quede pones un estanco en tu pueblo.» No tengo más que alegar sino que lo dicho es la verdad.

Volvióronle a su calabozo, y el Consejo comenzó a deliberar. Todos los vocales iban votando que el devoto era culpable; pero un capitán, hombre temeroso de Dios y creyente a machamartillo, dijo:

—Señores: Yo entiendo que el Consejo de guerra no puede condenar sin que se consulte este caso de conciencia con quienes tienen más autoridad que nosotros para dictaminar si es o no posible que la Virgen de las Angustias haga o no milagros. Yo voto por que den su parecer las autoridades eclesiásticas: aquí hay un punto de dogma, una cuestión de fe, y nosotros no podemos negar sin causa, ofendiendo a la Religión.

Quedaron pensativos los vocales, y suponiendo que la consulta, en todo caso, serviría para robustecer el fallo del Consejo, se acordó remitir los autos al Cabildo catedral para dilucidar los teólogos lo que los militares no podían puntualizar.

El Clero en masa estaba indignado con el robo sacrilego; esperaban que el escarmiento fuese duro, enérgico, rápido; así, pues, al recibir la causa y leer los descargos que exponía el acusado, el Cabildo se llenó de confusión y estupor.

Afirmar que la Virgen de las Angustias era incapaz de hacer un milagro, cuando las paredes de su camarín estaban llenas de exvotos, cuando las ofrendas llovían, cuando su fama de milagrosa era la más pródiga fuente de limosnas, dudar siquiera de la posibilidad de un milagro, era el descrédito de la fe, era condenar al olvido aque-



lla venerada imagen, era deshacer en una hora una labor de siglos.

No; no podía el alto Clero proclamar *urbi et orbe* la impotencia de la sagrada imagen. ¿Acaso no podía ser certísimo el milagro? Lo era, indudablemente lo era. No fué menester larga deliberación: el Arzobispo, el Cabildo todo, todos los párrocos, firmaron una proposición en que la fe resplandecía, aconsejando al Tribunal militar la absolución para el soldado, para la inocente víctima, cuya inculpabilidad debía hacerse pública y notoria.

Ante prueba tan palmaria, y retirada la acusación primitiva que partió del Clero, el Consejo falló en firme la absolución, y el Capitán general no pudo sino conformarse con la sentencia: quedáronle las ganas al general Zapatero de sentar las costuras al devoto soldado, pero con ellas se

quedó; y respetando el fallo del Consejo, dictó la memorable e imperecedera siguiente:

ORDEN DE LA PLAZA

*Artículo 1.º El Consejo de guerra, reunido para fallar en la causa por robo sacrilego instruida contra el soldado Pedro Gómez, ha absuelto libremente y con todos los pronunciamientos favorables al acusado.*

*Art. 2.º En lo sucesivo, todo soldado que tomase regalos de algún santo será pasado por las armas.*

*El capitán general, ZAPATERO.*

Y ahora, lector mío, continúa no viendo ni un átomo de doctrina que pueda acrecentar tu fe o robustecer tu incredulidad en esta verídica y puntual historia, que, por ser vieja, aunque yo no soy joven, como me la confieron te la cuento

## RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

por el General Madariaga

El regimiento infantería de Asturias, número 31, formaba parte de las fuerzas que después de las operaciones sobre Estella (25, 26, 27 y 28 de Junio de 1874), quedaron cubriendo la línea del Ebro. Cuando alguna vez pasaba a Logroño dicho regimiento prestaba el servicio de la plaza, en concurrencia con los demás Cuerpos de la guarnición.

En una de estas ocasiones daba la guardia con 22 hombres el alférez Franco (D. Miguel), cerca de la pueria que da salida a la carretera de Lardero. Con los 22 hombres iba un supuesto corneta. Y le llamo así porque, efecto de las circunstancias, había que considerar como cornetas en el regimiento de Asturias a torpes educandos de la banda, atrasadísimos en la instrucción.

Y por dónde ese día acertó a pasar por allí—dando un paseo por las afueras—el general Espartero, acompañado de su ayudante. La guardia formó con presteza, es cierto; pero se limitó a presentar sus armas. Ni el corneta podía tocar *marcha*, ni sacar del instrumento mas que estridentes sonidos.

Extrañando el Príncipe de Vergara que se le hicieran honores incompletos, mandó parar el carruaje y llamó al oficial para inquirir el origen de tal falta. El alférez Franco dió las explicaciones consiguientes; pero D. Baldomero demostró con sus palabras y severo talante que no quedaba del todo satisfecho. Le era difícil admitir que se montara una guardia con un *corneta*

de pega (en aquella época no había tambores).

El oficial comandante de la guardia comprendió que era preciso demostrar por qué causa era preferible la *omisión* a la mala *ejecución*. Al efecto dispuso que, si Su Alteza regresaba a la población por aquel mismo sitio, el educando de banda hiciera *a todo esfuerzo* sonar su corneta.

Y la demostración, llegado el caso, fué concluyente. Transcurridas un par de horas, el general Espartero, dando por terminado su paseo, entraba por la misma puerta que salió. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Le sorprendieron desagradablemente los más destemplados sonidos que puede producir en una corneta los *morros* inexpertos de un aprendiz congestionado, al rojo cereza, por el esfuerzo. El educando soplabá con todas sus fuerzas, obedeciendo las enérgicas órdenes que le daba el alférez.

Aturdido, herido su tímpano por aquellas desacordes estridencias, el general Espartero decía: —¡Basta!, ¡basta!... ¡Convencido!

El oficial, rígido, saludando con la mayor seriedad y haciendo que no oía ni tampoco entendía lo que significaban los rápidos movimientos que hacía el Duque de la Victoria con los brazos, estimulaba al *guaja* de la corneta, diciéndole con disimulo:

—¡Aprieta!... ¡Echa el pulmón! ¡Aprieta!... Más todavía.

No reventó por milagro. El milagro fué que se alejó a todo correr el carruaje del general.





## Las marinas de guerra modernas

Todo en el mundo evoluciona; es una verdad innegable, axiomática, y donde más se notan las evoluciones es en los elementos que utilizan los ejércitos y marinas para destruirse.

Lo que es nuevo [hace cuatro días al quinto se convierte en viejo, porque se ha descubierto o inventado otros elementos destructivos, que dejan lo conocido inservible para el uso que se le destinó.

Muy reciente está la pasada contienda mundial para dar fuerza, a nuestro aserto, y donde principalmente se muestra la transformación, quizá por sus magnitudes, por sus enormes moles, es en los barcos de guerra.

A la ligera podemos hacer una disquisición retrospectiva acerca de las transformaciones que han experimentado los marinos de guerra. Viven todavía, y su edad no es muy proveya, los que conocieron los primeros barcos con coraza.

A nuestra memoria viene la respetable anciana *Numancia*, que orgullosa paseó el pabellón español por el mundo entero, y, al recordarla, vibra nuestro viejo corazón, añorando los años moceriles.

Dos elementos nuevos han jugado un papel importantísimo en la guerra pasada: los submarinos y los hidroaviones. De los primeros se ha hecho un derroche, y los técnicos han discutido largamente

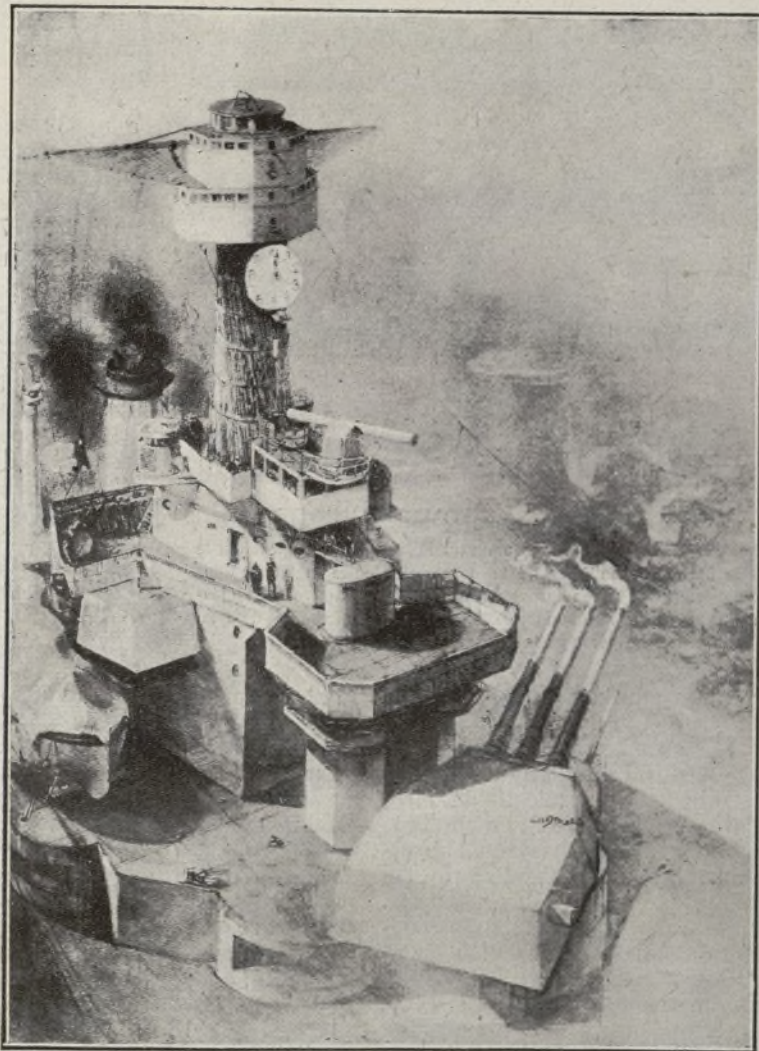
sobre cuál nación sería más prepotente, la que tuviera mayor número de sumergibles o la que sobresaliera por sus acorazados, y el resultado de la polémica ha sido aplastante: será prepotente la nación que tenga muchos acorazados y muchos submarinos.

Los hidroaviones no han sido empleados lo suficiente para poder apreciar en su justo límite sus completas ventajas. Si las tiene, desde luego, para reconocimientos, situación del contrario y descubrimiento de submarinos que navegan sumergidos, y la innegable de los ataques aéreos.

Estos factores esenciales y las enseñanzas derivadas de la guerra, han aconsejado a modificar las características en los anteriores proyectos de barcos y a orientar su construcción de forma bien distinta a la por todos conocida.

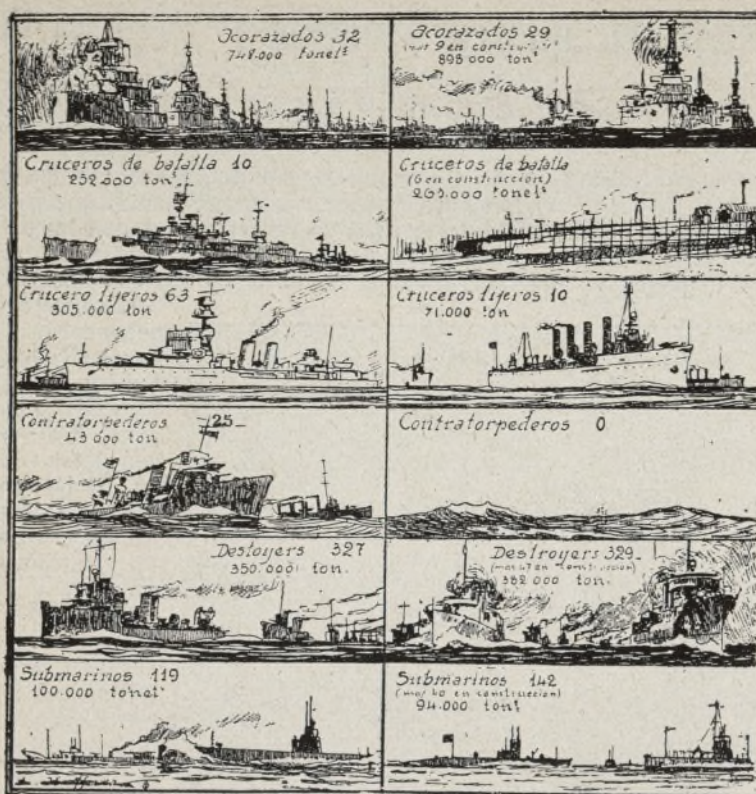
Ya los norteamericanos en sus últimos modelos abandonaron los típicos palos por una especie de torre enrejada, y en el modelo que figura en el grabado que acompaña a estas líneas, también americano, se observa que más que un barco se

meja una enorme fortaleza. Se aprecia en aquel una fuerte columna de hierro trenzado, sobre la que se apoya el puente de mando, baterías de cañones de pequeño calibre, el telémetro, de cuatro metros de base, que con su potente alcance y precisión



La cofa de guerra de un acorazado moderno difiere bastante de las conocidas cofas de los navios antiguos. Sobre la torre metálica que constituye el mástil se instalan, en prodigiosa y arrogante agrupación, cañones de pequeño calibre, el telémetro que ha de corregir sus tiros, el disco que servirá para las señales y la antena que ha de recoger y transmitir las ondas de la telegrafía sin hilos.





INGLATERRA

ESTADOS UNIDOS

He aquí un estado gráfico comparativo de la potencia naval de las cuatro naciones que se disputan la supremacía de los mares mundiales. De la comparación entre Inglaterra y los Estados Unidos se puede apreciar que tienen aproximadamente igual número de acorazados, destroyers y submarinos; pero la primera posee en mayor cantidad, cruceros de batalla, cruceros ligeros y contratorpederos.

ha de servir para conseguir exactamente el tiro; un disco de señales, que con su única aguja, al irse parando sucesivamente por mecanismo eléctrico en los distintos números, sustituirá al antiguo sistema de canales, y finalmente en el pináculo de la torre se alza férreo castillete del que parten, en apretado haz, que se extiende como las varillas de un abanico, los hilos que forman la antena del telégrafo sin hilos, que recogerán las palpitaciones de la batalla.

Todas las variaciones que experimenten los nuevos modelos han de estar sujetas, irremediablemente, a tres características esenciales: artillería, coraza y velocidad. La primera es el elemento ofensivo, la segunda el defensivo y la tercera es de carácter ambiguo, ya que es susceptible de actuar como ofensivo o defensivo, según aconsejen las circunstancias, y todas ellas han de guardar un íntimo, fuerte y hábil enlace dentro de la misma nave o escuadra, porque dando la preferencia a la artillería para que las cualidades ofensivas lleguen a la cumbre, hay circunstancias especiales: la espesa niebla, los ataques aéreos y los submarinos, que pueden malograr la potencia artillera. Lo mismo ocurre si disminuyendo ésta se favorece el elemento defensivo, pues procurar la invulnerabilidad de la nave conduce a incrementar su desplazamiento en medida insospechada e inadmisible.

Teniendo en cuenta estas circunstancias las potencias navales, han tratado siempre de organizar su marina de guerra de modo que reúnan en su mayor grado las condiciones ofensivas y defensivas.

Hoy solo cuatro naciones son las que luchan por alcanzar la supremacía en el mar. Los grabados que publicamos en esta plana dan mejor idea que ninguna disertación el estado de sus elementos navales una vez terminada la guerra.

Así vemos que Inglaterra cuenta con 32 acorazados, en los que no se incluyen, lo mismo que para las otras naciones, más que los dreadnoughts y los superdreadnoughts con 748.000 toneladas; 10 cruceros de batalla, con 252.000 toneladas; 63 cruceros ligeros, con 305.000 toneladas; 25 contratorpederos, con 45.000 toneladas; 327 destroyers, con 350.000 toneladas, y 119 submarinos, con 100.000 toneladas.

Por su parte, los Estados Unidos tienen 29 acorazados, más nueve en construcción, que suman 898.000 toneladas; también en carenas seis cruceros de batalla, con 261.000 toneladas; 10 cruceros ligeros, con 71.060 toneladas; ningún contratorpedero; 329 destroyers, más 47 en construcción, cuyo tonelaje será de 382.000, y

142 submarinos, más 40 que actualmente se construyen, y cuya cifra de tonelaje alcanzará 94.000.

El Japón posee 13 acorazados y construye seis, con un tonelaje total de 460.000 toneladas; 12 cruceros de batalla, más 8 en construcción, con 450.000 toneladas; 15 cruceros ligeros y seis en los astilleros, con 78.000 toneladas; ningún contratorpedero; 70 destroyers, más 24 construyéndose, con 67.000 toneladas, y 42 submarinos, más 11 en construcción.

Francia queda a la zaga y su poder marítimo está representado por siete acorazados, con 164.000 toneladas; ningún crucero de batalla; cuatro cruceros ligeros, con 18.000 toneladas; un contratorpedero de 2.400 toneladas; 32 destroyers, con 31.600 toneladas, y 44 submarinos, con 24.330 de tonelaje.

Lo pasado pasó para no volver; se lo llevaron la galera y el navío, esas dos hermosas y curiosísimas fábricas flotantes; lo que no naufragó quedando en el fondo oscuro de los mares, vive solo en los museos y en los libros eruditos viejos.

La galera, sin embargo, fué durante varios siglos la señora del mar.

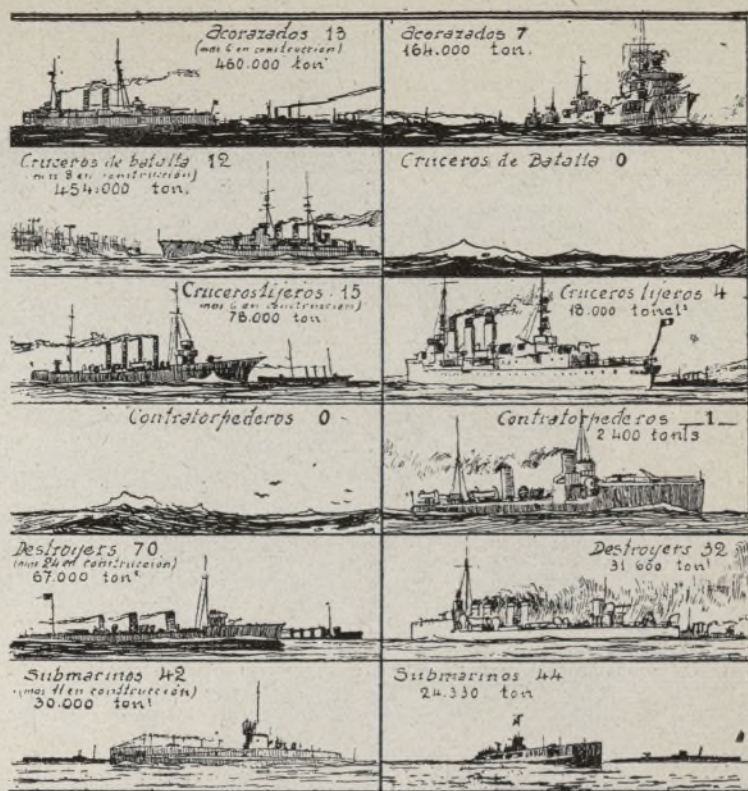
Galeras fueron las naves de Lepanto, la grandiosa batalla en que se decidió la suerte de dos civilizaciones. Allí los turcos con 210 galeras y 63 galeotas y fustas, con unos 88.000 hombres embarcados,



ocupando un frente de acción de 4.000 metros, presentaron la batalla a la escuadra de la Liga, compuesta de 203 galeras y 6 enormes galeazas, llevando a bordo unos 84.000 hombres, que ocupaba una línea de combate de 3.300 metros; allí, desde las once de la mañana, hora en que empezó la lucha, hasta por la noche, en que cesó murieron 7.500 cristianos, 2.000 españoles, 800 soldados del papa y el resto venecianos, y hubo además 7.784 heridos del mismo campo, mientras que unos 50.000 combatientes musulmanes fueron muertos o hechos prisioneros por los contrarios, pasando en su mayoría «a reunirse con su maldito Mahoma.» Pues eso se hacía con galeras, con unos buques que ninguno llegaba a tener el tamaño de uno de los actuales cruceros, llevando a bordo unos 280 combatientes, sin velas casi fiando su agilidad y su fuerza motriz a los 40 o 50 remos, a los «pies colorados», que les llamaba Sancho, de unos 13 metros de longitud cada uno y movido por 5, 6 y hasta 8 hombres, sujetos con cadenas a unos barcos, desnudos completamente, mal comidos, peor bebidos y azotados de continuo, «mosqueadas las espaldas», por el corpacho del cómitre.

De ellas se componía también la famosa armada Invencible de Felipe II; aquella masa de 132 buques con unas 60.000 toneladas de desplazamiento total, llevando a bordo 32.000 hombres, cuya manutención costaba más de 30.000 ducados diarios, 3.000 cañones, 7.000 mosquetes, 10.000 alabardas y partesanas, 1.200.000 balas, 5.600 quintales de pólvora, 800 mulas para la artillería y seis meses de víveres; la que al pasar por frente de Eddystone, ya en Inglaterra, ocupaba un frente de más de siete millas, presidida por la capitana general, una galera que desplazaba cerca de 1.000 toneladas, y montaba 50 cañones.

Vinieron después los imponentes navíos, esas máquinas de tres puentes y hasta de cuatro, que fueron por mucho tiempo y con perfecto derecho el terror de los mares, siendo tal su superioridad efectiva y reconocida, que hasta los marineros que los tripulaban miraban por encima del hombro, si es que



En estos dos gráficos, pertenecientes al Japón y Francia, cuyas potencias marítimas son inferiores a las reseñadas antes, se observa que en el Japón trabajan incesantemente para igualarse a Inglaterra y sobre todo a su rival, construyendo en gran escala acorazados, cruceros de batalla y ligeros y submarinos, pudiendo notarse que todas ellas, menos Inglaterra desdeñan la construcción de cazatorpederos.

se dignaban mirarlos, a los pobretes tripulantes de las fragatas y de los bergantines. Era un palacio que daba gusto verlo; la fragata resultaba más gallarda, más elegante; pero el navío era el digno representante de la fuerza, sin dejar por eso de aparecer airoso; la palamenta, o sea la faja formada por todos los remos, cuyas palas salían del costado y rodeaban a la galera, la sustituían en el navío las bocas de los numerosos cañones que lo artillaban y que en algunos pasaban de 200; el aparejo era también hermoso, y el aspecto de una escuadra de navíos de verdad debía ser precioso, muchísimo mejor que el ofrecido hoy por cualquier escuadra compuesta de estos enormes zapatos mochos que se llaman acorazados de línea o de combate que «llevan el viento en el sollado», en sus potentes máquinas de vapor, y que cuestan de 50 millones de pesetas para arriba cada uno,







# TOLEDO

¡Salve! Toledo imperial,  
vieja ciudad castellana,  
la del alcázar que altivo  
su mole ingente levanta  
con la grave majestad  
de la noble austera raza  
que al pie de los recios muros  
en las silentes manzanas  
duerme el sueño de la gloria  
de sus antiguas hazañas.

Cuna de insignes varones,  
tierra de mujeres bravas  
donde si los hombres caen  
en la liza temeraria,  
de sus manos los aceros  
vengadores arrebatan  
y antes que tocas de viuda  
visten la cota de malla  
y en vez de ayes de dolor  
gritos de exterminio lanzan  
celebrando sus exequias  
al fragor de las batallas.

¡Ciudad que evoca el recuerdo  
de mis días de esperanza!....

Sus bellas mujeres llevan  
esculpida por las Gracias  
la sonrisa de la Hesperia  
en sus hechiceras caras;  
que tienen las puras líneas

de la gentil Venus clásica  
dientes de mármol pentélico  
y ojos de ardiente Sultana,  
que hacen mayores estragos  
entre la gente cristiana,  
que en moros hiciera el filo  
de las hojas toledanas.

La de calles tortuosas,  
la de cuestas empinadas,  
la de pétreos monumentos  
de encage y de filigrana;  
que en los ciclópeos muros,  
en las cornisas bordadas,  
en las ábsides gigantes,  
y en cresterías caladas,  
cobijan santos, guerreros,  
enanos barbudos, hadas,  
monstruos alados, demonios,  
ritos, símbolos, batallas;  
medievales desvarios  
de la leyenda fantástica,  
que el genio inmortal del Arte  
con bello trazo animara  
para pasmo de los siglos,  
para orgullo de la España.

Con sus bellos cigarrales  
que el Tajo amoroso baña  
y en las noches estivales,  
silenciosas, perfumadas,



que convidan al ensueño,  
leves susurran las auras  
añejos cuentos de amor,  
caballerescas andanzas,  
que el manso río repite  
en el ritmo de su marcha.

En que se añora el poema  
de tu grandeza pasada  
acudiendo al pensamiento  
tu opulencia cortesana,  
el brillo de tus Emires,  
de tus armas la pujanza,  
la fama de tus torneos,  
el estruendo de tus zambras,  
el misterio de tus noches,  
de tus días la algazara,  
cuitas de amor en tus rejas,  
choque en la calle de espadas.

La que en Villalar un día,  
con Salamanca preclara  
y Segovia la animosa,  
por las libertades patrias  
de la santa rebeldía,  
gloriosa enseña morada  
alzara frente al tirano,  
probando en la fecha infausta,  
que hay derrotas triunfadoras  
como triunfos infames,  
y que la gente en Castilla  
en paz fiel, en guerra brava,  
al temple de tus aceros  
tiene forjada su alma  
sabiendo morir con honra  
antes que vivir con mancha...

.....  
.....  
¡Oh venerable ciudad  
de grandeza legendaria  
que en los ínclitos blasones  
de tus antiguas murallas  
cuelga el musgo entre las juntas  
del Tiempo la augusta pátina!...

¡Bello ensueño de Califas,  
viejo solar de la patria!

No quisiera que mis párpados  
la Pálida los cerrara  
sin recorrer otra vez  
tu firme suelo mi planta,  
desde el pensil de la Vega  
a la cumbre del Alcázar,  
para recrear mis ojos  
en los tesoros que guardas  
en tus antiguas iglesias  
y en tus calles solitarias

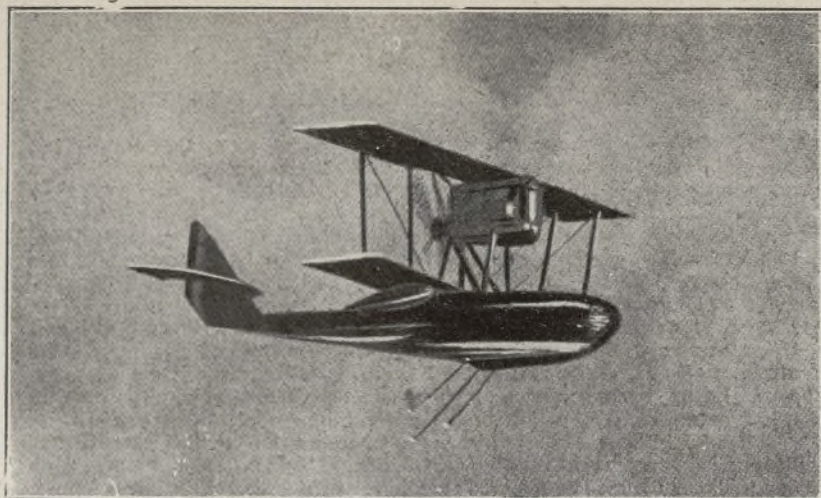


donde hay patios berberiscos  
tan bellos como en la Alhambra,  
de primorosas columnas,  
de voluptuosas arcadas,  
de frisos maravillosos  
bordados por manos de Hadas,  
que de orientales amores  
aún conservan la fragancia,  
y contemplar el donaire  
de tus lindas artesanas  
de rostros anacarados  
y ojos negros de Sultana,  
que hieren igual que el filo  
de las hojas toledanas.

Antes que espire la luz  
de mi vida en la mirada,  
de Zocodover famoso  
quiero ver la linda plaza,  
tu rambla del Miradero,  
tus murallas centenarias,  
tu alegre diáfano cielo,  
tu asiento de rocas bravas,  
tu ribera exhuberante  
y tus llanos de esmeralda.

A. BOLADO.





Tipo de aeroplano dispuesto para ser dirigido desde tierra por medio de las ondas hertzianas. La forma especial de su barquilla es la conveniente para situar los aparatos que permiten el mando a distancia.

## DEL CAPÍTULO DE INVENTOS

# Cómo se dirige un aeroplano sin piloto

Un avión que surque los aires sin piloto no es una utopía. El mando a distancia de un aeroplano es un hecho real y tangible, cuya concepción tenía preocupado a los sabios que se dedican a estas cuestiones. Bien es verdad que en la invención del mando a distancia nos cabe la gloria de haber sido un español el que lo inventó. El ilustre ingeniero Torres Quevedo hace tiempo que con su *telekino* consiguió, con lisonjero éxito, dirigir desde la costa un bote gasolinero, y la importancia de su invento, desde el punto de vista naval, es innegable, por la aplicación del *telekino* a los torpedos submarinos.

Es evidente que la materialidad de dirigir un avión desde tierra, conocido ya el aparato de Torres Quevedo, parece a simple vista que no tiene importancia; pero si nos fijamos en que un barco tiene siempre estabilidad, no sucede así con el aeroplano, al que hay que estabilizar automáticamente, y este es el punto oscuro que al fin ha sido aclarado con satisfactorio éxito.

### El giróscopo soluciona la estabilidad de los aeroplanos.

El problema ha tenido solución gracias a la aplicación del giróscopo. El giróscopo que, como juguete, nos ha entretenido en nuestra niñez, ha servido a los sabios para grandes concepciones.

Los ensayos que se practicaron en el laboratorio dieron un resultado excelente; pero al montar los giróscopos en un aeroplano, y tratar de ejecutar algunos vuelos, se notó que los giróscopos eran muy pequeños y era necesario encontrar un aparato susceptible de mandar sin retardo a los timones.

Los primeros vuelos fueron muy peligrosos para el aviador que pilotaba el aeroplano, por tener que corregir las deficiencias del mando a distancia. He aquí lo que dice acerca de este asunto un piloto que practicó uno de estos vuelos preliminares:

«Navegaba a 1.200 metros próximamente en vuelo normal y como el tiempo estaba encalmado abandoné los mandos de mano, dejando hacer al avión, que con el mando de tierra se conservó en la misma línea e inclinándose suavemente sobre el ala izquierda hizo un viraje muy bien. Recuperé el mando para poner al avión horizontal y nuevamente lo dejé en libertad, para que entrara bajo el mando del piloto automático y la estabilidad fué perfecta durante unos seis minutos al cabo de los cuales inicié ligeramente el descenso; pero al enderezarlo el estabilizador automático lo hizo más de lo debido y el aparato tomó una marcha con ondulaciones de cabeza a cola, y, dándome cuenta del peligro, recogí los mandos de mano, pero antes de hacerlos maniobrar se fué el avión de cabeza, descendiendo a una velocidad, que crecía a cada segundo.

Pensé parar el motor y después maniobrar; mas cuando iba a practicar lo pensado el aparato abandonó la vertical y se enderezó con un crugido siniestro. La pieza de retenida de uno de los timones se había roto por el esfuerzo considerable del levantamiento. Además, el motor se caló cuando me encontraba a 700 metros del agua, impidiéndome llegar al sitio del aterrizaje.

Un sudor frío inundó mi cuerpo, viéndome impotente para gobernar el avión que desencuadrado no planeaba y tuve que hacer titánicos esfuerzos para dominar mis nervios, sujetos a una dura prueba, para evitar que en la caída quedara el aparato destrozado...»



## El avión sin piloto, como

### - máquina de guerra. -

Todas las naciones, sobre todo las grandes potencias que intervinieron en la pasada guerra, han soñado con el aeroplano sin piloto, que sirviera para bombardear, sin peligro para ninguna persona, tal o cual ciudad o bien solamente para sacar algunas fotografías, precisas para el mando, sin exposición para nadie.

Todas las potencias poseían el secreto; pero la guerra terminó y el aeroplano sin piloto no consiguió ser viable. Sin embargo, la estabilidad automática era casi del dominio público y nosotros recordamos un invento para economizar un rail, en las vías férreas, marchando el ferrocarril por único riel, y consiguiéndose la estabilización por medio de los giróscopos.

El principio fundamental consiste en la colocación a bordo del avión de tres giróscopos que sirven: para la estabilidad longitudinal, uno de ellos; otro para la lateral y el tercero para estabilizar el aparato en dirección; pero como estos aparatos persiguiesen un tamaño no tienen la suficiente

fuerza para accionar los mandos, se ha recurrido a los servomotores ligados convenientemente a los giróscopos por la intermediación de unos relevadores eléctricos.

Estos relevadores tiene por objeto cerrar el circuito de los pequeños motores que accionan los mandos, para hacerles marchar adelante o atrás, a fin de conseguir la subida o el descenso, y con este sistema adoptado a cada mando se alcanza la estabilidad automática.

El mando a distancia por medio de la emisión de ondas es una cuestión delicada de tratar, ya que cada nación tiene su secreto sobre este punto.

### La Telemecánica del

### - profesor Branly. -

En Francia, el profesor Branly había demostrado

antes de la guerra la posibilidad de maniobrar una gran masa a distancia por medio de la telegrafía sin hilos, procedimiento que fué bautizado con el nombre de *Telemecánica*. Las ondas eléctricas en la telegrafía sin hilos son suficientes, después de una transformación en los aparatos receptores, para impresionar la placa receptora de un auricular telefónico. Esta placa metálica muy fina sufre oscilaciones, y este movimiento mecánico es el que se utiliza, quedando convertido el auricular en un vibrador, que, como todo vibrador de bobina de Rumkorf, cortará o cerrará un circuito eléctrico, permitiendo a la corriente pasar y actuar sobre un electroimán (relevador), cerrando a su vez el circuito de un servomotor, que obra sobre el mando.

Es evidente, que si el mecanismo se dispone de tal manera que con una vibración repetida en deter-

minada forma se consigue cerrar un circuito, que origina la maniobra de una palanca, que mande, por ejemplo, el motor, las alas o el timón, cuando esta señal se comunique por la estación transmisora el efecto en el aeroplano, será el movimiento y maniobra del mecanismo que se deseaba hacer actuar.

En el avión, la maniobra se asegura

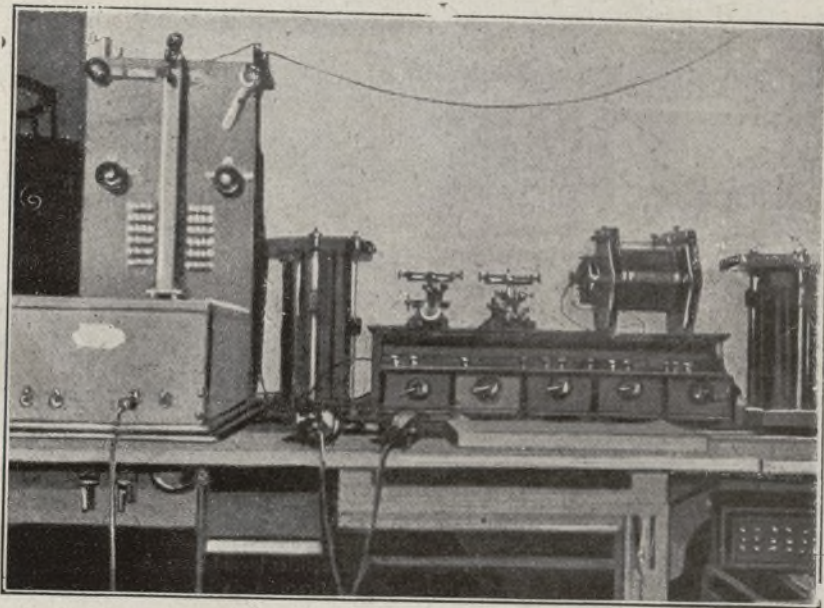
colocando un tambor aislador sobre el que actúan contactos metálicos, que corresponden a los distintos mandos.

Este tambor gira con movimiento uniforme y en la estación transmisora hay otro tambor semejante que tiene los mismos contactos y gira a igual velocidad.

Las señales hechas en el tambor transmisor son recogidas fielmente por el tambor receptor y a cada uno corresponderá precisamente el cierre de un circuito distinto que moverá el órgano cuya actuación se desea obtener desde tierra.

Esta es, en suma, la maniobra del mando a distancia por la telegrafía sin hilos.

En los primeros vuelos se notaron algunas dificultades para la sintonización de los aparatos situados en tierra con los del avión. Era preciso partir, pilotando el avión con la mano y al llegar a una altura suficiente se dejan caer cuatro alambres muy flexi-



En tierra y a bordo del barco de guerra desde el que se ha de hacer maniobrar el avión, se instala este aparato que emite ondas hertzianas que según su modulación son capaces de maniobrar los distintos mandos del aeroplano, haciendo que suba o baje, vire a uno u otro costado, emprenda su marcha o aterrice.



bles, cuyos extremos tienen unos pesos y que constituyen las antenas de recepción.

Como la longitud de estos hilos era distinta y estaban lastrados diferentemente, hubo algunos entorpecimientos por mezclarse las cuatro antenas, y se solucionó este inconveniente colocando los hilos uno delante, otro en la cola y los otros dos en las extremidades de las alas.

También ocurrió en uno de los ensayos, que los aparatos usados vibraban al mismo tiempo que el aeroplano bajo el efecto de la rápida rotación del motor. Estas vibraciones hicieron maniobrar por sí los mecanismos del mando y hubo necesidad de tomar tierra en seguida para evitar una catástrofe. En otra ocasión, los dos mandos de dirección funcionaban al mismo tiempo y el avión no cambiaba su ruta; pero la tenacidad de sus ingenieros venció bien pronto estos defectos.

### Como inicia su marcha y aterriza un avión

- - sin piloto. - -

Las operaciones más difíciles y capaces de originar peligros, han sido siempre la iniciación del vuelo y el aterrizaje. He aquí como se verifican:

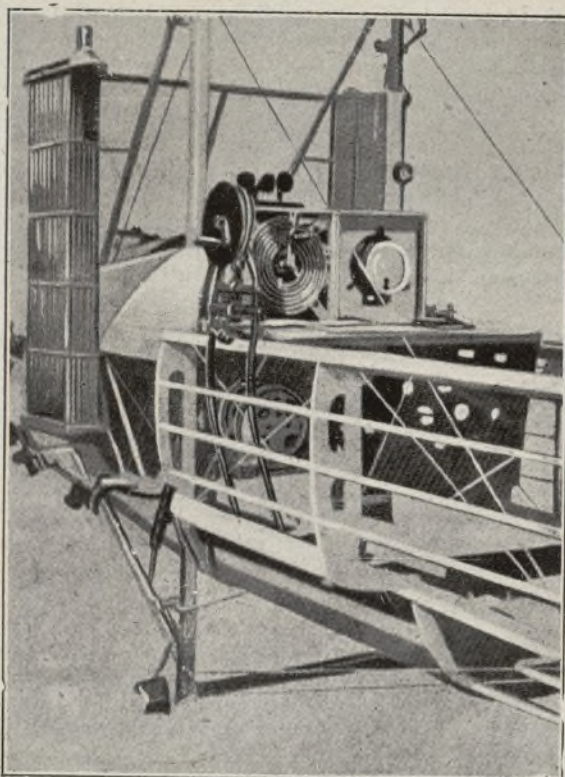
Una canoa lleva el avión a dos o tres kilómetros de la costa. Un mecánico sube a su bordo y pone en marcha el motor, en cuyo momento abandona aquél

el aeroplano, y cuando después de las primeras rotaciones el motor cambia de régimen el avión se desliza por el agua hasta que se despegue con un ángulo muy agudo hasta unos ciento o ciento cincuenta metros de altura. En este momento, la aguja de

un barómetro registrador, colocada en el cero antes de la partida, tropieza con un anillo metálico previamente reglado a un nivel correspondiente a la depresión de la altura de cien metros y como la aguja y el anillo cierran el circuito de un electroimán unido a la llave de entrada del gas en el motor, reducen ligeramente el régimen de éste, y cuando navega en vuelo horizontal se puede, gracias al puesto de transmisión telegráfico, hacer virar a la derecha o a la izquierda al aeroplano.

El descenso es la parte más delicada. Cuando el operador desea que el aparato inicie la bajada, ha de procurar que el avión tenga el viento de frente y entonces hace maniobrar el mando de descenso; rota el motor despacio y el avión pica hasta unos treinta metros del agua y continúa su marcha horizontal hasta que desciende nuevamente, hasta un metro en cuyo momento el motor se detiene definitiva, mente y el aeroplano se desliza, por último, en la

superficie del agua. Esta última maniobra se efectúa por unos tubos suspendidos en la barquilla que contienen unos flotadores, que llevan una pastilla metálica que corta el circuito de los conductores que le sirven de soporte.



El aeroplano lleva este aparato receptor de ondas hertzianas, mediante el cual son maniobrados sus movimientos. Para asegurar la estabilidad automática contra las corrientes de aire, cada timón se halla influenciado por un giróscopo que rectifica inmediatamente los cambios impensados de dirección.







## TRAGEDIA BARBARA EN TRES EPISODIOS

### EPISODIO PRIMERO

*Un bosque sombrío. Flota en la atmósfera el trágico aliento de la tempestad y la tierra dormida a su pesadumbre cambia con la noche la dulce melodía de su eterno misterio...*

Ataulfo, el feroz guerrero, después de saciar su alma en la sangre del combate y en el llanto de las vírgenes, torna a la paz señorial de su castillo en busca de la dulce Margarita.

Su fiel escudero Gastón le acompaña.

GASTÓN. Señor, mal hicimos en apresurar el viaje, que está la noche traidora y el bosque tenebroso...

ATAULFO. (Interrumpiendo). ¿Temes, villano?

GASTÓN. A la tempestad, señor, que se aproxima y al rayo que puede dar con nosotros en el infierno.

ATAULFO. No es tan fuerte el rayo cual mi pecho, ni otro infierno hay mayor del que en él llevo, que el fuego de esta alma tigre que el sarraceno tiembla, la sed de su tormento en su roja brecha ya no sacia... y solo Margarita...

*(Cruza el bosque en serpenteo horrible la centella y tras su seco estampido, el trueno rueda su carcajada de exterminio con fúnebre tableteo por el infinito.)*

ATAULFO. Vanamente el torvo cielo pretende disipar de la ardiente neblina de mi mente el fantasma de Margarita.

*(Un segundo relámpago ilumina el bosque con luz espectral y al mágico conjuro del huracán, con furia loca, estalla la tormenta envolviendo a los caballeros en un abrazo brutal de trágica quimera.)*

GASTÓN. ¡Señor, señor, es la profecía del brujo que hiciste descuartizar ante tu tienda de guerra!

### EPISODIO SEGUNDO

Sala del vetusto castillo de las Águilas.

*La inmensa estancia hállase envuelta en una misteriosa penumbra que rasga a trechos el rojizo resplandor de las resinosas antorchas proyec-*

*tándose en fantásticas figuras sobre las desnudas paredes.*

En los amplios ventanales se estrellan las últimas gotas de lluvia percibiéndose débil el ronco mugido de la lejana tormenta.

El viejo conde poeta, hundido en el tallado sillón de roble, fija ansioso sus miradas en el ventanal procurando sondear el misterio de la noche.

*(A su lado el jorobado bufón, contéplale con aire distraído).*

CONDE. En vano mis ojos cansados de mirar el sol se adentran en el reino de la tiniebla... bufón, bufón, ¿ves tú algo?...

BUFÓN. Veo... sólo las nubes empujadas por el viento correr igual que ovejas perseguidas por el lobo.

CONDE. ¡Felices ellas que en su loco rodar por el espacio no saben de su destino... en tanto que yo...!

BUFÓN. ¡Pobre poeta!

CONDE. ¡Bien dice bufón! Pobre poeta que a la aproximación del bárbaro Ataulfo siente frío en el alma... ¡Pobre poeta que pasó la vida en un sueño de amor y de flores sorprendiendo de su cáliz el abrir, al beso de la brisa que anuncia el alba... y en la noche serena encontrándolas temblando misteriosas en la calma profunda de los cielos...!

¡Pobre poeta que guardando en su pecho un tesoro de ternura para los hombres sólo sintió zumbir fatídica en su oído la eterna palabra ¡guerra! y regó tantas veces con sus ojos el sangriento trofeo de la gloria que a sus pies depositaban sus caballeros como bárbara ofrenda de agonía...! ¡Bien dijiste bufón, pobre poeta!

Y sin embargo yo era entonces fuerte porque... amaba...

BUFÓN. ¡Ja, ja! ¿Amabas, viejo conde?

¡Soñabas!... Y en tanto Ataulfo ese hijo de la guerra que nunca entendió de trovas entrando en tus señoríos, derro-



ta a tus caballeros, te arrebató tus castillos y te quitó a Margarita... ¡Ah, que lindo despertar de amor! (Ofreciéndole de una botella). ¿Quiéres beber?

CONDE. ¡Bufón!

BUFÓN. (Aproximándosele). ¡Véngate!

CONDE. No puedo... La venganza quiere fuego y la pena pide lágrimas. ¡Bufón, bufón! ¡No has llorado nunca!

BUFÓN. ¡Nunca! Yo guardo las lágrimas en mi joroba... Un bufón no llora jamás... ríe... ríe siempre... (Con ánimo creciente). ¿Y sabes por qué no llora? Porque no puede; porque los hombres cuajáis en sus ojos las lágrimas primeras escupiéndoles vuestro desprecio... El bufón llora cuando ríe... y cuando ríe, odia...

CONDE. No te entiendo.

BUFÓN. No podrías entenderme, que tu eres señor y yo ni siquiera soy hombre...

CONDE. Triste como esta noche, para mí larga como un siglo, está tú ingenio, Bufón.

BUFÓN. Jamás estuvo tan despierto... Y porque lo veas, te referiré una historia que acaso alivie tus pesares.

CONDE. Te engañarás...

BUFÓN. ¡Quién sabe! Escucha... (pausa).

En un tiempo en que los caballeros en guerras bárbaras de señorío, igual que hoy amasaban con sangre sus fortunas y llamaban a sus crímenes hazañas, hubo uno que igualando en bizarría a los más bravos, a todos superaba en crueldad... Astolfo...

Su espada hermama de la muerte que igual hendía el pecho agareno que desgarraba la entraña del cristiano, haciendo huir a los pueblos despavoridos, llegó a darle tal poder que el mismo rey le temía...

Una noche en que tras sañuda lid ante su tienda de guerra paseaba su mirada feroz en la calma del campamento dormido, surgiendo de la sombra cual un fantasma, apareció ante sus ojos la figura de una mujer cargada con dos pequeños seres a sus espaldas...

¿Quién eres—gritó colérico Astolfo—que así te expones a mi furor?

—...Una mujer...

—¿Cuál es tu patria?

—El mundo. ¿Qué quieres de mí?

—Limosna...—Porque el fantasma señor, era una judía, una hija de esa raza maldita, que sin pan y sin albergue cruzan errantes el mundo sin hallar jamás consuelo...

Como la judía era hermosa (tanto que jamás tu imaginación de topo pudiera soñarla más acabada), al verla Astolfo la amó con todo el fuego de su alma feroz...

La judía resistió... ¿comprendes?... sabía amar, más no venderse... y... la

daga de Astolfo hiriendo fría en su pecho consumió bárbara la traición, que presencié sólo la luna, envolviendo piadosa con su plata, a aquellos dos lobeznos abrazados con espanto al cadáver de su madre...

*Después... (el eco de un lejano galope interrumpe al bufón que corre presuroso a la ventana rompiendo en una carcajada lúgubre que hace estremecer al conde).*

CONDE. Bufón, bufón, esa mirada...

BUFÓN. (Siniestro). ¡Es la tumba del bufón!... Ya no hay tiempo... escucha... Una noche... noche de crimen como la otra... uno de los lobeznos se ha hecho hombre... Es brujo... y hace el horóscopo en la tienda del monstruo... y dice... Tu aliento de sangre agostará la flor de su amor... tu garra de tigre nunca la alcanzará...

¡Jamás la poseerás... maldito... maldito seas!...

*(El lejano galope percíbese ahora claramente y el conde preso de repente temblor corre al ventanal. El bufón le sigue despidiendo de sus ojos el fulgor de una alegría feroz).*

CONDE. ¡Cielo santo...! Ese galope...

BUFÓN. Es la venganza que llega...

CONDE. Calla bufón... no... no puedo...

BUFÓN. ¡Ja, ja, ja!... ¿no puedes? (Al oído del conde). El monstruo de mi historia no se llama Astolfo... se llama... Ataulfo...

CONDE. ¡Gran Dios!

BUFÓN. El otro lobezno...

CONDE. ¡Acaba!...

BUFÓN. El otro lobezno que hace mucho tiempo quiere llorar sin ocultarse su primera lágrima de hombre... y morir después... no es conde ni poeta... es jorobado... es bufón... ¿Comprendes?... ¡Oh, tus ojos hablan de muerte...! Sí... sí... Tu sabes odiar... ¡Véngate bufón... véngate!...

CONDE. (Aniquilado por el esfuerzo cae en su sillón y acerca a sus labios sedientos la copa que el bufón le brinda en la cual vertió antes con artificio unos polvos misteriosos quedando al poco tiempo profundamente dormido).

BUFÓN. (Contemplándole). ¡Adiós viejo conde...! También como tú, el bufón va a dormir... Solo... que... no despertará nunca... ¡Ja, ja! (Abandona la estancia cerrando tras sí la puerta con cautela).

## EPISODIO TERCERO

Habitación de Margarita en un ala del castillo.

*Por la artística vidriera del inmenso balcón que deja ver al fondo un cielo tachonado de estrellas filtrase suave la luna bañando la rica estancia en poética claridad.*

*Margarita reclinada en artístico cojín tiene entre*



*sus manos un libro en tanto que sus ojos se pierden en lo azul con fijeza de éxtasis. Marta, su antigua aya, la acompaña.)*

MARTA. ¿No leéis Margarita?

MARGARITA. En vano lo intento Marta. Este libro que tantos momentos felices dió a mi vida esta noche me cansa... (pausa). ¿Qué hora es?

MARTA. No sé; mas ya presurosa el alba corre a calmar vuestro anhelo en los brazos del esposo...

MARGARITA. ¡Del esposo!...

MARTA. Sí, de vuestro esposo; del conde Ataulfo que no tardará en llegar al castillo.

MARGARITA. (Con desesperación). ¡Oh, dios mío, dios mío! Pero eso no es posible. Bien sabes Marta que yo no amo a ese hombre... Sólo le ví un día y al recuerdo del contacto de aquella mano que aun tinta en la sangre del combate feroz, me llevó al altar; siento frío en el corazón... Además partió...

MARTA. Partió sí; apenas terminada la ceremonia, su caballo de guerra le aguardaba a la puerta del castillo, mas hoy vuelve...

MARGARITA. ¡Calla, no, no...! ¡Su esposa...! ¡Qué horror!

MARTA. Vuestro padre así lo quiso... Era su salvación...

MARGARITA. Sí, su salvación... y la muerte de la pobre Margarita... (sollozante).

¡Qué desgraciada soy...! ¡Florisel...! ¡Florisel...! ¡Florisel...!

MARTA. ¡Callad, por dios, Margarita...! No pronunciéis ese nombre que estos muros podrían oír y el aliento de Ataulfo llega a todas partes... Florisel a muerto...

(En este momento parece ascender del foso el dulce tañido de un laud que acompaña a una trova sentimental. Margarita electrizada a su reclamo corre al balcón y al abrir sus puertas precipitase en la estancia un embozado haciéndola retroceder horrorizada. De su pecho se escapa un ligero grito. Marta aterrada a su vez, santiguase enmudecida y se refugia en el rincón más oscuro de la habitación).

BUFÓN. Nada temais, Margarita...

MARGARITA. (Trémula). ¿Quién sois?

BUFÓN. Para vos, un amigo... para los demás, nadie... (Desenvolviéndose). ¿Me conocéis?

MARGARITA. ¡Martinho!

BUFÓN. Sí, Martinho... ¿Os extraña? Esta noche me convertí en murciélago y después



de anidar en todas las grietas de la fortaleza, sentí el deseo de posarme en ese balcón para contemplar la luna... Oí una música... ¿Comprendéis?... Y como la música no se ha hecho para esos pájaros nocturnos... abandoné mi refugio y entré en este aposento...

(Aproximase a Margarita y hace a Marta una seña imperceptible. Marta se retira).

BUFÓN. ¡Huid! Ya lo habéis oído... El aliento de Ataulfo llega a todas partes...

MARGARITA. ¡Oh sabéis...!

BUFÓN. ¿Qué Margarita ama al paje del viejo conde, su padre el bello Florisel... y que Florisel adora a Margarita? ¿Bah? El diablo que todo lo sabe y es amigo





mío, hace mucho que sorprendió el secreto de vuestras almas... Florisel no ha muerto, Margarita, y el bufón le conduce esta noche a vuestros brazos... (El ruido de unos pasos lejanos percíbese en el corredor y Martinho palideciendo horriblemente colócase de un salto con la daga desenvainada detrás de la puerta). ¡Maldición! (Margarita acógese al bufón y transcurren unos minutos de mortal angustia al cabo de los cuales los pasos se alejan).

Bufón. Hay tiempo... dentro de breves instantes su paso maldito resonará en ese corredor y entonces estaremos perdidos... ¡Venid!

(Dirígese al balcón y saca una escala que arroja al espacio después de asegurarla).

MARGARITA. ¡Oh gracias Martinho!...

Bufón. No me las deis Margarita... Vos habeis sido la única alegría que el pobre bufón ha tenido en la eterna agonía de su vida... Vuestra alma hermosa supo comprenderle y nunca rió sus gracias.. ¡Es grande no reír las gracias de un bufón!

El... rozó su belleza con mi joroba... y me llamó hermano... Ya véis que es mucho lo que os debo y poco con lo

que os pago.. (Florisel aparece tras el balcón encaramado a los primeros travesaños de la escala.

FLORISEL. (Llamando) ¡Margarita, Margarita!

MARGARITA. ¡Florisel mío! (corre a su encuentro y los dos amantes se confunden en estrecho abrazo).

(Resuenan de pronto pasos en el corredor y el bufón con desesperado terror sacude violentamente a los amantes).

¡Pronto!.. ¡Huid!..

¿No oís esos pasos?... ¡Son el aleteo de la muerte!

(Margarita incorpórase sobre el barandal al tiempo que Martinho embozándose rápido hasta los ojos colócase ante el balcón obstruyéndolo con su cuerpo).

Bufón. Por fin lloraste bufón tu primera lágrima de hombre...

¡Bien puedes ahora morir!

(Abrese con estrépito las dos hojas de la puerta de la estancia y el conde Ataulfo irrumpe en ella con violencia de huracán. Su aspecto es terrible. Sus ojos inyectados en sangre despiden feroces llamaradas y de su contraída boca se desprende una especie de baba que rueda sobre su barba salvaje).

Bufón. (Saliéndole al paso con la daga desenvainada). ¡Atras conde de Ataulfo!... ¡Ya es tarde! (Apartándose). ¡Mira!

ATAULFO. ¡Oh hijo del infierno... quien eres que así provocas mi furor!

Bufón. (Sombro). Soy tu castigo... ¿Me conoces?... (Desembózase).

ATAULFO. (Retrocediendo presa de repentino temblor). ¡El judío! (Sus dientes castañetean).

Bufón. ¡Ja ja ja! ¿Tiemblas? ¡Hijo de la guerra... te asustan los aparecidos!... Tu aliento de sangre agostará la flor de su amor... tu garra de tigre no la alcanzará... jamás la poseerás... ¡Maldito... maldito seas! ¿Te acuerdas?... Es la sombra de la muerte... ¿Te acuerdas? ¡Es la sombra del judío! ¿Buscas un arma? ¡Ten esta!... ¡(Ofreciéndole la daga)! Húndeme. Húndeme en las sombras del sepulcro... del que he salido para acusarte... No temas... hiere... Aquí... en el corazón... ¡Ja ja ja!... Es mi venganza!... ¡Maldito, maldito seas!

(En un impulso de supersticioso toma Ataulfo la daga que el Bufón le ofrece y la hunde en el pecho del Bufón el cual vacila un instante y dobla el barandal perdiéndose en las negruras del espacio).

José Otamin Conde.



DE NUESTROS COLABORADORES

## EL TONTO DE LA TERCERA

POR E. G. A.

Al incorporarse a filas un cupo de instrucción, para recibir en pocos meses la prevenida por la Ley, recibí cariñosa carta de la madre de un soldado destinado a la unidad de mi mando: en ella me pedía justicia para su hijo, tan escaso de facultades mentales que pasaba por el hazme-reir de sus compañeros mozos del lugar; afirmaba repetidas veces «que no era un hombre como los otros», y terminaba rogándome le retuviera los dineros que pudieran corresponderle hasta su licenciamiento, por la seguridad en que se encontraba de que habían de distraérselos sin honra ni provecho....

Juan Francisco, ya había llamado mi atención no por su cara, espejo fiel del retrato que su bondadosa madre de él hiciera, sino porque en el acto de invitarle—según costumbre—, a dejar depositadas en mi poder a fin de evitar tradicionales pérdidas, las cantidades con que suelen acompañarse en esta época solemne de su vida, mientras que otros más despejados, iban sacándolas de cosidos cinturones, disimuladas bolsas o de escondrijos misteriosos, él las extrajo naturalmente de un bolsillo de su blusa nada reservado y expuesto fácilmente a que sufrieran extravío.

—¿Como no traes esos dineros más ocultos? ¿no ves que pudieras perderlos...?

—No señor, no pierdo nada; ¿cómo me lo van a quitar? sería tonto creer que vengan aquí—en el bolsillo—entre almendras y piñones...

En la abrumadora labor de la enseñanza táctica por sus instructores fui informado de que la sola vista de la *escopeta*, como llamaba al fusil, le imponía un pánico tan grande, como la presencia del cabo García, buen muchacho, a quien puse a su lado con equipo y cama para mi tranquilidad de que así no sería molestado por nadie; por su corteza demasiado dura, por las descomunales manchas con que adornaba su traje y el del vecino—forma particular de cojer la pluma—hubo de ser expulsado de la Escuela. ¡No dejaría de ser analfabeto!... ¡cosa perdida y motivos suficientes para rebajarlo de algunos servicios...!

Su vida empezó a ser una canongía, ensayándose con él un procedimiento especial de instrucción: un soldado aventajado, que—los galtones le hacían miedo—con cariño y lentitud iba explicándole lo más elemental... con muy escasos frutos, pues a un Oficial de guardia que pasando nocturna revista a los dormitorios, al entrar en el que Juan Francisco ejercía de imaginaria e interrogarle sobre las novedades que no recibiera:

—¿No tienes que darme algo al entrar en la compañía?—Le contestó, presa de espanto y cortesmente: «si señor... tenga usted muy buenas noches...»

Diariamente recibía sus visitas fuera del conducto regular diciéndome—¿que tiene que saber el señor Sargento de lo que yo tengo que decir a usted...? todos se meten conmigo; un cabo bizco me ha obligado a dar un pan de los míos, a un soldado amigo suyo... yo procuraba consolarle, aconsejándole que cumpliera como bueno; pero al pedir informes, los recibía tan opuestos, que dejaban en mi ánimo la convicción de la idiotez del pobre muchacho; en la rotura del palo de la cuba estaba complicado; la tinaja, a él debía su completo deterioro; si el cabo le obligara a devolver un pan, antes había sido comprobado la sustracción de dos por



Juan Francisco; recibía partes de faltas en su corto equipo que le perdonaba y reponía y que aun así, nunca pudo verse en estado de revista...; y por último, si le interrogaba sobre los dineros que le tenía en depósito, enredaba las cifras de tal forma, que de 9'15 deducía 15 pesetas con 9 céntimos a su favor...! sin ponerle en cuenta las *perrillas* para *jabón e hilo* que al pedirme le facilitaba, en mi afán de verle alguna vez limpio y bien cosido.

Tanto llegó a mis oídos, que empezando a sospechar que Juan Francisco pudiera explotar sus pocas luces, le hice vigilar sin que fuera advertido: entonces, solo entonces, supe que en el seno de sus camaradas era un *fuerguista* consumado: frecuentaba casas de mal vivir, ¡hombre como ellos..., con resultados de visitas al botiquín...! ¡como los otros...! y



que en todas las roturas le estaba encomendado —previa conformidad—, el papel de autor, porque *protejido* del Capitán, no habían de castigarle...

Determinado día en minuciosa revista, al advertir en el cuarto de limpieza de la compañía, murmullos de voces en el interior, —¿que hacen aquí— pregunté entrando, —y reconociendo entre otros varios individuos a nuestro protagonista...

Mi Capitán, contestó uno de ellos, me está escribiendo Juan Francisco una carta para mi familia...

—Pero como te va a escribir, si es analfabeto...?

—No importa que lo sea mi Capitán... él nos escribe a los que no sabemos y le damos unas *perri-cas*...

Pude contenerme: ¡manantial de paciencia inherente a la Capitania...! pero a partir de este hecho que cerró el expediente de espionaje, di orden de que hiciera toda clase de servicios tanto militares como económicos... y pensé y conmigo pensará el que me leyere, —porque pensé bien, —que hasta aquel instante había existido un tonto en la compañía y no ciertamente Juan Francisco: ¡magnífico ejemplar de *viveza* que supo explotar con creces la única forma atendible en las desterradas recomendaciones...

EUGENIO EGEA

## Los sufrimientos de la muerte

La horrible muerte alcanzada recientemente en Cuatro Vientos por el aviador militar Sr. Loma, que fué despedido del aeroplano cuando se hallaba a una altura de 600 metros, ha hecho hablar acerca de los sufrimientos enormes que debió sufrir el desgraciado oficial. Un distinguido hombre de ciencia, afirma respecto de ello que esta clase de muertes violentas no son tan penosas como vulgarmente se cree.

En los casos de muerte violenta y repentina, el dolor suele ser más bien mental que físico; y el pensamiento vuela con tanta rapidez por el cerebro, que distrae la atención, hasta el punto de hacer olvidar las heridas.

Sigrist, el famoso alpinista que se cayó de espaldas desde el pico del monte Korpstock, dice:

«Los momentos que estuve a las puertas de la muerte, fueron los más felices que he pasado en mi vida. No perdí el aliento ni un momento, ni sentí dolor alguno por las numerosas heridas y los golpes terribles que recibí durante mi caída por el precipicio.»

El profesor Heim, el eminente geólogo de la Universidad de Zurich, corrobora lo dicho por Sigrist. El profesor se cayó recientemente desde una altura de cien pies en el monte Santis, y describiendo sus sensaciones, dice:

«Mi caída duró probablemente sólo cinco o seis segundos, pero necesitaría lo menos dos horas para poder referir todos los pensamientos agradables y las emociones que experimenté en tan breve espacio de tiempo.

Pensé en el cognac que llevaba en un frasquito en el bolsillo, y de lo bien que me vendría si conseguía sobrevivir a la caída. Me preocupé de si se me romperían las gafas y el alpenstock. Me pasaron por la mente todos los episodios gratos de mi vida desde la niñez, y hasta recordé chistes que había

hecho hacía muchos años. Luego ví un cielo azul, magnífico, abierto para recibirme. Todo parecía sonreírme. Me parecía flotar suavemente en el espacio. De repente sentí un golpe sordo, y un velo negro cubrió por completo mi imaginación. De esto deduzco, por experiencia personal, que las víctimas que mueren violentamente, expiran felices y sin dolor. Su sentimiento principal es el de sorpresa, pero no desagradable.»

Distinguidos médicos afirman que es preferible morir quemado vivo a morir de pulmonía; que es menos doloroso caerse de un tejado, que sufrir un ataque de difteria; y que es más dulce la agonía de la persona que muere de un tiro, que la del tísico.

Al efecto dicen lo siguiente:

«El ser quemado o cocido vivo, no produce tormentos tan intensos como los que la generalidad de la gente imagina. Los sufrimientos más crueles no son provocados por los nervios de la superficie del cuerpo, sino por perturbaciones en algún centro nervioso importante.

Cuando una persona es quemada viva, o muerta por algún accidente repentino, los grandes centros nerviosos no sufren alteración dolorosa; lo repentino del accidente produce una especie de estupor y de paralización en todo el sistema nervioso. La mayoría de las personas que se caen desde una gran altura, llegan sin conocimiento al suelo. Las víctimas de accidente de ferrocarril, tampoco sienten casi nada en los primeros momentos.

La muerte más dolorosa que se conoce es, casi seguramente, la producida por el tétano, porque afecta directamente a los centros nerviosos. Los músculos se contraen y forman nudos, causando con ello dolores agudísimos y espantosos. No es posible imaginarse horrores ni sufrimientos más horripilantes, que los del infeliz que muere de esa enfermedad.



# LAS AMISTADES DE CARVAJAL

Tres meses antes de la batalla de Yñaquito, en que tan triste destino cupo al primer virrey del Perú, habían los partidarios de Gonzalo Pizarro puesto preso en la cárcel de San Miguel de Piura al capitán Francisco Hurtado, hombre octogenario, muy influyente y respetado, vecino de Santiago de Guayaquil y entusiasta defensor de la causa de Blas-co Núñez.

Cuarenta días llevaba el capitán de estar cargado de hierros y esperando de un momento a otro sentencia de muerte, cuando llegó a Piura Francisco de Carvajal, en marcha para abrir campaña contra Diego Centeno, que en Chuquisaca y Potosí acababa de alzar bandera por el rey.

El alcalde de Piura, acompañado de los cabildantes, salió a recibir a Carvajal y por el camino lo informó, entre otras cosas, de que tenía en chirona y sin atinar a deshacerse de él al capitán Hurtado.

—¡Mil demonios!, exclamó furioso don Francisco. ¡Ah, señor Martínez! So caballo rubio buen piojo rabudo. ¡Y qué poco meollo para oficial de justicia tiene vuesamerced!

Bien podía hacerle una punta a la vara que lleva y tirársela a un perro. ¡Cargar de hierros a todo un vencedor en Pavía! ¡Habrá torpeza! ¡Por vida de mi señor don Gonzalo, que no sé cómo no hago una alcaldada con el alcalde de monterilla! Corra vuesamerced, y deje libre en la ciudad al capitán Hurtado, que es muy mi amigo, y juntos militamos en Flandes y en Italia, y no es Francisco de Carvajal el alma de chopo que consiente en el sonrojo de hombre que tanto vale. ¡Voto va...! ¡Por los gregüescos del Condestable!

Y ante tal tempestad de exclamaciones iracundas, el pobre alcalde escapó, como perro en juego de bolos, diciendo para sí: «Eran lobos de una camada, no haya miedo que se muerdan».

Cuando Carvajal entró en Piura ya estaba en libertad el prisionero, quien se encaminó a la posada de su viejo conmititón para darle las gracias por el servicio que le merecía. El maestre de campo lo estrechó entre sus brazos, manifestóse muy conten-

to de ver, tras largos años, a su camarada de cuartel, hicieron alegres reminiscencias de sus mocedades y, por fin, llegada la hora de comer, sentáronse a la mesa, en compañía del capellán, dos oficiales y cuatro vecinos.

Ni Hurtado ni Carvajal trajeron para nada a cuento las contiendas políticas del Perú. Bromearon y bebieron a sus anchas, colmando el maestre de agasajos a su comensal. Los dos viejos parecían, en sus expansivas manifestaciones de afecto y de alegría, haberse desprendido de algunas canas. Aquello sí era amistad, y la de Orestes y Pilades pura pampirolada.

Cuando después de dos horas de banquete y de

pronunciar la obligada frase con que nuestros abuelos ponían término a la masticación, «que aproveche, como si fuera leche», un doméstico retiró el mantel, la fisonomía de Carvajal tomó aire pensativo y melancólico. Al cabo, y como quien después de meditarla mucho ha adoptado una resolución, dijo con gran aplomo:

—Señor Francisco Hurtado, yo

he sido siempre amigo y servidor de vuesamerced y, como tal amigo, le mandé quitar prisiones y sacar de la cárcel. Francisco de Carvajal ha cumplido, pues, para con Francisco Hurtado las obligaciones de amigo y de camarada. Ahora es menester que cumpla con lo que debo al servicio del gobernador mi señor. ¿No encuentra vuesamerced fundadas mis razones?

—Justas y muy justas, tocayo, contestó Hurtado, imaginándose que el maestre de campo se proponía, con este preámbulo, inclinarlo a cambiar de bandera o, por lo menos, a que fuese neutral.

—Huélgome, continuó Carvajal, de oírlo de su boca; que así desecho escrúpulos. Vuesamerced se confiese, como cristiano que es, y capellán tiene al lado; que yo, en su servicio, no puedo hacer ya más que mandarle dar garrote.

—Y Carvajal abandonó la sala, murmurando:

—Cumplí hasta el fin con el amigo; que buey viejo hace surco derecho. Comida acabada, amistad terminada.







# ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

Los demás procedían de Inglaterra, Italia, Francia y Flandes.

El relato del caso de un ejército derrotado por los ratones, se encuentra en una versión egipcia de la historia bíblica de la destrucción del ejército asirio que capitaneaba Sennaquerib, y del mismo hecho habla el historiador Herodoto.

En el año 700 (a. de C.), Sethos, el segundo de los reyes etiopios de Egipto, habiendo sido abandonado por sus tropas en ocasión de que los asirios se preparaban a entrar en el país, reunió un ejército irregular compuesto de comerciantes, artistas, labradores, etc., y al frente de estos soldados improvisados marchó a encontrar a los invasores en Pelusa. «Aquí—dice Herodoto,—los dioses hicieron una gran maravilla en favor de Sethos, y fué que la noche antes de la batalla, una porción de ratones destrozaron las cuerdas de los arcos de la gente asiria, y desarmada ésta, tuvo que emprender la fuga sin llegar a pelear».

En memoria de este prodigio, el rey Sethos mandó colocar en el gran templo de Ptah una estatua que le representaba a él con un ratón en la mano.

Un desastre parecido sufrieron las tropas de Lamurium, antigua ciudad romana, durante su campaña contra los marsos. El campamento fué invadido por miriadas de ratones que, royendo los arreos militares, hicieron imposible la lucha y causaron la derrota de todo un ejército.

El primer buque de vapor que cruzó el Atlántico fué el *Savannah*, buque americano de 350 toneladas, que hizo el viaje de Savannah a San Petersburgo, tocando en Liverpool y en Copenhague; emprendió la travesía el 24 de Mayo de 1819, y la hizo parte a vapor y parte a la vela.

En Europa no se intentó ningún viaje semejante hasta 1825, en cuyo año un bupue holandés fué desde Amsterdam a Curacao. Once años después, en 1836, los vapores ingleses *Sirius* y *Great-Western*, inauguraron el primer servicio regular entre el Antiguo Mundo y el Nuevo.

En tiempos de Carlos II se dictó una orden real que dispuso que, los banqueros todos, sin excepción, se establecieran en la calle de Atocha.

Si hizo el censo de ellos, y resultó que todos eran extranjeros, menos cuatro o cinco que eran españoles.

La privación forzosa del sueño era uno de los castigos más terribles que aplicaba la Inquisición en algunas partes; los infelices que lo sufrían morían generalmente a los ocho o nueve días. Esta atrocidad era probablemente de origen chino, pues en el Celeste Imperio se empleó por mucho tiempo la pena de insomnio forzoso.

Durante la guerra franco-prusiana, un soldado francés de infantería de marina tuvo precisión de pasar siete días sin dormir para hacer más seguro el éxito de cierta operación. Probablemente, este es el *máximum* de tiempo que un hombre puede estar despierto sin perjuicio de su salud.

La costumbre de usar sandalias puede decirse que terminó con el mundo pagano, pues aparte de lo mucho que se había generalizado llevar el pie cubierto con una media y encima la sandalia, el zapato, género de calzado que ya se usaba desde muy antiguo, sustituyó a aquéllas casi por completo.

Las sandalias son mencionadas entre las insignias episcopales por los escritores eclesiásticos del siglo ix.

El empleo de las sandalias por los diáconos fué totalmente prohibido por Gregorio *el Magno*. Y hay diversos motivos para creer que, aunque los calzados episcopales conservaron el nombre, aquéllos eran zapatos y no sandalias.

Si un inventor quisiera que en todo el mundo se le reconociese el derecho de propiedad de un invento cualquiera, se vería obligado a sacar 65 patentes. El coste de todas ellas oscilaría entre 15.000 y 20.000 pesetas, según estuviesen los cambios.

Sacrificando esta cantidad, el inventor podría estar seguro de que en ningún país serían usurpados sus privilegios.

Hace años, en los Estados Unidos, durante la campaña electoral de 1888, las inmensas manifestaciones republicanas en que tomaban parte millares de hombres, adoptaron la escoba como símbolo del partido y los manifestantes llevaban escobas que blandían gritando: «Con estas barreremos a los demócratas».

La consecuencia fué que hubo fabricante de escobas que de aquella hecha se hizo millonario.





El moderno gentleman, agasajado por la fortuna, idolo de las multitudes que conquistó con los magos relatos de su pluma....

LOS TRIUNFOS DE UN GRAN NOVELISTA

## Blasco Ibáñez en España

Soberbio, magnífico, espléndidamente presentado y posando sobre un automóvil «el mejor automóvil que produjo América para sus millonarios» ha vuelto a España Blasco Ibáñez. El antiguo redactor de *El Pueblo* tiene aires de magnate, concede audiencias a sus admiradores y gusta de la vida principesca y señorial.

Blasco Ibáñez, vuelve de América, pujante y triunfador. Y su triunfo debe alegrarnos a todos porque el escritor valenciano trabajó por España, y en su triunfo ganó

nuestra Patria no poca gloria y consideraciones.

La obra capital que le ha colocado definitivamente en el pináculo de la gloria ha sido «Los cuatro ginetes del Apocalipsis» de la que se han editado doscientas ediciones con venta de cerca de dos millones de ejemplares. Ha sido la «obra de la guerra» en la que el ilustre escritor ha vertido todo el fuego y bazarria de su mágica pluma.

«Los cuatro ginetes del Apocalipsis» al tratar la tragedia que ha conmovido el mundo, tiene capítulos preciosamente bárbaros en los que hace vivir al lector los horribles momentos del combate moderno.

Para recuerdo y regocijo del autor entresacamos a continuación algunos párrafos de uno de los más interesantes capítulos guerreros de la obra.

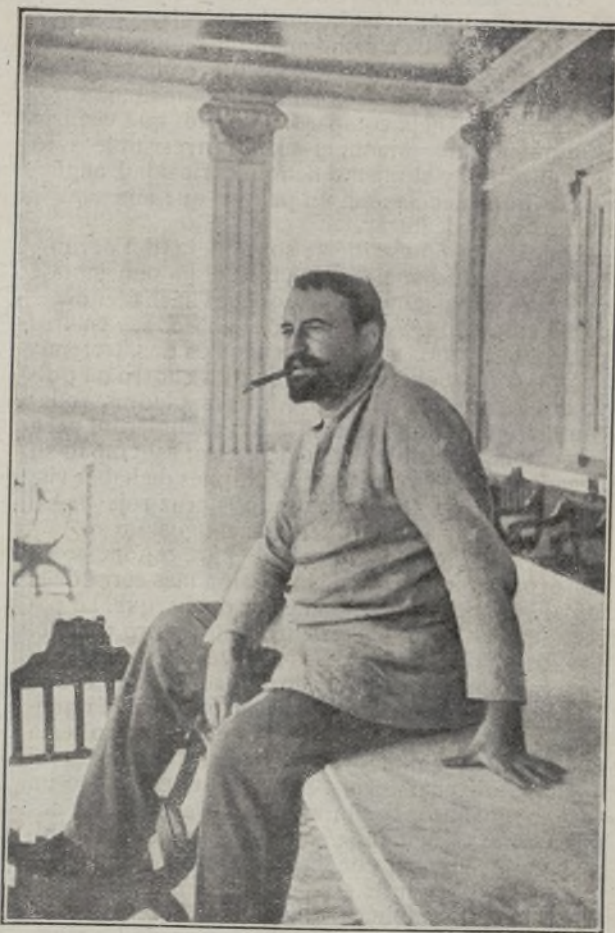
El batallón había terminado de instalarse a lo largo del muro, frente al río. Los soldados, arrodillados, apoyaban sus fusiles en aspilleras y almeneas. Se mostraban satisfechos de este descanso después de una noche de combate en retirada. Todos parecían dormidos con los ojos abiertos. Poco a poco se dejaban caer sobre los talones o buscaban el apoyo de la mochila. Sonaron ronquidos en los cortos espacios de silencio que dejaba la artillería. Los oficiales, de pie detrás de ellos, examinaban el paisaje con sus lentes de campaña o hablaban formando grupos. Unos parecían desalentados; otros, furiosos por el retroceso que venían realizando desde el día anterior; los más, permanecían tranquilos, con la pasividad de la obediencia. El frente de batalla era inmenso: ¿quién podía adivinar el final?... Allí se retiraban y en otros puntos los compañeros estarían avanzando con un movimiento decisivo.

Hasta el último instante ningún soldado conoce la suerte de las batallas. Lo que les dolía a todos era verse cada vez más lejos de París.

Don Marcelo vió brillar un redondel de vidrio. Era un monóculo fijo en él con insistencia agresiva. Un teniente flaco, de talle apretado, que conservaba el mismo aspecto de los oficiales que él había visto en Berlín, un verdadero *junker*, estaba a pocos pasos, sable en mano, detrás de sus hombres, como un pastor, sombrío y colérico.

—¿Qué hace usted aquí?—dijo rudamente.

Explicó que era el dueño del castillo. «¿Francés?», siguió preguntando el teniente. «Sí, francés...» Que-  
dó el oficial en hostil meditación, sintiendo la necesidad de hacer algo contra este enemigo. Los gestos y gritos de otros oficiales le arrancaron a sus reflexiones. Todos miraban a lo alto, y el viejo les imitó.



....es el que ansiaba y veía Blasco Ibáñez, cuando en la terraza de su Hotel de Malvarrosa contemplaba el mar soñando en la conquista intelectual de América que había de darle honores y fortuna.



Desde una hora antes pasaban por el aire pavorosos rugidos envueltos en vapores amarillentos, jirones de nube que parecían llevar en su interior una rueda chirriando con frenético volteo. Eran los proyectiles de la artillería gruesa germánica, que tiraba a varios kilómetros, enviando sus disparos por encima del castillo. No podía ser esto lo que interesaba a los oficiales. Contrajo sus párpados para ver mejor, y al fin, junto al borde de una nube, distinguió una especie de mosquito que brillaba herido por el sol. En los breves intervalos de silencio se oía el zumbido, ténue y lejano, denunciador de su presencia. Los oficiales movieron la cabeza: «*Franzosen.*» Desnoyers creyó lo mismo. No podía imaginarse las dos cruces negras en el interior de sus alas. Vió con el pensamiento dos anillos tricolores, iguales a los redondeles que colorean los mantos volantes de las mariposas.

Se explicaba la inquietud de los alemanes. El avión francés se había inmovilizado unos instantes sobre el castillo, no prestando atención a las burbujas blancas que estallaban debajo y en torno de él. En vano los cañones de las posiciones inmediatas le enviaban sus abusos. Viró con rapidez, alejándose hacia su punto de partida.

«Debe haberlo visto todo—pensó Desnoyers—Nos ha reparado: sabe lo que hay aquí».

Adivinó que iba a cambiar rápidamente el curso de los sucesos. Todo lo que había ocurrido hasta entonces en las primeras horas de la mañana carecía de importancia comparado con lo que vendría después. Sintió miedo, el miedo irresistible a lo desconocido, y al mismo tiempo curiosidad, angustia, la impaciencia ante un peligro que amenaza y nunca acaba de llegar.

Una explosión estridente sonó fuera del parque, pero a corta distancia de la tapia: algo semejante a un hachazo gigantesco dado con hacha enorme como su castillo. Volaron por el aire copas enteras de árboles, varios troncos partidos en dos, terrenos negros con cabelleras de hierbas, un chorro de polvo que oscureció el cielo. Algunas piedras rodaron del muro. Los alemanes se encogieron, pero sin emoción visible. Conocían esto; esperaban su llegada como algo inevitable, después de haber visto el aeroplano. La bandera con la cruz roja ya no podía engañar a los artilleros enemigos.

Don Marcelo no tuvo tiempo para reponerse de su sorpresa: una segunda explosión más cerca de la tapia... una tercera en el interior del parque. Le pareció que había saltado de repente a otro mundo. Vió los hombres y las cosas a través de una atmósfera fantástica que rugía, destruyéndolo todo con la violencia cortante de sus ondulaciones. Había quedado inmóvil por el terror, y sin embargo no tenía miedo. El se había imaginado hasta entonces el miedo en distinta forma. Sentía en el estómago un vacío angustioso. Vaciló repetidas veces sobre sus pies, como si alguien le empujase dándole un golpe en el pecho para enderezarlo acto seguido con un nuevo golpe en la espalda. Un olor de ácidos se esparció en el ambiente, dificultando la respiración, haciendo subir a los ojos el escozor de las lágrimas. En cambio, los ruidos cesaron de molestarle: no existían para él. Los adivinaba en el oleaje del

aire, en las sacudidas de las cosas, en el torbellino que encorbaba a los hombres, pero no repercutían en su interior. Había perdido la facultad auditiva: toda la fuerza de sus sentidos se concentró en la mirada. Sus ojos parecieron adquirir múltiples facetas, como los de ciertos insectos. Vió lo que ocurría delante de su persona, a sus lados, detrás de él. Y presenció cosas maravillosas, instantáneas, como si todas las reglas de la vida acabasen de sufrir un trastorno caprichoso.

Un oficial que estaba a pocos pasos emprendió un vuelo inexplicable. Empezó a elevarse, sin perder su tiesura militar, con el casco en la cabeza, el entrecejo fruncido, el bigote rubio y corto, y más abajo el pecho color de mostaza, las manos enguantadas que sostenían unos gemelos y un papel. Pero aquí terminaba su individualidad. Las piernas grises con sus polainas habían quedado en el suelo, inánimes, como fundas vacías, expeliendo al deshincharse su rojo contenido. El tronco, en la violenta ascensión, se desfondaba como un cántaro, soltando su contenido de vísceras. Más allá, unos artilleros que estaban derechos aparecían súbitamente tendidos e inmóviles, embadurnados de púrpura.

La línea de infantería se aplastó en el suelo. Los hombres se contraían, para hacerse menos visibles, junto a las aspilleras por las que asomaban sus fusiles. Muchos se habían colocado la mochila sobre la cabeza o la espalda para que les defendiese de los cascos de obús. Si se movían, era para amoldarse mejor en la tierra, buscando excavarla con su vientre. Varios de ellos habían cambiado de postura con una rapidez inexplicable. Ahora estaban tendidos de espaldas y parecían dormir. Uno tenía abierto el uniforme sobre el abdomen, mostrando entre los desgarrones de la tela carnes sueltas, azules y rojas, que surgían y se hinchaban con burbujas de expansión. Otro había quedado sin piernas. Vió también ojos agrandados por la sorpresa y el dolor, bocas redondas y negras que parecían agitar los labios con un aullido. Pero no gritaban: al menos él no oía sus gritos.

Había perdido la noción del tiempo. No sabía si llevaba en esta inmovilidad varias horas o un minuto. Lo único que le molestaba era el temblor de las piernas, que se resistían a sostenerle... Algo cayó a sus espaldas. Llovían escombros. Al volver la cabeza vió su castillo transformado. Acababan de robarle medio torreón. Las pizarras se esparcían en menudos fragmentos; los sillares se desmoronaban; el cuadro de piedra de un ventanal se mantenía suelto y en equilibrio como un bastidor. Los maderos viejos de la caperuza empezaron a arder como antorchas.

La vista de este cambio instantáneo de su propiedad le impresionó más que los estragos causados por la muerte. Se dió cuenta del horror de las fuerzas ciegas e implacables que rugían en torno de él. La vida concentrada en sus ojos se esparció, descendiendo hasta sus pies... Y echó a correr, sin saber a dónde ir, sintiendo la misma necesidad de ocultarse que experimentaban aquellos hombres encadenados por la disciplina, obligados a aplastarse en el suelo, a envidiar la blanda invisibilidad de los reptiles.





La novela de Blasco Ibáñez «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» ha permitido crear la más bella y emocionante película de la guerra. He aquí como el cinematógrafo ha recogido la entrada de un escuadrón de caballería alemana en uno de los pueblos destruidos de la Cuenca del Marne.

Su instinto le empujaba hacia el pabellón, pero en mitad de la avenida le cortó el paso otra de las asombrosas mutaciones. Una mano invisible acababa de arrancar de un revés la mitad de la techumbre. Todo un lienzo de pared se dobló, formando una cascada de ladrillos y polvo. Quedaron al descubierto las piezas interiores lo mismo que una decoración de teatro: la cocina donde él había comido; el piso superior con el dormitorio, que aún conservaba deshecha su cama. ¡Pobres mujeres!...

Retrocedió, corriendo hacia el castillo. Se acordaba de la cueva donde había pasado encerrado una noche. Y cuando se vió bajo su bóveda sombría la tuvo por el mejor de los salones, alabando la prudencia de sus constructores.

El silencio subterráneo fué devolviéndole la sensibilidad auditiva. Escuchó como una tormenta amortiguada por la distancia el cañoneo de los alemanes y el estallido de los proyectiles franceses. Vinieron a su memoria los elogios que había prodigado al cañón de 75 sin conocerle más que por referencias. Ya había presenciado sus efectos. «Tira demasiado bien», murmuró. En poco tiempo iba a destrozar su castillo; encontraba excesiva tanta perfección... Pero no tardó en arrepentirse de estas lamentaciones de su egoísmo. Una idea tenaz como un remordimiento se había aferrado a su cerebro. Le pareció que todo lo que sufría era una espia-

ción por la falta cometida en su juventud. Había evitado el servir a su patria, y ahora se encontraba envuelto en los horrores de la guerra, con la humildad de un ser pasivo e indefenso, sin las satisfacciones del soldado, que puede devolver los golpes. Iba a morir, estaba seguro de ello, con una muerte vergonzosa, sin gloria alguna, anónimamente. Los escombros de su propiedad le servirían de sepulcro. Y la certidumbre de la muerte en las tinieblas, como un roedor que ve obstruidos los orificios de su madriguera, comenzó a hacerle intolerable este refugio.

Arriba continuaba la tempestad. Un trueno pareció estallar sobre su cabeza, y a continuación el estrépito de un derrumbamiento. Un nuevo proyectil había caído sobre el edificio. Oyó rugidos de agonia, gritos, carreras precipitadas en el techo. Tal vez el obús, con su furia ciega, había despedazado a muchos de los moribundos que ocupaban los salones.

Temió quedar enterrado en su refugio, y subió a saltos la escalera de los subterráneos. Al pasar por el piso bajo vió el cielo a través de los techos rotos. De los bordes pendían trozos de madera, pedazos bamboleantes de pavimento, muebles detenidos en mitad de su caída. Pisó cascotes al atravesar el hall, donde antes había alfombras; tropezó con hierros rotos y retorcidos, fragmentos de camas llovidas de lo más alto del edificio; creyó distinguir



miembros convulsos entre los montones de escombros; escuchó voces angustiosas que no podía comprender.

Salió corriendo, con la misma ansia de luz y de aire libre que empuja al náufrago a la cubierta desde las entrañas del buque... Había transcurrido más tiempo del que él se imaginaba desde que se refugió en la obscuridad. El sol estaba muy alto. Vió en el jardín nuevos cadáveres en actitudes trágicas y grotescas. Los heridos gemían encorvados o permanecían en el suelo, apoyada la espalda en un árbol, con un mutismo doloroso. Algunos habían abierto la mochila para sacar su bolsa de sanidad y atendían a la curación de los desgarrones de su carne. La infantería dis-  
paraba ahora sus fusiles incesantemente. El número de tiradores había aumentado. Nuevos grupos de soldados entraban en el parque: unos con su sargento al frente, otros seguidos por un oficial que llevaba el revólver apoyado en el pecho, como si con él guiase a los hombres. Era la infantería expulsada de sus posiciones junto al río, que venía a reforzar la segunda línea de defensa. Las ame-

tralladoras unían su tac-tac de telar en movimiento al chasquido de la fusilería. Silbaba el espacio, rayado incesantemente por el abejorreo de un enjambre invisible. Millares de moscardones pegajosos se movían en torno de Desnoyers sin que alcanzase a verlos. Las cortezas de los árboles saltaban, empujadas por uñas ocultas; llovían hojas; se agitaban las ramas con balanceos contradictorios; partían las piedras del suelo, impelidas por un pie misterioso. Todos los objetos inanimados parecían adquirir una vida fantástica. Los cazos de cinc de los soldados, las piezas metálicas de su equipo, los cubos de la artillería, repiqueteaban solos, como si recibiesen una granizada impalpable. Vió un cañón acostado, con las ruedas rotas y en alto, entre muchos hombres que parecían dormir; vió soldados que se tendían y doblaban la cabeza sin un grito, sin una contracción, como si los dominase el sueño instantáneamente.

Otros aullaban arrastrándose o caminaban con las manos en el vientre y las posaderas rozando el suelo.

El viejo experimentó una sensación aguda de calor. Un perfume punzante de drogas explosivas le hizo llorar y arañó su garganta. Al mismo tiempo tuvo frío: sintió su frente helada por un sudor gracial.

Tuvo que apartarse del puente. Varios soldados pasaban con heridos para meterlos en el edificio, a pesar de que éste caía en ruinas. De pronto recibió una rociada líquida de cabeza a pies, como si se abriese la tierra dando paso a un torrente. Un obús había caído en el foso, levantando una enorme

columna de agua, haciendo volar en fragmentos las carpas que dormían en el barro, rompiendo una parte de los bordes, convirtiendo en polvo la balaustrada blanca con sus jarrones de flores.

Se lanzó a correr con la ceguera del terror, viéndose de pronto ante un pequeño redondel de cristal que le examinaba fríamente. Era el *jun-ker*, el oficial del monóculo. Volvía a caer en sus manos..... Le

señaló con el extremo de su revólver dos cubos que estaban a corta distancia. Debía llenarlos en la laguna y dar de beber a sus hombres, sofocados por el sol. El tono imperioso no admitía réplica, pero don Marcelo intentó resistirse. ¿El sirviendo de criado a los alemanes?... Su extrañeza fué corta. Recibió un golpe de la culata del revólver en medio del pecho y al mismo tiempo la otra mano del teniente cayó cerrada sobre su rostro. El viejo se encorvó: quería llorar, quería perecer. Pero ni derramó lágrimas ni la vida se escapó de su cuerpo ante esta afrenta, como era su deseo... Se vió con los dos cubos en las manos llenándolos en el foso, yendo luego a lo largo de la fila de hombres, que abandonaban el fusil para sorber el líquido con una avidez de bestias jadeantes.

Ya no le causaba miedo la estridencia de los cuerpos invisibles. Su deseo era morir; sabía que forzosamente iba a morir. Eran demasiados sus su-



Los efectos terribles de la moderna artillería recuerdan los episodios de las barricadas de Villeblanche narrados brillantemente por Blasco Ibáñez en su novela.



frimientos: en el mundo no quedaba espacio para él. Tuvo que pasar ante brechas abiertas en el muro por el estallido de los obuses. Ningún obstáculo impedía su visión por estas roturas. Vallas y arboledas se habían modificado o borrado con el fuego de la artillería. Distinguió al pie de la cuesta que ocupaba su castillo varias columnas de ataque que habían pasado el Marne. Los asaltantes estaban inmovilizados por el fuego nutrido de los alemanes. Avanzaban a saltos, por compañías, tendiéndose después al abrigo de los repliegues del terreno para dejar pasar las ráfagas de muerte.

El viejo se sintió animado por una resolución desesperada: ya que había de morir, que lo matase una bala francesa. Y avanzó erguido, con sus dos cubos, entre aquellos hombres acostados que desapareaban. Luego, con súbito pavor, quedó inmóvil, hundiéndose la cabeza entre los hombros, pensando que la bala que él recibiese representaba un peligro menos para el enemigo. Era mejor que lo matasen los alemanes... Y empezó a acariciar mentalmente la idea de recoger un arma de cualquiera de los muertos, cayendo sobre el *junker* que le había abofeteado.

Estaba llenando portera vez los cubos y contemplaba de espaldas al teniente, cuando ocurrió una cosa inverosímil, absurda algo que le hizo recordar las fantásticas mutaciones del cinematógrafo. Desapareció de pronto la cabeza del oficial: dos surtidores de sangre saltaron e su cuello y el cuerpo se desplomó como un saco vacío. Al mismo tiempo un ciclón pasaba a lo largo de la pared, entre ésta y el edificio, derribando árboles, volcando cañones, llevándose las personas en remolino como si fuesen hojas secas. Adivinó que la muerte soplaba en una nueva dirección. Hasta entonces había llegado de frente, por la parte del río, batiendo la línea enemiga parapetada en la muralla. Ahora, con la brusquedad de un cambio atmosférico, venía del fondo del parque. Un movimiento hábil de los agresores, el uso de un camino apartado, tal vez un repliegue de la línea alemana, había permitido a los franceses colocar sus cañones en una nueva posi-

ción, batiendo de flanco a los ocupantes del castillo.

Fué una fortuna para don Marcelo el retardarse unos minutos al borde del foso, abrigado por la masa del edificio. La rociada de la batería oculta pasó a lo largo de la avenida, barriendo los vivos, destrozando por segunda vez a los muertos, matando los caballos, rompiendo las ruedas de las piezas, haciendo volar un armón con llamaradas de volcán, en cuyo fondo rojo y azulado saltaban cuerpos negros. Vió centenares de hombres caídos; vió caballos que corrían pisándose las tripas. La siega de la muerte no había sido por gavillas: todo un campo quedaba liso con solo un golpe de hoz. Y como si las baterías de enfrente adivinasen la catástrofe, redoblaron por su parte el fuego, enviando una lluvia de obuses. Caían por todos lados. Más allá del

castillo, en el fondo del parque, se habrían cráteres en la arboleda que vomitaban troncos enteros. Los proyectiles sacaban de sus fosas a los muertos enterrados la víspera.

Los que no habían caído siguieron tirando por las aberturas del muro. Luego se levantaron con precipitación. Unos armaban la bayoneta, pálidos, con los labios apretados y un brillo de locura en los ojos;

otros volvían la espalda, corriendo hacia la salida del parque, sin prestar atención a los gritos de los oficiales y a los disparos de revólver que hacían contra los fugitivos.

Todo esto ocurrió con vertiginosa rapidez, como una escena de pesadilla. Al otro lado del muro sonaba un zumbido ascendente igual al de la marea. Oyó gritos, le pareció que unas voces roncadas y discordantes cantaban la *Marsellesa*. Las ametralladoras funcionaban con velocidad, como máquinas de coser. El ataque iba a quedar inmovilizado de nuevo por esta resistencia furiosa. Los alemanes, locos de rabia, tiraban y tiraban. En una brecha aparecieron kepis rojos, piernas del mismo color intentando pasar sobre los escombros. Pero la visión se borró instantáneamente bajo la rociada de las ametralladoras. Los asaltantes debían caer a montones al otro lado de la pared.

Desnoyers no supo con certeza cómo se realizó



La película como la novela, termina en el vasto cementerio creado por la guerra, donde los Desnoyers buscan la tumba del hijo que se sacrificó por la Patria.



la mutación. De pronto vió los pantalones rojos dentro del parque. Pasaban con un salto irresistible sobre el muro, se deslizaban por las brechas, venían del fondo de la arboleda por entradas invisibles. Eran soldados pequeños, cuadrados, sudorosos, con el capote desabrochado. Y revueltos con ellos, en el desorden de la carga, tiradores africanos con ojos de diablo y bocas espumeantes, zuevos de amplios calzones, cazadores de uniforme azul.

Los oficiales alemanes querían morir. Con el sable en alto, después de haber agotado los tiros de sus revólveres, avanzaban contra los asaltantes, seguidos de los soldados que aún les obedecían. Hubo un choque, una mezcolanza. Al viejo le pareció que el mundo había caído en profundo silencio. Los gritos de los combatientes, el encontrón de los cuerpos, la estridencia de las armas, no representaban nada después que los cañones habían enmudecido. Vió hombres clavados por el vientre en el extremo de un fusil, mientras una punta enrojecida asomaba por sus riñones; culatas en alto cayendo como martillos; adversarios que se abrazaban rodando por el suelo, pretendiendo dominarse con patadas y mordiscos. Desaparecieron los pechos de color de mostaza, sólo vió espaldas de este color huyendo hacia la salida del parque, filtrándose entre los árboles, cayendo en mitad de su carrera alcanzadas por las balas. Muchos de los asaltantes deseaban perseguir a los fugitivos y no podían, ocupados en desprender con rudos tirones su bayoneta de un cuerpo que la sujetaba en sus espasmos agónicos.

Se encontró de pronto don Marcelo en medio de estos choques mortales, saltando como un niño, agitando las manos, profiriendo gritos. Luego volvió a despertar, teniendo entre sus brazos la cabeza polvorienta de un oficial joven que le miraba con asombro. Tal vez le creía un loco al recibir sus besos, al escuchar sus palabras incoherentes, al recibir en sus mejillas una lluvia de lágrimas. Siguió llorando cuando el oficial se desprendió de él con rudo empujón... necesitaba desahogarse después de tantos días de angustia silenciosa: ¡Viva Francia!

Los suyos estaban ya en la entrada del parque. Corrían con la bayoneta por delante en seguimiento de los últimos restos del batallón alemán que escapaba hacia el pueblo. Un grupo de jinetes pasó por el camino. Eran dragones que llegaban para extremar la persecución. Pero sus caballos estaban fatigados; únicamente la fiebre de la victoria, que parecía transmitirse de los hombres a las bestias, sostenía su trote forzado y doloroso. Uno de estos jinetes se detuvo junto a la entrada del parque. El caballo devoró con avidez unos hierbajos, mientras el hombre permanecía encogido en la silla como si durmiese. Desnoyers lo tocó en una cadera, quiso despertarlo, e inmediatamente rodó por el lado opuesto. Estaba muerto; las entrañas colgaban fuera de su abdomen. Así había avanzado sobre su corcel, trotando confundido con los demás.

Empezaron a caer en las inmediaciones enormes peonzas de hierro y humo. La artillería alemana hacía fuego contra sus posiciones perdidas. Con-

tinuó el avance. Pasaron batallones, escuadrones, baterías, con dirección al Norte, fatigados, sucios, cubiertos de polvo y barro, pero con un enardecimiento que galvanizaba sus fuerzas casi agotadas. Los cañones franceses empezaron a tronar por la parte del pueblo.

Grupos de soldados exploraban el castillo y las arboledas inmediatas. De las habitaciones en ruinas, de las profundidades de las cuevas, de los matorrales del parque, de los establos y *garages* incendiados, iban surtiendo hombres verdosos con la cabeza terminada en punta. Todos elevaban los brazos, exhibiendo las manos bien abiertas: «*Kamarades... kamarades, non kaput.*» Temían, con la intranquilidad del remordimiento, que los matasen inmediatamente. Habían perdido de golpe toda su fiera al verse lejos del oficial y libres de la disciplina. Algunos que sabían un poco de francés hablaban de su mujer y de sus hijos, para enternecer a los enemigos que les amenazaban con las bayonetas. Un alemán marchaba junto a Desnoyers, pegándose a sus espaldas. Era el sanitario barbudo. Se golpeaba el pecho y luego le señalaba a él. «*Franzosen... gran amigo de Franzosen.*» Y sonreía a su protector.

Permaneció en su castillo hasta la mañana siguiente. Vió la inesperada salida de Georgette y su madre de las profundidades del pabellón arruinado. Lloraban al contemplar los uniformes franceses.

—Esto no podía seguir—gimió la viuda—. ¡Dios no muere!

Las dos empezaban a dudar de la realidad de los días anteriores.

Después de una mala noche pasada entre escombros, don Marcelo decidió marcharse. ¿Qué le quedaba que hacer en este castillo destrozado?... Le estorbaba la presencia de tanto muerto. Eran cientos, eran miles. Los soldados y los campesinos iban enterrando los cadáveres a montones allí donde los encontraban. Fosas junto al edificio, en todas las avenidas del parque, en los arriates de los jardines, dentro de las dependencias. Hasta en el fondo de la laguna circular había muertos. ¿Cómo vivir a todas horas con esta vecindad trágica, compuesta en su mayor parte de enemigos?... ¡Adiós, castillo de Villeblanche!

Emprendió el camino de París; se proponía llegar a él fuese como fuese. Encontró cadáveres por todas partes; pero éstos no vestían el uniforme verdoso. Habían caído muchos de los suyos en la ofensiva salvadora. Muchos caerían aún en las últimas convulsiones de la batalla que continuaba a sus espaldas, agitando con un trueno incesante la línea del horizonte... Vió pantalones de grana que emergían de los rastrojos, suelas claveteadas que brillaban en posición vertical junto al camino, cabezas lívidas, cuerpos amputados, vientres abiertos que dejaban escapar hígados enormes y azules, troncos separados, piernas sueltas. Y desprendiéndose de esta amalgama fúnebre, kepís rojos y obscuros, gorros orientales, cascos con melenas de crines, sables retorcidos, bayonetas rotas, fusiles, montones de cartuchos de cañón.



## INVENTOS EXTRAORDINARIOS

### Un aparato para subir o bajar por una cuerda



Un hombre provisto del *Oustiti* trepador puede, en cualquier momento dado de su ascensión o bajada, detenerse y quedar sentado en el aire como si estuviera en un cómodo sillón.

Cuando albañiles, carpinteros, plomeros y todos los obreros en general trabajan en sitios elevados y poco accesibles de los edificios, utilizan una cuerda con nudos por la que trepan penosamente ayudados por unos ganchos que se ponen en los pies.

M. Paul Cans, antiguo pintor de edificios, ha inventado un aparato que ha bautizado con el nombre de *Oustiti* trepador, que permite subir y bajar fácilmente por una cuerda lisa.

El mecanismo de este ingenioso aparato es muy sencillo, y consiste en detener el libre juego de una cuerda en un punto cualquiera por una doble flexión que origina a su vez un doble acodamiento de la cuerda.

Es fácil formarse una perfecta idea de esta somera explicación si al fijar de un techo una cuerda se hace pasar un grueso anillo por ella. Cuando se hace que ésta se ponga vertical, dobla la cuerda en dos sentidos distintos.

El inventor ha desarrollado este sencillo procedimiento, con un tubo metálico de cortas dimensiones, seccionado en una parte de su longitud y colocando en la escotadura un anillo al que sólidamente va adherido un trazo que actúa de palanca, de manera que cuando el anillo se encuentra en el centro del tubo, una cuerda que pasa por éste puede correr libremente; pero cuando el trazo se accione aquélla queda fija.

El *Oustiti* trepador se compone de tres órganos mecánicos: dos para los pies y uno para las manos. Además cada palanca o trozo de los anillos móviles, lleva un estribo para que apoye los pies el obrero. El trozo destinado a las manos carece de estribo, pero de él pende una especie de trapecio que tiene un cinturón de seguridad.

Para operar con este ingenioso aparato, calzarán

los estribos, sentado en el trapecio y puesto el cinturón el obrero no tiene más que ir levantando sucesivamente las piernas y la palanca con su anillo irá subiendo por la cuerda hasta que una presión del pie se transmitirá al cable que se doblará y el trazo quedará fijo. Repitiendo la operación en el otro pie, mientras se ayuda con las manos, irá el obrero trepando con gran comodidad y sin esfuerzo alguno que le consuma energías que ha de necesitar para su trabajo.

La bajada se hace si cabe más fácilmente, pues no tiene más que tirar de una cuerda unida a la palanca de las manos y dejar libres los pies y desciende rápidamente, pudiendo detenerse donde le plazca con sólo hacer una presión con los pies y soltar la manilla de la palanca de las manos.

De ahora en adelante tanto los pintores como los plomeros y los bomberos podrán ascender y bajar sin gran trabajo, y su utilidad podrá extenderse a los alpinistas, que franquearán con facilidad los pajes peligrosos.



Las pruebas verificadas con el «Oustiti» trepador no pudieron ser más satisfactorias. Con un cable tendido desde el primer piso de la torre Eiffel el autor subió y bajó con gran precisión, dando a todos los presentes la sensación de una gran seguridad.



## PAGINAS DE ARTE



Un rincón de Melilla





## ENEMIGO Y CABALLERO

(DEL REINADO DE ALFONSO XI)

Con sus huestes victoriosas  
el vencedor del Salado  
sobre su corcel montado  
de Gibraltar marcha en pos,  
y fía arrancar al moro  
la plaza recuperada,  
en el temple de su espada  
y en el auxilio de Dios.

A ja vista de los muros  
apréstanse los Donceles  
y los piafantes corceles  
su impaciencia dejan ver,  
mientras allá, la morisma,  
que la embestida adivina,  
prepara la culebrina  
para morir o vencer.

Acomete el castellano  
con su habitual bizzarría  
contra la morisma impla  
que se defiende tenaz;  
corre la sangre a torrentes  
de las armas al estruendo,  
y la plaza resistiendo  
demuestra su terquedad.

No se deciden aquéllas

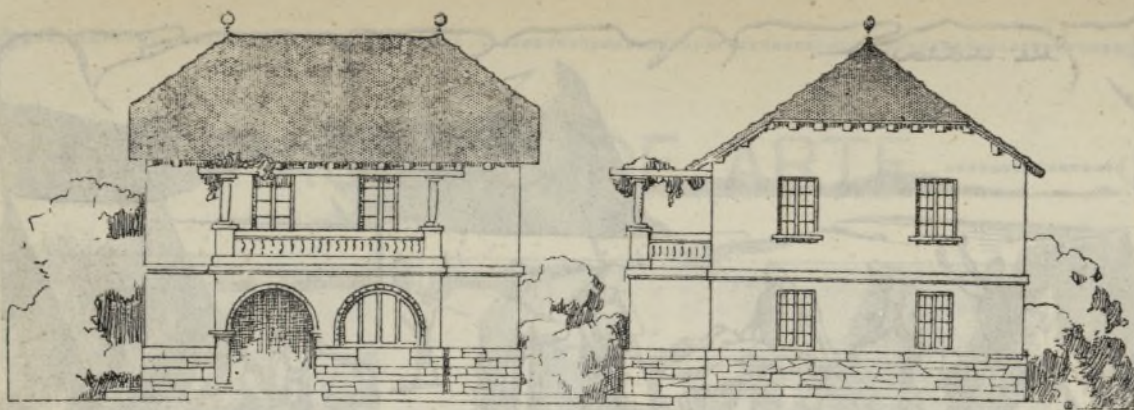
por uno o por otro bando,  
ambos siguen batallando  
con idéntica ilusión,  
hasta que la suerte adversa  
para la cristiana hueste  
hace que la negra peste  
la diezme sin compasión.

Y en su cercenar constante  
no respeta ni se humilla,  
ni al mismo rey de Castilla,  
que al sucumbir sin piedad  
no aprovecha sin embargo  
el moro su buena suerte;  
al saber del rey la muerte  
suspende la hostilidad.

Y no satisfecho aún  
al cadáver hace honores...  
no los hiciera mejores  
el ejército cristiano;  
pues quiere en su proceder  
de enemigo caballero  
rendir tributo postrero  
al monarca castellano.

EDUARDO MATEO ALFARO





Tipo de hotel para Oficiales. Precio 15,300 ptas.

EN BENEFICIO DEL EJÉRCITO

## Un proyecto interesante de edificación de casas y hoteles

En la guarnición de Barcelona cristalizó la idea de buscar un medio para que todas las clases del Ejército, desde general a soldado, tuvieran casa propia, cesando de este modo el pavoroso problema de la vivienda, de difícil resolución, principalmente, en las grandes urbes.

Nombrada una Junta, integrada por representantes de todas las Armas, Cuerpos, Institutos y dependencias militares, después de los trabajos preliminares, acordó que una representación de su seno visitara al ministro de la Guerra primero y después al Rey, para darles a conocer y pedir el amparo necesario.

Tanto S. M. como el ministro encontraron la idea original y saludable; y al efecto hicieron entrega de un proyecto de bases para la constitución de la cooperativa de construcción de casas para militares así como un avance, del cálculo de las cantidades que en principio son necesarias y suficientes para emprender esta importante y salvadora obra.

No hace falta que pongamos de manifiesto nuestro amor por el Ejército y lo que nos alegra cuanto pueda favorecerle, puesto que por egoísmo propio, nos favorecemos a nosotros mismos, y pareciéndonos la idea de la cooperación altamente beneficiosa, la acogemos con entusiasmo en estas columnas, para que se difunda y llegue a conocimiento de nuestros innumerables lectores y presten su apoyo y adhesión.

A tal fin se ha publicado un folleto en el que se da noticia bastante exacta de la idea que se persigue y medios de llevarla a la práctica.

### PROYECTO DE BASES DE COOPERATIVA NACIONAL DE CONSTRUCCIONES MILITARES

«A.) Esta entidad, estará constituida por los Generales, Jefes, Oficiales, Clases del Ejército, e individuos de Tropa de la Guardia civil y Carabineros, que voluntariamente, deseen pertenecer a ella.

B.) Su objeto es facilitar en todas las guarniciones de España, dentro de muy breve plazo, habitación que reuniendo todas las condiciones de higiene y comodidad, le permitan vivir con arreglo al decoro indispensable a su clase.

C.) Para conseguir esto, bastará abonar durante

un plazo máximo de veinte años, las mensualidades correspondientes, al cinco por ciento anual del capital de valoración de la casa por cada una elegida, de entre los modelos que se presenten, con la inmensa ventaja de que, liberado aquel, pasará el inmueble a ser de la pertenencia del asociado. Estas construcciones, durante el período de veinte años, desde sus comienzos, disfrutarán de cuantos beneficios, el Estado ha concedido y conceda, a las Asociaciones similares a ella.

D.) Sacadas a concurso las construcciones, y adjudicadas estas a la Casa o Casas que con las suficientes garantías se comprometen a llevar a cabo aquellas, financiando por su parte el capital necesario al efecto, comenzarán las edificaciones por las guarniciones en que más perentoriamente se deje sentir la necesidad de viviendas.

E.) El interés anual del capital empleado, será como subvención facilitada por el Ministerio de la Guerra; quedando hipotecadas cada una de las construcciones efectuadas, a favor de la entidad constructora, mientras dure la total amortización del capital respectivo.

F.) Los precios de estas casas, variarán entre límites de economía (hasta un máximo de 25.000 pesetas) pudiendo ser elegido a voluntad el modelo por cada asociado, con arreglo a sus necesidades y posibilidades económicas.

G.) Una vez elegido un tipo de casa, no podrá el asociado cambiarlo por otro de inferior precio; pero sí tendrá opción a hacerlo por otro de mayor cuantía, siempre que de una sola vez, abone las diferencias de cuotas mensuales, transcurridas desde que tomó posesión de la primera o desde el último cambio.

H.) Los socios no pagarán cuota alguna, hasta el momento de entrar en posesión de la casa adjudicada.

I.) Cada socio será poseedor de una libreta, en que se consignará las cuotas o cantidades que entregue, para amortizar el inmueble que ha elegido; lo que puede efectuar en veinte años o en un plazo menor a su voluntad.

J.) Si algún socio una vez liberado el capital de su casa, quisiera venderla, tendrá preferente derecho a adquirirla nuevamente la Cooperativa, en la mis-



ma cuantía que el capital desembolsado, deduciendo de él la cantidad precisa para reparación del inmueble.

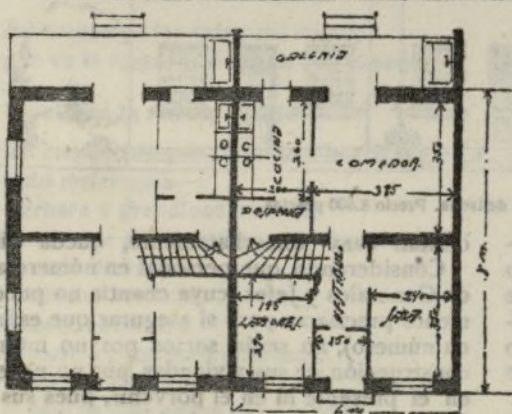
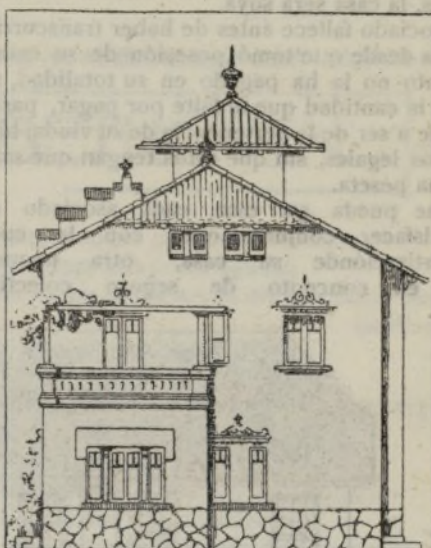
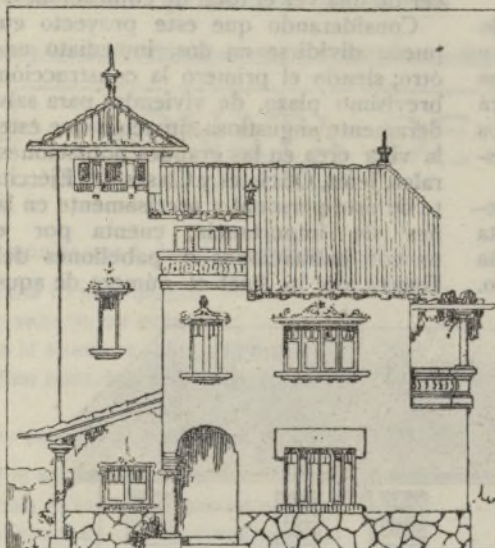
K.) Al cambiar de guarnición un asociado, ocupará casa de igual o aproximado tipo al elegido; si accidentalmente no la hubiera, cesará en la obligación de pagar cuota, hasta tanto se le facilite nuevamente su casa, aplicándole como es consiguiente, el pago de cuotas ya efectuado, a la amortización.

L.) Al pasar a situación de reserva o retirado, se seguirá disfrutando de los mismos derechos y deberes que en activo, suje-

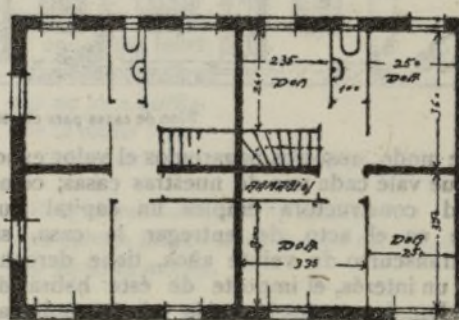
drá determinada por la edad y empleo del asociado.

O.) Los terrenos para las edificaciones, los adquirirá la Sociedad Cooperativa por donaciones y por compra directa. Las donaciones se interesarán del Estado, provincia, Municipio o entidades particulares. Las compras serán efectuadas por la Sociedad constructora la cual prorrateará el gasto hecho, entre todas las construcciones que se hagan beneficiándose por tanto de aquellas, no sólo las casas construidas en la localidad donde se hizo la donación, sino el total de la Asociación Cooperatista.

Como aclaración a las bases anteriores dice el fo-



PLANTA BAJA



PLANTA ALTA

Tipo de hotel para oficiales. Precio 26.000 ptas. Se aprecian los detalles de sus fachadas y la repartición de las habitaciones.

tándose a lo expresado en la base (K).

M.) Si un asociado falleciese sin haber terminado la liberación de su casa, pasará ésta sin subsiguiente abono de cuota alguna, a ser propiedad de sus herederos, en la misma extensión y con las mismas reglas porque se rigen las pensiones del Estado a que tuvieran derecho, ampliado a todas aquellas personas que legalmente dependían de aquel a su fallecimiento.

N.) Para llevar a cabo lo expuesto en la base (M), todo asociado contrae la obligación de pagar desde su primera cuota, otra de seguro colectivo que ven-

drá determinado: «Como ya se ha indicado anteriormente, vamos a asociarnos todos los que voluntariamente lo deseen y pertenezcan, en cualquiera de las diferentes situaciones militares, a la Colectividad, a fin de que, con nuestros propios recursos y una pequeña ayuda del Estado, construir casas en todas las guarniciones de España para los Generales, Jefes, Oficiales, Clases de tropa, e individuos de la Guardia Civil y Carabineros que formen parte de la Sociedad. Una vez asociados, una o varias casas constructoras edificarán las casas; éstas serán de seis u ocho tipos distintos



(de precio de siete u ocho mil pesetas hasta veinticinco mil). Los asociados, no abonarán una peseta hasta que entren en posesión de la casa que han elegido; entonces y *sólo entonces*, empezarán a pagar cada mes las 240 avas partes del precio íntegro del inmueble que cada uno eligió. Por ejemplo: el que se suscribió para una casa de diez mil pesetas, desde el primer mes que la habite abonará la cantidad de 24'666 pesetas; si es de veinticinco mil pesetas abonará 104'165 pesetas etc., etc. De este modo, al cabo de doscientas cuarenta mensualidades o sea a los veinte años, la casa será suya.

Si el asociado fallece antes de haber transcurrido veinte años desde que tomó posesión de su casa y por lo tanto no la ha pagado en su totalidad, sea cualquiera la cantidad que le falte por pagar, pasará el inmueble a ser de la pertenencia de su viuda, hijos o herederos legales, sin que estos tengan que satisfacer ni una peseta.

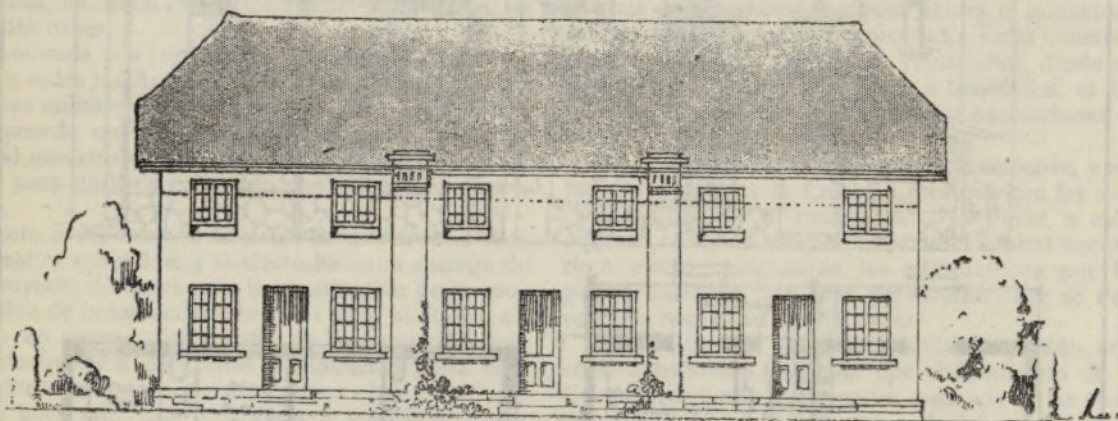
Para que pueda ser esto, cada asociado deberá satisfacer conjuntamente con la cuota de amortización de su casa, otra pequeña cantidad en concepto de seguro colectivo.

cer una vez se cuente con la adhesión a la idea».

### Consideraciones sobre el cálculo de las construcciones y subvención necesaria.

«Si partimos de la base de que el total de construcciones con el correspondiente a la cifra absoluta de Generales, Jefes, Oficiales, y Clases, la cantidad de aquéllas y su coste sería muy importante; pero, considerando que ninguna empresa, por muy poderosa que sea en todos los órdenes, será capaz de hacer de una vez el total de edificaciones.

Considerando que este proyecto cuyo objetivo puede dividirse en dos, inmediato uno y mediano otro; siendo el primero la construcción rápida, en brevísimo plazo, de viviendas para salvar la verdaderamente angustiosa situación que este aspecto de la vida crea en las grandes poblaciones a los Generales, Jefes, Oficiales y Clases del Ejército y que parte de este personal y precisamente en las guarniciones de importancia; cuenta por el momento con habitaciones o pabellones del ramo de Guerra, por lo cual el número de aquellos que ne-



Tipo de casas para clases de tropa. Precio 8.500 pesetas.

De este modo, nosotros pagaremos el valor exacto de lo que vale cada una de nuestras casas; como la entidad constructora emplea un capital que no recibe en el acto de entregar la casa, sino en el transcurso de veinte años, tiene derecho a percibir un interés, el importe de éste habrá de pagarlo el Estado; esta es la ayuda que se solicita.

Después de todo, nada nuevo hay en este proyecto; no se hace otra cosa que aplicar con ciertas modalidades lo que sobre construcciones colectivas hay legislado; beneficiándose al llevarlo a cabo, el individuo militar, la familia, la colectividad toda, el Estado y la Nación.

Con esta obra que vamos a acometer, se resuelve en todas las guarniciones el problema de la vivienda (que no es de menor cuantía ciertamente) y queda completamente resuelto el intercambio entre las guarniciones.

Todos cuantos problemas se presentan respecto a casa, cambio de guarnición, mejora de casa, abono en menor plazo, etc. etc. están estudiados y resueltos, dándoseles forma en el reglamento que se redacte y que se dará a cono-

cesitan casa inmediatamente, queda disminuido.

Considerando, que personal en número apreciable de Generales y Jefes (cuya cuantía no puede de momento precisarse pero sí asegurar que es importante en número), no serán socios por no interesarles la construcción de sus viviendas, por no necesitarlas ni en el presente ni en el porvenir, pues sus condiciones de estado civil, económico, etc., hace que no les interese este proyecto.

Considerando, que una obra de la magnitud de la que se trata, no puede tomarse desde luego en su máximo desarrollo, sino por partes, y que aún dentro del espíritu que informa esta idea que es de totalidad, forzósamente para el cálculo es más fácil y seguro partir de la base de necesidades conocidas y calculadas, para guarniciones de importancia, que casi en absoluto corre pareja con las más necesitadas de vivienda.

Teniendo en cuenta lo antes expuesto, vamos a partir del cálculo hecho para la guarnición de Barcelona. En ésta, después de minuciosos cálculos, considerando el personal de plantilla en los Cuerpos, organismos y Dependencias de Guerra; aplicando a



las distintas clases militares el tipo de casa que se calcula ha de pedirse; sumadas las cantidades parciales y promediando su coste (después de restar el número de los que de momento no necesitan vivienda), se puede muy aproximadamente calcular que se necesitan ochocientas viviendas, que unas con otras a 10.000 pesetas; importan ocho millones. Así pues, sentamos la base: guarnición de Barcelona, necesita un capital de ocho millones; Madrid, necesita mucho más: pero en cambio, Valladolid, Zaragoza, Sevilla, Coruña, Valencia, etc. etc., hasta diez guarniciones, las más importantes, no llega en cada una de ellas

ni con mucho, a aquella cifra y por tanto, se puede afirmar, que con un capital inicial de ochenta millones, hay muy holgadamente para en grande, hacer la obra.

Como la garantía de estas construcciones, hechas con arreglo al plan ya descrito, es máxima, no es un sueño el suponer, que esos millones se encontrarán dándoles un cinco por ciento de interés, cuya cantidad total anualmente es de cuatro millones. Esta cantidad es lo que se considera necesario como subvención anual.

## SONATA DE BETHOVEN

La música nos habla de tragedias ignotas...

Suena triste el piano  
desgranando las notas  
que a la suave caricia de la mano  
palpitan trémulas, dolientes, rotas...

Hay penumbra y misterio.

En la sala encantada  
el piano es lo mismo que un salterío  
que vibrara en el alma emocionada.

Se descorren los velos del arcano  
y nos va la tragedia diciendo así, el piano:

Es allá en la remota lejanía.

Un crepúsculo gris, nieblas y brumas,  
—todo melancolía—;  
la bárbara y grandiosa sinfonía  
del mar, que dá el albor de sus espumas  
a un rudo acantilado;  
un estrecho sendero,  
tortuoso, quebrado,  
que corre y zigzaguea prisionero  
del mar rugiente a un lado  
y al otro de más peñas puntiagudas,  
hostiles y salientes  
con aristas hirientes  
y superficies rudas...

En el sendero un hombre; un pobre anciano  
que se finge al alcance de la mano  
el logro de sus locas ilusiones:  
ilusiones de amores; quimeras de ternura;  
imposibles y bellas ambiciones!...

Un poco más allá, todo blancura

sobre el fondo grisáceo y brumoso,  
se destaca una gracil figulina  
que surge de las aguas del mar como una  
(ondina  
de encanto misterioso...

El anciano la llama con voces de amargura  
donde vibra la más loca pasión,  
y la linda figura,  
—esquivaces, misterio y seducciones—  
se ríe de sus vanas ilusiones  
y muerde con sus burlas el viejo corazón.

Y el triste la persigue  
ansioso y jadeante,  
como tenaz amante  
de una mujer infiel;  
y tan sólo consigue  
con su loca porfía  
que la mujer impía  
se aleje sonriente, tentándole cruel...

El anciano, frenético, ha caído  
y su cabeza blanca la sangre ha enrojecido  
con púrpura mortal.

Y la trágica y bella figulina  
se ha ido lentamente fundiendo en la neblina  
con sonrisa triunfal...

La música, impregnada de bárbara gran-  
(deza,  
ha tenido una onda vibración de tristeza.  
¡La tristeza infinita de una loca pasión  
que un viejo corazón así asesina:  
por que esta figulina  
fué su última, su más bella ilusión!

Joaquín BÓNET.



# ¡La marca del impermeable!

por Aurelio Matilla.

El capitán «Calígula» era francote y bonachón; dominaba rutinariamente los artículos de la Ordenanza y los regimientos tácticos, y hasta se permitía el lujo de comentar las sabias disposiciones de Carlos III, sin calcar sus peregrinísimas doctrinas, ni tal era el itinerario, en las atinadas consideraciones afamaron a Vallecillo.

Porque el no menos famoso «Calígula», al sentarse en la cátedra marcial para guiar teóricamente los primeros pasos en la técnica guerrera de los jóvenes y traviesos cadetes, se posesionaba muy convencidamente de su docto papel y preludiaba sus peroratas con el estribillo gráfico de:

—Según decimos Calamarte—el primeio de la clase—, Moltke, yo y otros sabios.

Luego seguía la norma de aclarar conceptos y de vulgarizar frases y pensamientos por aquell de:

—No me extraña, no puede extrañarme, firemos, que no hayan comprendido ustedes la miga de este artículo, porque inteligencias juveniles y hasta, si se quiere, vírgenes, diremos, no están avezadas a esta clase de estudios, y se hace menester que otra inteligencia superior, ¿estamos?, curtida en las lides del estudio y empadronada en el domicilio de la Ciencia, diremos, eche un cable a sus balbuceos, reduzca sus dudas y sea guía de ustedes en el laberinto de estos conocimientos. ¿No es eso? Aquí estoy yo, ¿estamos?, para sacar a ustedes del pozo de la duda, y gracias a mi talento, a mi saber y a mi voluntad, sólo hace falta que ustedes atiendan, entiendan y trabajen. ¿No es eso?

En las consabidas aclaraciones era tal el fárrago explicativo de la facundia «caligulesca», que a la postre quedaban las juveniles inteligencias más aturrulladas y confusas, si bien más regocijantemente divertidas.

«Calígula» debiera tener en tronque de parentesco con el ingenio «Gedeón», y a buen seguro que el apelativo, que tal vez en recuerdo al caballo candidato a senador le fué adjudicado, se hubiera hog año substituído con el más gráfico de «Calínez», que encuadraba a maravilla en las condiciones, aptitudes y divagatorios afanes del veterano «proto».

No explicaba, y aclaraba solamente los artículos de la Ordenanza; también versaban sus amenas conferencias sobre toda suerte de temas ajenos en su mayoría a la milicia. Todo dependía del primero de la clase, el travieso e ingenioso Calamarte, que, diciéndose cada día intérprete de las aspiraciones y deseos de sus camaradas, rogaba al «muy querido y admirado profesor»—tales eran sus calificativos—una aclaración de las cosas y conceptos más extraños.

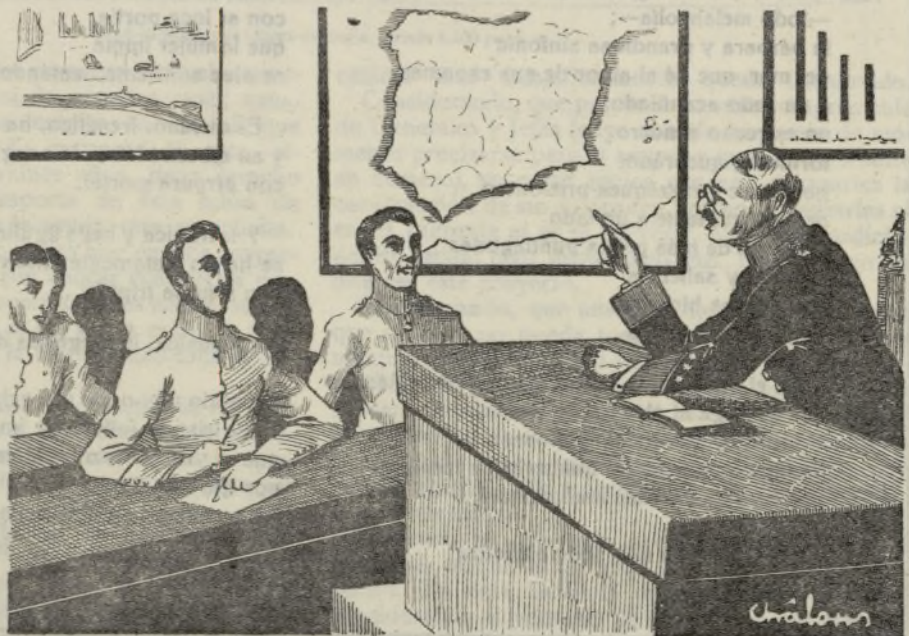
Había que ver a Calamarte, muy cuadrado ante el capitán, pidiendo con acentos de sincera torpeza una disertación vulgarizadora.

De este modo mataba Calamarte, con beneplácito de sus compañeros de aula, dos pájaros de un tiro: incensaba el vanidosillo amor propio del elocuente «Calígula» y restaba a las horas de clase largo tiempo en divagaciones aclaratorias, evitando «pescas», «chufas» y «confesiones», o lo que es lo mismo: preguntas intempestivas, respuestas inadecuadas y refrendos de ignorancia.

«Calígula» tenía siempre a mano una anécdota incongruente de la que generalmente se hacía, si no protagonista, testigo presencial. Si la anécdota era de tiempos de la guerra de la Independencia, los protagonistas y testigos eran de su familia, y si del tiempo de los romanos, entonces se la habían contado.

Nada más gracioso que la transcripción taquigráfica de los comentarios e impresiones de «Calígula». De haberla logrado, sería el libro más jocundamente salado y divertido.

Al pasar lista se equivocaba con frecuencia, pero salvaba fácilmente las erratas. Véase la clase:





—Señor Espina.  
—España, mi capitán.  
—Da lo mismo. Acento delante, o acento detrás, es igual.

En su clase se leía diariamente la orden de la Academia, y siempre. Calamarte, poniendo una cara de honda confusión y sensible amargura, demandaba en nombre de todos una aclaración a tal o cual concepto.

La orden era manantial inagotable de *pegas* y dudas.

Y un día explicaba «Calígula», a requerimiento suplicante de Calamarte, lo que era y significaba el servicio de vigilancia; en otra perorata se extendía en curiosos detalles sobre el servicio de imaginaria; siempre, claro está, con su correspondiente o correspondientes anécdotas. Porque el orador se perdía en el tráfago de sus divagaciones y concluía por tener que preguntar a Calamarte:

—¿Adónde íbamos a parar? ¡Ah, ya! ¡A lo de por qué se llama revista de policía! Pues se llama revista de policía, porque los primeros que se cuidaron del aseo personal de sus tropas fueron los Reyes Católicos, y las tropas de que disponían, digamos, eran cuadrilleros de la Santa Hermandad, o séase policías, de aquí el nombre de la revista, ¿estamos? No me extraña que inteligencias poco avezadas a estos estudios, ¿estamos?... y seguía el ya conocido motivo de su intervención explicativa, como ser privilegiado y docto. Este parrafito, inmodesto, era a la par exordio y colofón de sus amenos discursos. En aquella etapa memorable se celebraron en Madrid las fiestas del centenario de un clásico poeta dramático, y el permiso a los alumnos se otorgó telegraficamente y con inusitada amplitud, pues pudieron disfrutar aquellas imprevistas vacaciones incluso los tildados de mediana conducta y los señalados por su notoria e incorregible desaplicación. Tal generalidad espléndida del permiso facultó para venir a la corte a un recalcitrante «perdigón», discípulo de «Calígula», y al que éste ponía el veto en sus aspiraciones de hallar en la villa del oso un oasis a las escolares tareas.

Se indignó mucho «Calígula» cuando supo que el empedernido vago había disfrutado del asueto contra su opinión y sus reiterados informes, y a tal punto subió su indignación, que el primer día de clase, después del regreso al Alcazar de las desperdigadas huestes cadefiles, hubo de decir al interfecto:

—Por esta vez, como se han improvisado esas fiestas, ha podido usted ir sin tener nota de bueno y sin mi asentimiento, ¿estamos?; pero yo le aseguro a usted que para el próximo centenario, o ha estudiado usted más y ha mejorado de conducta, o se queda sin vacaciones como yo me quedé sin abuela; ¿no es eso?

—Dice que se quedó sin abuela y se alaba más que un expendedor de específicos—comentó en voz baja Calamarte, por esta vez sin compungir el rostro, ni darle humildes aires de contrición.

Un día apareció en la orden de la Academia la disposición de la Superioridad autorizando a los alumnos a usar fuera de los actos del servicio el impermeable, cuya descripción se detallaba, añadiendo que esta concesión era igual a la otorgada a los oficiales según Real orden que se citaba, y terminaba la autorización siguiendo a la indicación dispositiva el consabido paréntesis encerrando las iniciales mayúsculas C. L.

Calamarte, con su atribulado aire de sumisión, demandó de «Calígula» una aclaración explicativa de las referidas iniciales, que él y sus camaradas no entendían.

Endilgó «Calígula» lo de: «No me extraña que inteligencias juveniles, etc...» Y luego de espetar su estereotipado recurso, meditó largo rato, y arrugando el entrecejo, dijo a sus discípulos:

—Pues C. L., señores, C. L. quiere decir, quiere decir, ¿estamos?, ¡la marca del impermeable! ¿No es eso?

*Aurelio Matilla*

## La Ametralladora de Voltaire

La ametralladora es relativamente moderna, pero su idea es antigua. Seguramente extrañará a nuestros lectores que el famoso Voltaire, el enciclopedista, el amigo de la Humanidad, fuese el primero que ideó una máquina guerrera, que era en embrión la actual ametralladora. El mismo se burlaba de su genialidad, y en carta dirigida en 1756 al mariscal de Richelieu, le decía: «Es una gran máquina. Si tiene éxito será cosa de reventar de risa cuando se piense que soy yo quien ha inventado un arma destructora.

Desearla que mandase usted el ejército y matase los prusianos con mi pequeño secreto.»

El 28 de Junio de 1757 volvía a la carga con el ma-

riscal Richelieu, diciéndole: «Le ruego que me dé el gusto de hacerse explicar por Florian la máquina de la cual le he conñado el dibujo. El la ha estudiado y está convencido de que con 600 infantes y 200 caballos puede destruirse en la llanura un ejército de 10.000 hombres. No ocasiona muchos gastos; bastan para su conducción y manejo pocos caballos y pocos hombres.»

La invención de Voltaire fué poco estimada. Dos años después, el célebre escritor se quejaba de que no se hubiese adoptado su máquina por temor al ridículo. «El ridículo—añadía—no es tan temible como los prusianos.»



# frases y frasecillas

## A. E. I. O. U.

Ante todo hemos de hacer una declaración tan espontánea como ingénua, y es que lo que va a continuación no deben ustedes creerlo—ni nosotros tampoco—a pies juntillas como snele decirse.

La historia nos transmite los sucesos que han ido acaeciendo en el transcurso de los tiempos y a ella nos atenemos considerando dichos relatos como artículos de fe.

Esto de ahora, aunque la historia nos lo cuenta, nos lo dice con sus naturales reservas, pues en vez de decirnos—«Ocurrió esto» nos dice: «Cuéntase que ocurrió esto»—lo cual no es lo mismo precisamente.

Y una vez dicho esto a modo de prefacio o introito, entremos en materia.

Eso de A. E. I. O. U. no es el principio del alfabeto. Es decir, lo es, pero no lo es. ¿Comprenden ustedes? En este caso de ahora, esas cinco vocales constituyen el tema o divisa de la casa de Austria, que empezó a reinar en España con Carlos I y terminó con Carlos II pasando por (Felipe II, III, IV)... Hemos sacado a Felipe de factor común para demostrar que sabemos matemáticas.

Las citadas cinco vocales eran iniciales de este lema tan orgulloso como enfático: «*Austriæ est imperare orbi universo*» lo cual venía a significar que los austrias cortaban el bacalao en todo el mundo ¡fuerte!

Pues bien, lo que la historia nos cuenta con las reservas, de que antes hablamos, es que el emperador Carlos I, el solitario de Yuste por mal nombre, al morir—21 de Septiembre de 1558—pronunció con voz desfallecida esas cinco vocales que constituían su orgullosa divisa.

Nos resistimos a creerlo aunque no lo negamos en absoluto... ¿Como es posible que un monarca que murió en la paz del claustro todo lo cristianamente que puede morir un cristiano, tuviese la inmorada de evocar en el supremo trance el enfático lema de su particular uso? Nada, que nos resistimos a creerlo. Pero como somos indulgentes para todo lo que nos cuenta doña Clio, creemos, sí, que el augusto moribundo pronunció esas cinco vocales.

Ahora bien; como dicen que los viejos se vuelven niños, es posible que al decir el bueno de don Carlos, a. e. i. o. u no hiciese otra cosa que recitar el principio del abecedario creyendo que era niño todavía y estaba en la escuela.

¿Quién sabe!

**Me gustaria más que olieras  
a ajos que a perfumes.**

Así le dijo cierto día el emperador Vespasiano a uno de sus palaciegos.

Este tal pretendía del monarca el gobierno de una provincia y para llegarle más a lo vivo ereyó que debía presentarse a él lleno de adornos y perfumado

como una damisela. Vespasiano le contestó lo que ya se ha dicho, dando a entender con ello que prefería un soldado a un prójimo amadado o afeinado.

Y ahora como si lo viéramos, se harán ustedes una pregunta a la que vamos a contestar aunque no la hagan ustedes en voz alta. Esa pregunta es la siguiente: ¿Por qué un soldado en aquellos tiempos olía a ajos? ¿No es eso lo que ustedes se han preguntado *in mente*?

Pues bien, la explicación es sencillísima y la vamos a dar ahora mismo pues «aquí se explica todo».

En la antigua Roma el alimento principal del soldado era el ajo, así como en nuestros días y en nuestro país es el garbanzo, o la patata o el arroz. Tan es esto así que por aquel entonces circulaba por las calles de Roma la frase «no quiero comer ajos», equivalente a «no quiero ser militar»... ¿Están ustedes satisfechos de las explicaciones que les hemos dado? Pues, ni una palabra más. ¡Ah! y conste que acabamos de tratar de dos frases en vez de una. La de Vespasiano y la que circulaba por Roma.

Con lo cual hemos matado dos pájaros de un tiro, como dijo el otro.

## El «Miserere», de Lully

¿Ustedes han oído alguna vez el célebre *Miserere* del maestro Lully? ¿No? ¡Bueno! Nosotros tampoco lo hemos oído, pero según es fama, resulta que es una página musical estupenda, aunque bastante larguísima.

Luis XVI, que era un señor más bueno que el pan nuestro de cada día dánosle hoy, y tan fervoroso católico como pudiera serlo cualquiera que lo fuera mucho, asistió en una ocasión a una fiesta religiosa que se celebraba en la capilla de su palacio de las Tullerías. En ella se tocó y cantó el famoso *Miserere* de Lully.

Los músicos y cantores se excedieron a sí mismos, y como es natural resultó el grandioso canto litúrgico como cosa verdaderamente sublime. El rey escuchó religiosamente tan hermosa página musical y como era tan cristiano la escuchó de rodillas. Todos sus cortesanos tuvieron que imitarle, de rodillas también, pues no era justo ni medio decente que el rey estuviere de rodillas y ellos no.

Terminada la ceremonia, encantado aún Luis de aquella música y deseando conocer la opinión ajena, hubo de preguntarle al conde de Granmont:

—¿Qué os ha parecido el *Miserere*, mi querido conde?

—Sublime, señor, sencillamente sublime.

—¿Y qué opinión habéis formado de él?

—¡Ah! En cuanto a eso, os diré, señor, que es magnífico para los oídos, pero...

—¿Pero qué?

—Que es detestable para las rodillas!

Y dicen que el rey sonrió bondadosamente al escuchar tan ingeniosa apreciación.

ANTON TRIJUEQUE



NOTAS DE MARRUECOS

## EL RAMADAN

Una mañana de Julio en que el sol abrasaba la tierra, unos moros se movían diligentes acarreado piedras para construir una casa. No se percibía la más leve brisa; el suelo quemaba; el ambiente tenía esa pesadez característica de la canícula, que oprime el pecho, impide la respiración, abrasa los pulmones. No se ve la más ligera sombra; el paisaje desalienta; los reflejos luminosos sobre la tierra roja, sobre los barbechos, obligan a cerrar los ojos. Sólo los moros que van y vienen con las piedras sobre el hombro animan el campo. Y próximos al montón que van formando los trajinantes, un grupo de cristianos devora con fruición una roja y fresca sandía, que los refresca y lava, según reza el consabido refrán.

En el constante ir y venir, un trabajador indígena ha pasado cerca del grupo; cargado va con un enorme pedrusco que le hace doblarse penosamente por la cintura, y un cristiano inspirado por Satanás, sin darse cuenta de lo terrible de su ofrecimiento, para al de la piedra y le muestra un trozo de la exquisita fruta, invitándole a comerla.

Difícil es describir la cara del moro: la Naturaleza, necesitada de refrigerio en la mañana calurosa, apareció violenta tratando de vencer al cerebro; brilló en los ojos una expresión inenarrable de deseo; luchó, el pobre, entre su sed rabiosa y el deber religioso; pero éste, imponiéndose a la necesidad de calmar el ardor que se adivinaba en sus resacos labios y en sus miradas codiciosas, sirvió de freno al moro, que movió lentamente la cabeza con signos negativos, dijo en voz muy baja: «Estar Ramadán», y continuó su marcha diligente...

El Ramadán es el mes del ayuno.

El moro, fiel guardador de las prácticas religiosas instituidas por Alá, le observa rigurosamente, y durante el mes de Ramadán, mes interminable de sacrificios y privaciones, no come, ni bebe, ni fuma, ni entretiene sus ocios con el amor, durante el día; la noche, en cambio, es una compensación en que se desquitan con exceso de la constante abstinencia su frida, mientras el sol está sobre el horizonte: en el transcurso de ella se verifican suntuosos festines, en los que la gallina, el cordero y el té hacen las delicias de todos los paladares, y entre sorbo y sorbo de la clásica bebida, tañen el monótono *guembri*, al que acompañan las no menos clásicas y cansadas canciones, donde publican las excelencias de su religión. Y transcurre la noche sin que el cansancio limite los excesos.

En su atraso desolador, recurren a un procedimiento, que no deja de ser ingenioso, para determinar el momento en que ha de empezar y terminar el ayuno diario, sin faltar a las doctrinas aprendidas y seguidas al pie de la letra, con exactitud y puntua-



lidad dignas del mayor elogio y respeto; allá verán el premio en el Paraíso.

Consiste el citado procedimiento en observar dos hebras de hilo, una blanca y negra la otra, que colocan juntas en la mano; cuando la luz del día permite distinguir los dos colores, empieza el ayuno; por el contrario, cuando los dos hilos llegan a confundirse y no es posible determinar el color de cada uno de ellos, da principio la orgía, la comida sin tasa, los cánticos religiosos, a los que alguna vez se mezcla la canción algo libre, que cuenta la historia de la famosa mora que marchaba por zocos y aguadas vendiendo su hermosura y requiriendo de amores a los fornidos mozos que a su paso encontraba; y un estruendoso coro de gritos guturales acompaña entre risas el final de la tan manoseada historia, que, al igual que las doctrinas de Alá, se transmite inalterable de generación en generación.

Hoy, gracias a la intervención de nuestras armas, se simplifica notablemente la determinación de las dos horas citadas: el Alto Mando, respetuoso con las tradiciones y costumbres del indígena, conciliando la acción de las armas con la política de atracción tiene ordenado que durante el mes de la Pascua todas las posiciones artilleras del territorio disparen sendos cañonazos en los momentos en que empieza y termina el día; el moro ya lo sabe y, agradecido al aviso, más que por la materialidad de él por el respeto y consideración que a sus prácticas se guardan, empieza las faenas correspondien-



tes, de acuerdo con la hora, seguro de no incurrir en pecado.

\*\*

No es una novedad, ciertamente, lo que relatado queda. Tan trasnochado es el asunto que más no puede serlo. Pero con ser tan conocido, muy pocos han considerado despacio el inmenso sacrificio que representa estar doce, catorce horas sin comer, sin beber sobre todo. La facilidad con que se dice «un mes de ayuno», no corresponde, seguramente, a la dificultad de su observancia.

Como el año musulmán es mas corto que el cristiano, los meses de aquél van adelantándose poco a poco a los de éste, de tal modo, que al cabo de veintiún años, próximamente, y si no engañan los cálculos, cada mes musulmán ha coincidido, sucesivamente, con todos los meses de nuestro calendario, y esta coincidencia se verifica adelantando cada año unos días con respecto al nuestro.

En esta forma, es evidente que el mes de Ramadán unas veces será el Diciembre cristiano y otras emparejará con Julio, y al llegar esta fecha, ¿se imagina fácilmente lo que suponen las mortales horas del día, largo y caluroso, con el violento calor africano y sus aires abrasadores, sin poder humedecer los labios con una gota de agua? ¿Concibe la mente humana, sin haberlo pasado, las crueles angustias representadas por un día de trabajo rudo, de marcha larga, sin probar el líquido? Solamente el estoicismo moro, su fanatismo sin límites, la confianza en las promesas de Mahoma, las tan soñadas huries que los colmarán de goces en la otra vida, son capaces de determinar una resistencia y fuerza de voluntad semejantes...

Es preciso saber, además, que la religión no prohíbe el trabajo; antes bien, le recomienda; y el moro labra su tierra, se dedica al comercio, guerrea si es necesario, sin que en ningún caso vulnere la ley del Profeta; y allá va tras de la yunta que traza rudimentarios surcos, en el fresco otoño; o conduciendo al asno que transporta sus mieses al silo, en el estío; o corriendo, en todo tiempo, del poblado al zoco con su mercancía que no puede gustar. Y lleva las bestias a beber mientras él las mira envidioso con los ojos inyectados, paseando su lengua exangüe sobre los reseos labios polvorientos y tersos; o pasa los arroyos en sus largas caminatas hundiendo en las aguas sus pies, más felices que sus ardorosas fauces. Y al atardecer, cuando el sol se aproxima al ocaso, deprimido el hombre por la larga y completa abstinencia, débil, fatigado, vencido el organismo por las necesidades perentorias de la nutrición, se envuelve en la chilaba, cubre su cabeza, se acurruca contra la pared buscando en la inmovilidad un último ahorro de energías, y en esa disposición, en que más que forma humana, desecho de trapos parece, queda callado y aguarda la hora de la comida...

Pero no para ahí su virtud: valientemente desprecia los manjares que se le ofrecen, aún los más apetitosos, y, riendo despreciativo de la interpretación que los cristianos dan al ayuno y de la manera de llevarle a efecto, enseña, altivo y orgulloso, el exacto cumplimiento de los deberes para con el Ha-

cedor que, al fin, ha de juzgar a unos y a otros; para ellos, y puede que tengan razón, nuestro Munana y su Alá es uno mismo con distinto nombre, y los moros le reverencian más que nosotros, y le dan un culto más primitivo, sí, pero también más sincero.

Mas, a nuestra influencia, el moro progresa y se hace amigo del lujo y de las comodidades; se acostumbra al ferrocarril y al automóvil, pero pierde la fe; y lo que gana materialmente lo pierde en lo moral. Al contacto del progreso, quién sabe si contagiado de nuestras libertades, olvida frecuentemente sus oraciones para incurrir en irreverencias que todavía oculta ruborosamente, falto del desenfado suficiente para mostrarlas a la luz del mundo; la incredulidad en sus principios, en embrión, se esconde hipócritamente para aparecer revestida de fervor en público, y tal cual moro atropella el ayuno libando en misterio en las horas de la prohibición; la costumbre se va extendiendo, aunque es todavía solapada y vergonzante; ninguno se decide aún a faltar abiertamente a la rigurosidad de su doctrina, pero ha prendido la chispa, el fuego avanza oculto, ya se percibe el humo y no tardarán todos en arder en las llamas de los descreídos...

#### EL CAPITÁN CRISPÍN





HAÇIA LA SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA

## UN NUEVO MODELO DE HELICÓPTERO

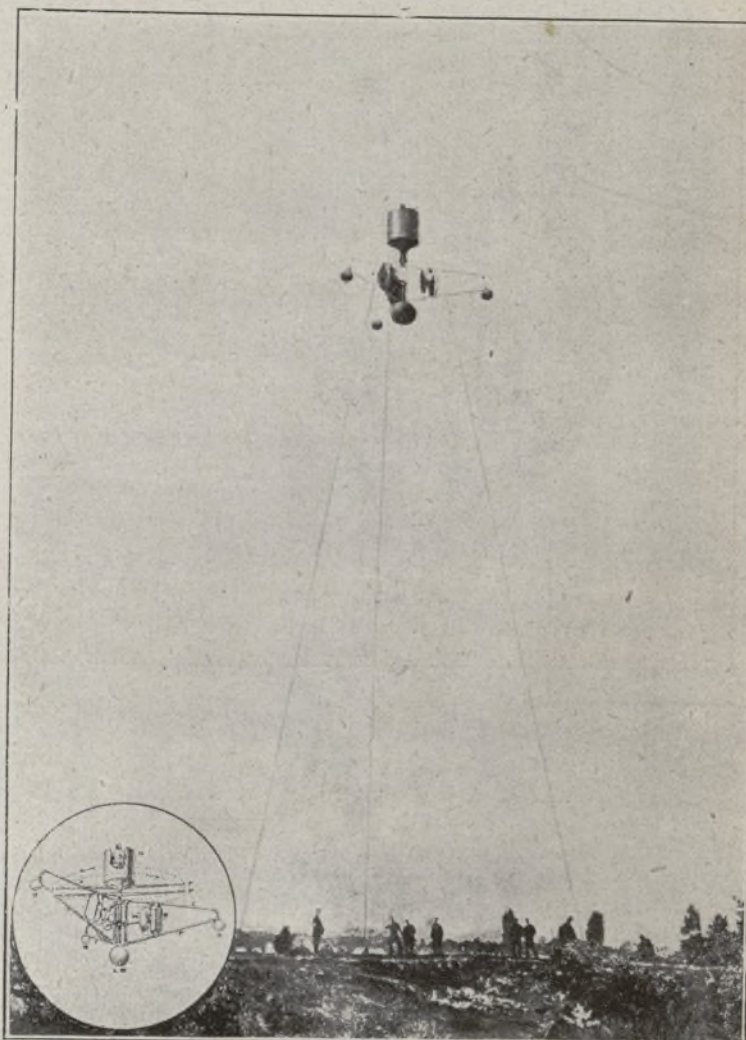
Por momentos va transformándose el nuevo aparato para volar, conocido con el nombre de helicóptero, y las esperanzas, dudas y vacilaciones se están convirtiendo en realidades.

No solo en Francia los inventores dedican preferente atención al helicóptero, cuyas ventajas sobre el aeroplano son innegables, sino que en Inglaterra, Austria y en los Estados Unidos se sigue con gran interés su estudio, y nuevos aparatos salen del laboratorio para efectuar en campo libre sus primeros vuelos.

Los últimos ensayos han alcanzado un éxito muy lisonjero, más del que podía esperarse, y en la fotografía que acompaña a estas líneas puede verse en el ángulo inferior un diseño del nuevo helicóptero, debido al capitán von Petroczy, del ejército austriaco, que como todos los hasta ahora contruidos, con ligeras variaciones, tiene un doble juego de paletas (hélices), que giran horizontalmente.

En las pruebas verificadas con el helicóptero que nos ocupa, se llegó a una altura superior a las que se habían alcanzado con otros aparatos, y aún hubiera subido más a no impedirlo los tres cables que lo sujetaban a tierra, y cuyo objeto era únicamente ligarlo al suelo para mejor estudiar las características de este helicóptero.

La barquilla central, que es donde tiene su asiento el tripulante del aparato, posee un paracaídas, que disparado automáticamente al menor asomo de peligro, tiene fuerza para sostener el helicóptero y permitir su lento descenso a tierra.



Los inventores, en su afán de dominar completamente el espacio, no cesan de idear nuevos y nuevos modelos de helicópteros. He aquí el último ensayado con feliz éxito por el capitán austriaco von Petroczy y que posee la particularidad, que se detalla en el croquis colocado en un ángulo del grabado, de tener su barquilla central y tres motores, uno en cada brazo del aparato, que queda estabilizado por los bolos que existen en el centro y en los extremos.

### HISTÓRICO

El tratar de convencer a los reclutas de que los servicios a que se les ha destinado son los más importantes del Ejército, como medio de hacerles tomar cariño e interés en su desempeño, es costumbre arraigadísima en nuestros Oficiales y no seré yo quien la critique,

Pero tiene sus *pegas*, y ejemplo de ello es lo que le sucedió a un Teniente de Ingenieros en Barcelona, que después de un *speech* brillante, en el cual puso de manifiesto la importancia de sus múltiples cometidos instalando líneas tele-

gráficas y telefónicas, construyendo puentes y carreteras, campamentos y fortificaciones, allanando obstáculos y abriendo camino al ejército en campaña, etc., etc., se dirigió a uno de ellos y le hizo la obligada pregunta:

—Vamos a ver, Fulano, ¿qué servicios son los más importantes del Ejército?

Y el muchacho, que había tenido ocasión de ver unas Escuelas prácticas de Artillería y conservaba de ellas gran impresión, repuso diligente:

—Pus la artillería de plaza, porque ¡tira cáa cañonazo!

LEME.



## NUEVAS ARMAS DE GUERRA

### La pistola-ametralladora en Alemania



Pistola-ametralladora que constituye el nuevo armamento de la policía de seguridad de Berlín.

Entre las nuevas armas que ha proporcionado la guerra, llama justamente la atención la pistole ametralladora, que fabrican actualmente los alemanes como armamento de su policía de seguridad.

El presente grabado muestra a nuestros lectores la relativa sencillez de la moderna arma de guerra que encierra dentro del máximo de ligereza un poder ofensivo enorme. Un policía armado de una de estas pistolas puede servir indudablemente para despejar una calle. Tiene como todas las armas de esta clase, el inconveniente que representa la reposición de las municiones. Pero hay que tener en cuenta, que los policías no han de sostener combates de larga duración, y que como arma de momento es de un valor extraordinario pues puede efectuar su fuego tiro a tiro o ametrallando, según convenga.

## CASOS HEROICOS

El acto heroico del maquinista D. Manuel Montero, que inmoló su vida para salvar la de los viajeros del expreso de Andalucía en el choque de trenes de Villaverde, trae a la memoria otras heroicidades de gentes modestas que a trance de muerte tuvieron, como él, heroicidad y serenidad suficientes para cumplir con su deber pensando en sus semejantes.

Una terrible noche de invierno del año 1906, navegaba, con 380 pasajeros a bordo, el buque canadiense «Strathcona». De repente alguien lanzó el grito de ¡fuego! y empezaron a salir llamas por las escotillas. Los pasajeros, locos de terror, subían a cubierta pidiendo los botes salvavidas, pero la mar estaba muy agitada, y el capitán, después de prohibir que se largasen las embarcaciones, para evitar desgracias, mandó hacer rumbo a Port Dufferin, que era el puerto más próximo.

Las máquinas desplegaron toda su velocidad, pero la fuerza del viento avivaba el incendio, y toda la popa del buque quedó convertida en una hoguera. Los bomberos trabajaban como héroes, entre el humo y el calor, mas su riesgo no era tan terrible como el del timonel. A pesar de todos los esfuerzos que se hicieron, las llamas rodearon al marino, y cuando el buque entraba en el puerto, el heroico timonel llevaba la ropa ardiendo, no obstante lo cual

siguió en su puesto hasta que varó el buque en la playa. Entonces quiso retirarse, pero cayó muerto sobre las maderas hechas ascua.

El mes de Agosto del año 1909, la estación de telegrafía sin hilos de Ketchikan (Alaska), y los telegrafistas que iban a bordo de los vapores «Humboldt» y «Rupert City», recibieron simultáneamente la señal de socorro seguida de este despacho: «Ohio chocó roca. Hundiéndose. Envíen auxilio inmediatamente o se perderá», y a continuación la latitud y longitud de la escena del desastre.

Los dos buques que recibieron el telegrama se dirigieron velozmente al punto indicado, y el «Humboldt» llegó a tiempo para recoger cerca de doscientas personas que se habían salvado en botes. El «Ohio» se había hundido ya con el capitán, tres marineros y el telegrafista. Su fin se supo por el último despacho que se recogió en la estación de Ketchikan, que decía: «Todos los pasajeros salvados en los botes. Ahora largamos el último bote. Yo quedo encerrado en...»

Así quedaba cortado el telegrama, pero lo expuesto bastó a la gente de tierra para saber que Jorge Eccles, el telegrafista, se había hundido en el mar, después de haber salvado con su heroica serenidad el cargamento humano del «Ohio».



## DE LA ESCENA

## "BORGIA"



Ninus en una escena del ballet «Borgia»

El anuncio de la representación del ballet *Borgia* en el Teatro del Centro, despertó una expectación grande en nuestro público, tan aficionado a los acontecimientos artísticos. No era para menos, estando suscrita la obra por el maestro Estela, dirigida por el famoso bailarín ruso Sacha Goudine, con modelos y decorado de Penagos.

*Borgia* como mimodrama, a

pesar de ser una reminiscencia de *Scheherezada* y la *Danza del Opio*, es fuerte, demasiado fuerte como danza por abusarse mucho de acrobatismo que más perjudican que favorecen la obra, en forma tal que al público le desconcierta un poco a pesar del ritmo y belleza plástica de los bailarines que Sacha Goudine matiza con la maestría insuperable de su arte único, acompañada de esa artista de ensueño llamada Ninus.

La música bella y demasiado inspirada, pues

nos recuerda pasajes de Boradín y de Rimsky Korsakoff.

En resumen, el ballet *Borgia* a pesar del éxito obtenido es flojo para sus intérpretes, sobre todo para la artista Ninus, maravillosa figulina, llena de ritmo de emoción y de gracia que sugestiona desde el primer momento al público, por el milagro de su belleza, la suavidad de sus movimientos y la delicadeza alada de su arte exquisito y armónico tan lleno de inquietudes y refinamientos que produce, una emoción de estética tan grande que nos da la sensación real del ritmo.

El triunfo de esta nueva artista fué franco y resonante como pocos. La discípula de Sacha Goudine tuvo que salir con su maestro varias veces a recibir las ovaciones y flores con que el público los obsequió, convirtiéndose la escena en un maravilloso jardín en donde la delicada belleza de Ninus, era una flor mas doblegada ante una tempestad de aplausos.

La prensa de todos los matices ha elogiado como se merece la labor de esta artista maravillosa: sólo ha habido una excepción: la del crítico de El Debate ¿Por qué? El Sr. Hans sabrá por qué no ha sabido apreciar de la misma manera que sus demás compañeros la parte artística del espectáculo que nos ocupa

OVELAR.



Ninus en una escena de «Borgia»





## LA VIDA Y LA FOTOGRAFÍA

\*\*\*\*  
Acontecimientos :: No-  
vedades :: Sucesos ::  
:: Notas de interés ::

# MISCELANEA

## :: MENSUAL ::

Rogamos a nuestros  
compañeros de provin-  
cias nos remitan las  
notas salientes en su  
localidad para publicar-  
:: las en esta sección ::



El capitán general D. Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, fallecido en Madrid.

El día 23 de Mayo, falleció en esta Corte el Capitán General D. Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, brillante Príncipe de la milicia, quien—como muy acertadamente proclamó el Presidente del Senado Sr. Sánchez de Toca—constituía para todos los españoles personalidad sin par, como archivo viviente de incidencias íntimas respecto a cuanto había acontecido en la esfera de nuestra política interna y militar du-

rante las generaciones que se sucedieron desde 1860.

Al finado se le rindieron honores de Capitán General del Ejército con mando en plaza y el Gobierno celebró funerales oficiales en San Francisco el Grande a los que asistió Su Majestad el Rey.

\*\*\*

En los jardines del Palacio de Bibliotecas y Museos, se ha erigido, en memoria del malogrado escultor Julio Antonio, un busto costado por suscripción entre los que fueron sus amigos.

La personalidad de Julio Antonio se halla brillantemente comprendida en los siguientes párrafos del discurso que en el momento de la inauguración y ante S. M. el Rey pronunció el ilustre Azorín.

Julio Antonio—dice—realizó



S. M. el Rey saliendo de la Iglesia de San Francisco el Grande, donde asistió a los funerales del capitán general Primo de Rivera.

una labor perdurable. Había infundido en el mármol y el bronce el espíritu de su Patria. Co-



Las autoridades españolas, con el grupo de moros amigos, en la fiesta celebrada en la Legación de España en Tanger, con motivo del cumpleaños de S. M. el Rey.



Asaltos de esgrima organizados por el Casino Militar de Madrid y celebrados en la Huerta.

menzaba a ver hecho vida un supremo ideal. Quería que la materia—en el busto, en el gesto, en la frente pensadora y en los labios enigmáticos—tuviera el rasgo inconfundible que el historiador pone en su obra. En sus andanzas por todos los caminos de España y en su devanar reflexivo por las viejas ciudades, había logrado nuestro amigo aprisionar los distintivos de las generaciones españolas. No era el instante frívolo y pasajero lo que recogía el amado





La Condesa de Romanones en el momento de hacer entrega del estandarte que regaló al Batallón de Radiotelegrafía de campaña.

escultor. Ante su obra sentimos como un presentimiento inquietante de haber vivido ya, y escuchamos como una voz—venida de lo pretérito, resonante en lo futuro—que nos habla de la continuidad de la historia. No podemos decir lo que el mundo hubiera deparado a Julio Antonio. Era un artista original e innovador; tal vez no hubiera encontrado rosas en su camino. Pero su vida se acabó prestamente. Se extinguió como una lumbrera que corre un momento, en la noche, por el cielo sereno.

\*\*\*

La Condesa de Romanones, en memoria de su hijo, teniente de Ingenieros muerto en campaña, ha regalado un estandarte al nuevo batallón de radiotelegrafía de campaña.

El acto de la entrega se verificó en el Campamento de Carabanchel, bajo la presidencia de los Reyes.

El momento fué de grande emoción. La Condesa de Romanones, que durante la ceremonia lloró incesantemente, entregó el estandarte al jefe del batallón teniente coronel Castañón, expresando que ante

aquel estandarte había prestado juramento de fidelidad puesto que su hijo había derramado su sangre por él.

Al acto concurrieron todas las tropas del Cuerpo de la guarnición de Madrid y de los Cantones y los alumnos de la Academia que al efecto vinieron de Guadalajara.

Como detalle curioso merece mencionarse, que la Misa de campaña fué dicha por un antiguo capitán del Cuerpo, que hoy es sacerdote de la Orden del Corazón de María.

\*\*\*

La festividad de San Fernando, ha sido celebrada por los Ingenieros militares con gran número de interesantes festejos.

Estos, dieron comienzo por una función de gala en el Circo Parish, fiesta a la que asistieron



La eminente trágica francesa Sarah Bernhardt, en el homenaje que le tributaron en el ateneo de Madrid los intelectuales españoles.



Busto del escultor Julio Antonio, erigido en los jardines de la Biblioteca y a cuya inauguración asistió S. M. el Rey.

el príncipe de Asturias y los niños, visitando el infante don Juan el uniforme de ingeniero militar. Después hubo campeonato de saltos, levantamiento de pesos, luchas greco-romanas, interesantes asaltos de armas entre los profesionales Arandilla y Ortega, tan justamente afamados, y algunos soldados de Ferrocarriles.



El Ministro de la Guerra Sr. Vizconde de Eza, repartiendo premios a los soldados de Ingenieros, con motivo de la fiesta de San Fernando.





Nuestros pequeños lectores saben que si meten un huevo fresco de gallina en un recipiente lleno de agua, el huevo, más pesado que el líquido, se irá irremisiblemente al fondo.

Peronuestrosaniguitospueden ser magos a bien poca costa. Coged tres vasos, uno A con agua pura; otro B con agua saturada de sal y un tercero C con el que haremos el experimento.

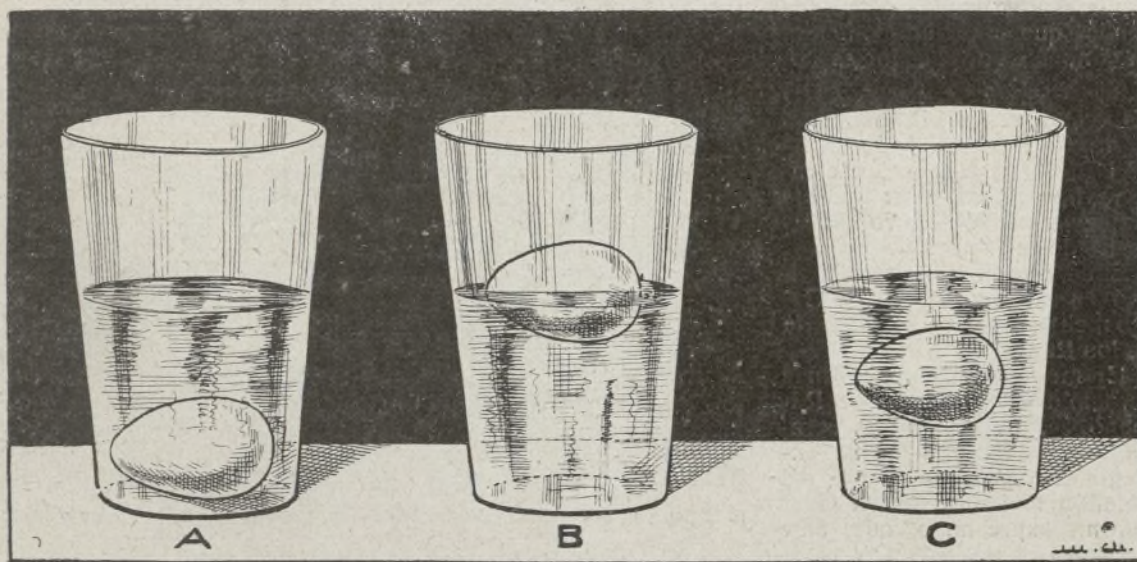
Si ponemos un huevo en el vaso B, como el agua saturada de sal tiene más densidad el huevo flotará; pero si depositamos el huevo en el vaso C y vamos poco a poco echando unas veces agua pura del vaso A y otras salada del vaso B, conseguiremos que el huevo quede suspendido a la altura que se desee, sin que suba a la superficie ni que descienda al fondo.



Otro experimento muy curioso, que también se hace con un huevo al que se le extrae la clara y la yema por un agujerito que se practica en el extremo puntiagudo.

Se dibujan dos ojos grandes y redondos, y la boca. Con pedacitos de franela de color grana se hacen la cola y las aletas, que se fijan en la cáscara con lacre rojo, procurando darle la forma de un pez, y se mete en un vaso con agua, no sin antes poner en el interior del pez algunos perdigones hasta conseguir flote entre dos aguas.

Se tapa el vaso con un pergamino o cuero y oprimiendo ligeramente la tapa con la mano el pez se hundirá y cuando la presión cese subirá, pudiendo efectuarse con disimulo la presión para que no lo adviertan los espectadores.





# San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación)

—¡Chis! ¡Chis!

Y D. Policarpo le arengó con la mano seca:

—¡Acérquese!

Aquel día el churrigüerri estaba colmado. Allí Da Estereira, allí Sacamendi, allí Pepe Humbralles, allí Antúnez, el buscador de motines y de anancios. D. Policarpo le cedió sitio a su vera, y le presentó a Verdejo.

—¿No se conocen ustedes?

Sí. Mendicuti conocía a Verdejo. Era otro hombre alto y flaco, periodista, escritor satírico, y cuya tuberculosis se había refugiado en un disfraz de ex-cepticismo risueño. Hablaba de ella como de una amiga, o de una novia. Decía:

—Está impaciente. Ahora me tiene a 39 grados. Voy a darle un poquito de morfina para que se duerma.

Sacaba un papelito cuyos polvos desleía enagua, y se los tomaba exclamando:

—Ya está. Hay que tenerla contenta a la pobre Quiero hacerle su estancia grata en mi cuerpo. A lo mejor se acostumbra a vivir sobre mí, y se olvida... Refa menudito.

—Además, ¿no sabe esa desgraciada que no tengo para un entierro decente? Si conociera el decoro esperaría a un cambio de fortuna.

Verdejo poseía un humorismo trágico en el que había asilado su drama personal. Cuando tomaba morfina se le excitaba la imaginación, y solía encantar a sus amigos con raros conceptos y frases de un preciosísimo adorable. Ahora en aquel retiro del café parecía estar en vena.

Se habló primero de Tojo. Da Estereira, que es-

peraba la cristalización en diamante de aquel carbón como definitiva salvación de su vida, preguntó a Mendicuti:

—¿Y D. Braulio?

D. Policarpo y Sacamendi miraron a Romualdo con expectación.

—Aquí me tiene citado. No tardará.

—¿Pero es que marcha bien la cosa?—Interrogó el químico incorporándose moralmente desde el abismo de su inopia.

Supongo.

Verdejo se interesó también por Don Braulio y narró algunas de sus anécdotas: cuando le pegó en el Senado a un periodista que le gastó cierta chanzoneta de mal gusto; cuando retó yendo de cara, a un cochero de punto; cuando rompió los moldes literarios haciendo la necrología sincera y cruel de un general recién muerto; cuando le disputó una morena a un teniente en plena Bombilla.

—Tojo--resumió-- es una cosa atávica y maravillosa. Cuando triunfe la revolución—dijo pensando en Antúnez—lo nombrarán Arzobispo de Toledo. Y tendrán mucho que saborear sus pastorales. Para leerlas un renglón sí y el otro nó.

Antúnez se irritó al oír aquella herejía. El señor Verdejo tomaba a broma la revolución. La revolución vendría pronto, muy pronto. Era quizás cosa de horas. Estaba el pueblo harto de sufrir. Los zapadores-minadores hallábanse comprometidos. Conocía ya en su intimidad, el plan demagógico de los sacerdotes castrenses.





—Mire, mire—rió Verdejo—. La república viene en carreta. A veces se detiene en las posadas, y echa un trago. Ahora está durmiendo una palina.

—No me refiero yo a la república. Eso sería una solución conservadora y burguesa. ¡Uf! Las repúblicas imperialistas, reaccionarias, infestadas de plutócratas mandones. La revolución que llega es el bolcheviquismo. ¿No le advierte usted? Cataluña pide autonomía y casi independencia. El resto de España está en combustión. Vendrá lo que deba venir.

Se hizo un silencio tenebroso en cuya oscuridad pasaron furias, asesinatos, incendios. Al fin rompió aquel mutismo terrible la fina carcajada de Verdejo.

—¿Es que usted es monárquico?—rugió Antúnez como si interpelase a un troglodita invencible.

—No, querido. En mí tiene lo estatuido un adversario mínimo pero implacable. España lleva un cáncer en el corazón. Siglos hace que lo padece. Está deformada y paupérrima.

—¿Qué cáncer es ese?—preguntó Da Estereira quizá dispuesto a inventar un producto corrosivo.

—Dinastía... Sí, dinastías extranjeras, centralistas y despotistas. Cuando se hizo una Constitución, esa Constitución sólo fué una máscara. Los Felipes prosiguen su obra.

—Pues si usted reconoce eso—se alborozó Antúnez—¿cómo no es usted revolucionario?

—Lo soy. ¿Quiere usted que nos pongamos ahora mismo a trabajar por la república o por una monarquía liberal y castiza? Si algún día viese yo en España un partido revolucionario culto y serio, con un programa hacedero y rápido, integrado por gentes prestigiosas, siquiera honestas, siquiera artísticas, mi pobre tuberculosismo habría de ahorrarse buena parte del camino. Tengo aún una mano débil que puede amartillar un fusil. Pero...

Se rió.

—Habla usted de una revolución caótica. Nombrar a ese gran desahogo eslavo que el nefando zarismo produjo en Rusia. Eso aquí sería un dolor. Empezaría por matar la vieja flor de nuestra tradición hispánica. Quedarían sepultados nuestros recuerdos por una lava siniestra y de origen remoto. Nos mataríamos los unos a los otros como en un infierno terrenal, sin saber por qué. Y España, analfabeta y rencorosa, habría derruido sus catedrales y sus universidades, para

llorar, desgredada, sobre los despojos de la hecatombe.

Se detuvo un instante Verdejo para toser, y añadió:

—Esa no es mi revolución. Yo quiero una Revolución española, tradicional, reparadora y creadora. Si conoce usted sus caudillos, alísteme.

Verdejo lanzó después una profecía:

—A España no llegará el bolcheviquismo porque nos haremos todos bolcheviques por evolución. El problema social se resolverá sin hecatombe. ¡Los proletarios! Casi va siendo ya una conveniencia ser obrero. Todas sus huelgas se resuelven con mejoras. Y eso me parece bien. Aquí lo que está llamada a desaparecer es aquella infausta clase media de braserete y oficina, estulta y señoritinga, mediocre y viciosa, que es degeneración del viejo hidalgo.

Hizo una pausa, y acabó:

—Como esta es una raza superior, cederán los ricos en provecho de los pobres que trabajan. Aquí, un Lenine rojo e iracundo, fracasaría. En el fondo, nuestros aristócratas son un tanto plebeyos, y nuestros menesterosos un mucho señores. Yo aprendería un oficio sino lo impidiese mi tisis. Dentro de poco os ofrecerá un gentilhombre una taza de té en su mansión bien alhajada, y ello al bajar del andamio donde ganará como albañil el sueldo que ahora cobran los directores generales.

Estaba en vena, y siguió expandiendo su tesis:

—El odio secular entre el pobre y el rico es cosa extranjera, rusa. Nuestro fondo social es de una gran tolerancia y de un espíritu viejamente democrático. El duque de Zaragoza guía un tren, y Joselito raja sedas y se codea con marqueses. Nuestro bolcheviquismo no tendrá furor. Será un pacto evolutivo que ya se inicia, que ahorrará sangre y que no causará estragos. Si fuese hijos los haría electricistas. Algún día usarán levita y chistera los instaladores del alumbrado y apagarán las luces, de frac, los faroleros.

Pero Antúnez no se dió por vencido:

—Crea usted que vendrá la gorda. Lo de Cataluña será el comienzo.

—¡Lo de Cataluña! Santo y racial es eso de los fueros y de las libertades regionales. Pero ¡cuánto disparate acumulado en su demanda!

—Todas las noches pueblan las Ramblas hombres con barretinas que cantan sus himnos.

Verdejo se tapó los ojos horrorizado. Aquella evocación de las barretinas le crispó los nervios hirviendo su sensibilidad:



—Mire usted, yo me postro ante la muchedumbre desnuda y hambrienta que ruga contra el poder y la injusticia. Es la naturaleza que se rebela. Tiene su bramido tremendo, la grandeza de una tormenta en el mar. Pero una reunión de muchachos que se adornan la cabeza con una cosa colorada, en pleno siglo xx, cuando la Humanidad, unánime, se toca con gorra o con hongo, me parece de una ridiculez frenética y morbosa. Como lo del lenguaje... Ideal lógico sería el Estado único y el Habla única. Aun tiene el ser humano que descubrir la vida interplanetaria. Falta el Colón de Marte. Separatismos políticos y hablésticos son cosa reaccionaria y negra. Tal vez eso no sea sino la obra de unos ricachos para ejercer en Bilbao y en Barcelona un régimen patriarcal. Poca gleba y muy del terruño. Querido Antúñez, lo que yo pido es tradición, sí, pero que esa tradición se expanda y se yerga, y que se forme un país muy alto y muy libre, abierto a todas las razas y a todas las ideas, sin muros ni trabazones. Quiero una España que sea parra fecunda, con la raíz chupando su jugo en el cadáver de la tradición, pero cuyos pámpanos alegres no se sientan extranjeros en Francia, y cuyas doradas uvas puedan vendimiar los dedos del americano.

Mendicuti aprobó delirantemente aquel período. Antúñez quedó perplejo, mas como era tozudo, exclamó:

—Yo digo a usted que los sargentos empiezan a vibrar. Tendremos bolcheviquismo señor Verdejo.

Todos miraron a Verdejo en espera de otra arenga elocuente. Pero el orador estaba extenuado. Ardían las rosetas de sus mejillas. Sus ojos eran dos ascuas. La mano puntiaguda buscaba en el segundo papelito de la tarde el triste consuelo de la morfina.

—No puedo replicar. Ello me ordena enmudecer. Sonrió levemente, y abatió la cabeza sobre el pecho. Era como un lirio blanco y sucio caído sobre una osamenta lamentable Flor de muerte. Aquel ser olía ya a difunto.

Mendicuti escudriñó entonces en su reloj de oro. ¿Las seis ya? A Tojo le habría sucedido algo. El negocio se extinguía definitivamente. Y aquello era la ruina, la miseria. Y miró a Verdejo con una camaradería trágica y emocionada.

¡Pobre cerebro incomprendido, escondido en el yermo de la intelectualidad filistea y victoriosa!

¡Pobre ser aquél, nacido para vivir como una flor parásita y sunfuosa, flor de civilidad y de cultura, olisqueada por damas curiosas, mirada con respetuosa admiración por hombres exquisitos! ¡Aquél literato—parecido a Cámara en la finura del estro y en la tragedia humilde de su vida—morfa tuberculoso y miserable entre la espesa indiferencia del vulgo! ¡Y eso él, que tenía una gracia tan noble en la intimidad de su alma, y un refinamiento tan seductor en su dorada sensibilidad!

Merecía aquel ser, el mimo de la vida. Una casa amueblada con exotismo elegante. En ella calor, calor que alargase su existir, y

pan. Y rodeando la morada del poeta, un jardín que le ofreciera la maravilla de sus corolas gayas, el paso incierto de los insectos locos, el silvar de los mirlos un poco triste, lleno de angustia por la hembra, y de nido.

¿Y qué tenía...? Verdejo deslió al fin su morfina, y la tragó. Durante unos segundos estuvo esperando aquel entusiasmo artificioso, aquella vitalidad enfermiza que sucedía a la crisis. Después se incorporó y se puso la capa.

—¿Se va usted?—preguntó Mendicuti con pena.

—Sí. Tengo que hacer un artículo. ¡Horrible! No le dejan a uno escribir lo que siente. La pren-





sa se hace cada vez más burguesa, más dura, más cerrada. Ya no puede haber periódicos románticos, libelos perforantes y descubridores, la guerrilla del pensamiento. Si esto sigue así, tendremos que refugiarnos en los retretes, y pintar en el caliche de sus paredes, nuestra última emoción exquisita.

Salió. Durante un momento quedó la tertulia como sobrecogida. El genio había pasado. El arte se había ido. Aquello, que era lo único noble de la vida, su justificación ante los cielos y ante la divinidad, germen de todo lo Grande y lo Bello, alma de la Democracia, de la Justicia y de la Belleza, había puesto su contacto alado y purísimo sobre los magines confertulios.

—¡Qué gran talento el de este pobre!—dijo don Policarpo.

Y fué su frase como una oración póstuma.

Hubo un rato de silencio. Aun parecían vibrar en el aire las palabras del escritor dichas con aquella su voz débil, y nadie fué osado para hendir el éter con vocablo plebeyo. Entró un botones de continental buscando a Mendicuti. Un camareiro le guió:

—¿El Sr. Mendicuti?

—Sí.

—Esta carta.

Romualdo la abrió febrilmente. Era—cosa desconcertante—la esposa de Buitrago quien le escribía llamándole a su casa inmediatamente.

Mendicuti consultó con Sacamendi y con don Policarpo.

Sacamendi fué pesimista:

—Mal. Eso me huele a que Tojo armó la gorda. Era de esperar en ese genio suyo. D. Cosme ya lo tenía. Y yo también.

D. Policarpo, que en su tristeza infinita, parecía cultivar el optimismo cual una flor de juventud y de lusión, chisporroteó como un cirio despabilado y se encaró con Mendicuti:

—Eso se pone bien. Hay cuartos. Vaya, cóbrelos, y vuelva. ¿Eh...? ¡Y vuelva!

Temía perder su comisión entre los colmillos de Tojo, y ponía en guardia la flaca perspicacia de su esqueleto.

**En el que una turba de perillanes aparece temblando de miedo.**

Había en la casa esa inquietud, ese ambiente loco, ese rebullimiento azorado y trémulo, de las hecatombes. El incendio, el robo, el suicidio, la

ruina... Era que D. Braulio Tojo había pasado por allí.

A su hora, puntual a la cita de Buitrago, Tojo había aparecido en casa del financiero.

—No está el señor—dijo un criado con mal disimula hipocresía.

—Estará el sobrino,—respondió el sacerdote, que portaba ropas talares según su costumbre en días y horas de solemnidad y sensación.

—Tampoco está el sobrino.

—Estará Lucifer.

El doméstico, blondo y fofo, miró al cura con asombro de lego que oyera decir una herejía al prior. Mas el cura, que ya se iba amoscando y que deseaba resolver aquello aunque fuese por la tremenda—hay días en que el sastre apremia y el casero se pone fosco—, insistió:

—Yo paso y en paz.

Entró resueltamente, dejó la teja sobre una silla y se precipitó en el despacho. El criado bobalicón, le dejó hacer. Aquel abate robusto, de pelos en sortijados y revueltos como un nido de víboras, daba la sensación del ariete y tenía un parecido con la catapulta. Se aculó Tojo sobre una butaca mullida, cabalgó una pierna sobre la otra, y se puso a esperar.

—Lo que es a mí—dijo para su manteo—no se me escapan esos bribones. ¿Prometieron? ¡Que cumplan!

Era su teoría, la gran teoría en la que cimentaba toda su filosofía mundanal y social.

—Dadme un asidero de razón y venceré. Proporcionadme un viso de motivo, de justificación, y le sacaré dinero a Shylok y haré reír a Tartufo.

Cuando no creía tener razón, era hombre perdido. El, necesitaba un apoyo moral. Claro es que cuando no lo tenía lo buscaba hasta encontrarlo. Poseedor de una fantasía radiante, iba de sofisma en sofisma, hasta las exégesis más audaces. Era torbenillesco en el razonar, y huracanado en el enjuiciamiento de los sucesos humanos.

¡Oh, y ahora tenía motivos, motivos en legión, miriadas enteras! ¿No le había dicho Buitrago que a las tres y media se sacudiría la buchaca? ¡Pues a cumplir su ofrecimiento!

Oyó pisadas táctas, cuchicheos... El portón se abría y se cerraba con sigilo. Cundía en la casa esa especie de terror supersticioso que podría inspirar en sus moradores la irrupción súbita de un chacal vestido de sacerdote cristiano.

Y al fin, y cuando ya Tojo se disponía a recorrer aquel hogar buscando al zorro, en fiera batida, entró el sobrino de Buitrago.



Acudía pálido y ojoso, convicto y confeso de pavor. Saludó a D. Braulio, el cual enseñó apenas el sarro de sus colmillos. Hablaron... Aniceto, que así se llamaba el acólito de D. Cosme, quiso captar al tigre por las buenas, e hizo una invocación a su reconocida bondad y a su tolerancia jamás puesta en duda. El negocio se haría. Pero quedaba por desollar el rabito de Londres. Cuanto Mister Birt zanjase aquella dificultad última, entregaría su tío las pesetas. ¿Cómo las pesetas? Más pesetas aún de las anunciadas. Todas las que precisasen. Entre tanto...

Pero D. Braulio irguió en la butaca el torax, y mostró la dentadura íntegra, amarilla y fiera como la de un león ensuciado por una penosa vida de jaula.

—Mire usted—cortó—. Su tío me ha ofrecido el dinero para hoy, y hoy tengo que cobrarlo. Hemos hecho cuanto se nos ha pedido. Tenemos convertido en zarandillo, nada menos que a Mister Birt, secretario de la Embajada inglesa, a un magnate.

Pero Aniceto mostró una intransigencia blanda. En el conciliábulo familiar se le había exigido que fuese la víctima, y allí estaba dispuesto a ser devorado. Hubo discusión, gritos de Tojo, iracundias, amenazas.

—¡Buenos cochinos son ustedes!—resumió don Braulio dando, al fin, su opinión sincera sobre aquella familia.

—Repáre usted—musitó el otro—que es usted sacerdote.

—Pero debajo de la sotana llevo calzón ¿eh? Y me sobran higadillas para tirarle a usted el bigote al suelo de un manotazo.

Ni así. Ni así se animó el tacaño. O darle el manotazo a aquel ser indefenso y cobarde, o irse.

Tojo se puso de pie, y lanzó su anatema y fulminó su castigo.

—Mañana aparecerá esta historia en la prensa. Esta, y otras. Son ustedes una gavilla de ladrones.

Razonó y amplió luego su juicio. De pronto habían aparecido en Madrid unos galopines que se dedicaban a negocios fantásticos. Ni tenían carbón, ni barcos, ni dinero, ni vergüenza. Mientras su fantasía no pasase de auto-inquietud anormal ¡allá ellos! Pero era el caso que, enredaban a la gente, perturbaban su sentido moral y su juicio, hacían concebir a sus ciudadanos ilusiones ruinosas.

—Yo—exclamó—llevo gastados cuarenta duros en coches, y veinte en telegramas.

Había que perseguir a tales impostores como se

persigue lo dañino para la tranquilidad social. Constituyan un peligro ciudadano. Aquello aparecía como una especie de delincuencia morbosa, contra la cual había que esgrimir la denuncia en la prensa y el cerco policíaco.

Diserto el concepto, D. Braulio se alejó con rencorosa catadura.

¿Qué había sucedido luego? Lerdo sería quien no adivinase.

Buitrago y Aniceto cambiarían impresiones. Sabría Dios qué suerte de intranquilidades azoraron aquellas conciencias. Conocería Satán la clase de embelecos que venían fraguando. En casa de cada rico nuevo hay por lo menos un cadáver oculto. Flota en las casas de los potentados súbitos la sombra tétrica de un expoliado, de un atracado, de una pobre víctima. Y aquel cura indómito, que había amenazado con periódicos y con policías, disidente, como un Lutero, de los negocios raros, les había infundido en las ánimas pavor amarillo y desazón verdosa.

¿Después...? ¡El plan!

Y había llamado la señora de Buitrago a Mendicuti para conmoverlo.

Eran Tojo y él muy amigos. Sondearían el pensamiento de Mendicuti hasta quedar cerciorados de si ambos conocerían el secreto de aquella familia, si sabrían donde estaba el cadáver de aquel lar. Ofrecerían, regatearían. Tal vez se zafasen sin soltar nada. Y esto lo haría mejor doña Carlota, que las damas saben ganar batallas si tienen astucia, aunque no dispongan de gracias voluptuosas, ni de encantos afrodisíacos.

Hicieron entrar a Mendicuti en el despacho, y a poco llegó ella.

Era un botijo envuelto en una bata roja. Tenía más bigote que Buitrago, y sus enormes pies se albergaban en sendas zapatillas negras. En aquel amasijo deforme de carne humana y de telas cursis, brillaban, empero, dos ojuelos listos.

Doña Carlota empezó narrando a Mendicuti la aventura del Sr. Tojo. Parecía mentira que todo un señor sacerdote se comportase de aquella guisa. ¿Era un hereje? De fijo estaría excomulgado por Su Ilustrísima. Ella misma había oído temblando detrás de la puerta tanta sarta de horrores.

(Se continuará.)





## SECCION DE CONSULTAS Y CORRESPONDENCIA

En esta sección serán contestadas únicamente las preguntas y consultas hechas directamente por los suscriptores de «Armas y Letras.»

*J. R. Santander 8.*—Después de fliado en el Tercio de Extrangeros, no se puede rescindir el compromiso ni aun para pasar a otro Cuerpo. La rescisión del compromiso, solo se concede a los menores de edad.

*J. S. T., Reus 4.*—Contestamos a sus preguntas: 1.ª su instancia llegó; 2.ª hay 7; 3.ª la propuesta habrá sido publicada seguramente cuando salga este número; 4.ª hace V. el número 1 para el Regimiento de Galicia, pero no será V. destinado por ahora por la escasez que existe de oficiales.

*F. C. de M., Xauen.*—Hace V. los números siguientes: Para las Zonas, el 1; para Isabel II, el 3; para Murcia, el 2; para Isabel la Católica, el 54; para Zamora, el 2; para los restantes hace V. número muy elevado y además no hay vacantes.

*A. R. R., Melilla 17.*—Se puede ir rebajando la fianza a medida que se aumentan los ingresos por cruces o quinquenios, hasta conseguir la devolución completa en caso de que se justifiquen devengos iguales a los de Capitán.

*R. A. G., León 12.*—No está V. aún clasificado para destino a Africa. Le enviamos las tapas. El número de Junio pasado está agotado. Hemos pedido a los corresponsales si les sobra alguno para enviárselo.

*E. G., Santa Cruz de la Palma 13.*—Hace V. el núm. 1 para destino a la Caja de Las Palmas.

*J. P., Cartagena 14.*—Se le envía en núm. 14. Su hermano para destino a los regimientos de Alcántara, Jaén, Badajoz y Vergara, hace en todos el número 1.

*J. M., Ceuta 6.*—La resolución de su instancia se halla pendiente de que la 6.ª Región envíe la información testifical que se le ha pedido.

*M. J. C., Ceuta 10.*—Para el depósito que exige la Real licencia, no sirve más que el papel del Estado y las hipotecas sobre fincas.

*J. C. de C., Ceuta.*—Hace V. el número 189 para ingreso en Intervención. Su hermano ha sido admitido en Carabineros el día 28 del pasado mes de Mayo con destino a la Comandancia de Almería.

*O. A., Zaragoza.*—El Alférez J. M. hace el número 42 para piloto y el 105 para observador. Se le envían contra reembolso las tácticas que pide. También se le manda el núm. de Noviembre.

*G. P., Ceuta 2.*—Hace V. el núm. 218 para ingreso en el Cuerpo de Intervención.

*J. F. de los M., Toledo 3.*—La Real Orden Circular de 15 de Febrero de 1921, (*Diario Oficial* número 36) le marca a V. todos los requisitos que son necesarios para contraer matrimonio.

*M. S., Lérida 6.*—Hace V. el núm. 17 para ser destinado a Africa. No se puede precisar el mes que esto haya de ocurrir pues depende las vacantes que se produzcan.

*J. M., Toledo 7.*—Con arreglo a la Circular de 18 de Diciembre de 1920 (*D. O.* núm. 287) se les concede la pensión de 5 pesetas, a partir del próximo

presupuesto que se apruebe. Como el actual, ha sido prorrogado, no puede regir el aumento de 5 pesetas, y se siguen cobrando 3 mientras no rija nuevo presupuesto.

*A. R. B., Melilla 5.*—A los tenientes de la Guardia Civil, no se les exige edad determinada ni fianza alguna para contraer matrimonio. Puede V. pues solicitar la R. L. con los documentos necesarios que para contraerlo se necesitan con arreglo a las leyes civiles.

*A. V., Barcelona.*—Se le envían por duplicado los números 14 y 15 que pedía.

*J. C., Segovia.*—Se le envía el núm. 15.

*Sr. Crisantos., Alhucemas.*—Recibido giro de 6,25.

*Centro Artistas., Toledo.*—Recibido giro de 11,05.

*Sr. Plates., Valladolid.*—Recibido giro de 11,75.

*Sr. Ramón., Ibiza.*—Recibido giro de 6,25.

*J. B., Almería.*—Recibida su carta y le hemos enviado los números 9 y 16 que pide. El verso se publica con mucho gusto.

*M. V.*—Agradecemos su indicación respecto al cambio de dirección del suboficial. Queda hecho como dice.

*L. M., Porcuna.*—Recibido «Ambiente Pueblerino.» Está bien, pero como usted mismo puede juzgar no encaja en la Revista. Mande otra cosa.

*J. V., Toledo.*—Recibidos sus trabajos. Procuraremos complacerle.

*E. S., Valencia.*—Los números se enviaron oportunamente. Para que no le falten se ha repetido el envío por certificado.

*R. R. M., Belorado.*—Se le envían los números 13, 14 y 15.

*A. E. J.*—La carta que cita no ha sido en nuestro poder. Recibido el giro de 7,50. Se le han enviado por certificado los números 15, 16 y 17 a la Comandancia de Cádiz.

*J. B. P.*—Recibida su grata. Se le envían los números 13 y 14.

*N. G. D., San Roque.*—Tomada nota de su cambio. Se le envían por certificado los números de Marzo, Abril y Mayo.

*B. F. E.*—Se le han enviado nuevamente los números 15, 16 y 17. Los números se le remiten con el paquete general que se manda al Regimiento.

*V. B., San Roque.*—Se le ha enviado nuevamente el número 14.

*M. M. B. San Fernando de Henares.*—Se le han enviado nuevamente los números 15 y 16.

*M. T. P.*—Se le envían, según solicita, los números 14 y 17.

*R. P. Monforte de Lemus.*—Se le han enviado certificados para usted y su compañero los números del primer trimestre del corriente año.

*F. S. G., Cádiz.*—Se le envían los números 13, 14 y 15, que pide.

*J. C. O.*—Se le envía el número de Abril.

*Sr. Rubio., Tarancón.*—Recibido su giro de 8,55 pesetas.

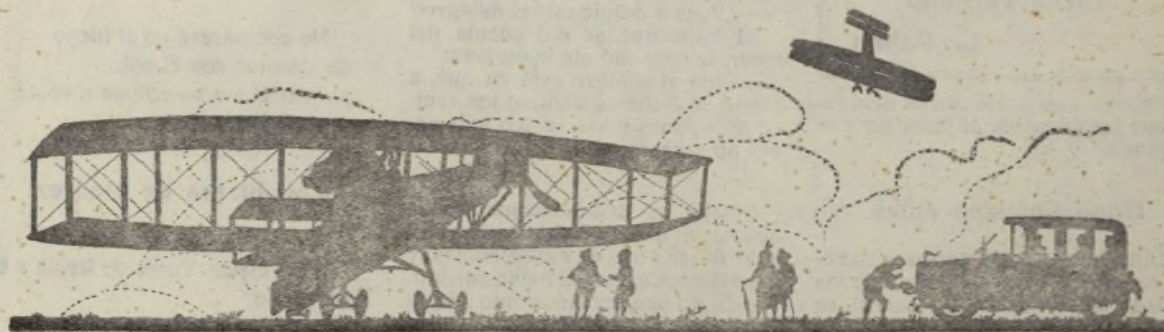
*M. Soler. Barcelona.*—Recibido giro de 15 pesetas.

*Sr. Quirós., Puente Caldetas.*—Recibido giro de 3,75 pesetas.



*Sr. Felipe., Córdoba.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. Collado., Cuevas.*—Recibido giro de 7,50.  
*Benistani y C.<sup>a</sup>, Barcelona.*—Recibido giro de 7,50.  
*Círculo Mercantil., Ferrol.*—Recibido giro de 12,50.  
*Gobierno Militar., Cuenca.*—Recibido giro de 15 pesetas.  
*D. Ramón Pozo., Monforte.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Mangada., Barcelona.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Yáñez., Alicante.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. Hernando., Barcelona.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. La Rosa., Barcelona.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Montesinos., Lequeitio.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. López., Melilla.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. Sanz., Benicarló.*—Recibido giro de 3,75.  
*D. Antonio Flores., Barcelona.*—Recibido giro de 7,50.  
*D. Emilio Pons., Palma.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Alamillo., Barcelona.*—Recibido giro de 13,75.  
*Nuevo Club., Ferrol.*—Recibido giro de 15 pesetas.  
*Sr. Gil., Puigcerdá.*—Recibido giro de 5 pesetas.  
*Sr. Sedó., Viana del Bollo.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Egea., Logroño.*—Recibido giro de 6,25.  
*Librería Internacional., San Sebastián.*—Recibido giro de 21,60.  
*Sr. Del Río., Peñafiel.*—Recibido giro de 19,80.  
*Sr. Velarde., Santander.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Rubira., Bilbao.*—Recibido giro de 11,25.  
*D. Alfonso de Borbón., Valladolid.*—Recibido giro de 11,25.  
*Casino de la Juventud., Ocaña.*—Recibido giro de 13,75.  
*Sr. Figueras., Sevilla.*—Recibido giro de 18,75.  
*Sr. Bordonado., Toledo.*—Recibido giro de 6,50.  
*Sr. Rapollo., Vitoria.*—Recibido giro de 4,70.  
*Sr. Domingo., Ampuero.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Lorenzo., El Pardo.*—Recibido giro de 10 pesetas.  
*Sr. Ayuso., Segovia.*—Recibido giro de 6,25.  
*Sr. Vela., Valladolid.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Silló., Valladolid.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. García M., Valladolid.*—Recibido de 3,75.  
*Sr. Vázquez., Ciempozuelos.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Arnau., Riaza.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Villoslada., Segovia.*—Recibido giro de 13,75.  
*Casino Principal., Lérida.*—Recibido giro de 18,75.  
*Sr. Céspedes., Teruel.*—Recibido giro de 12,50.

*Círculo Mercantil., Segovia.*—Recibido giro de 15 pesetas.  
*Sr. Esperanza., Guernica.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Baldocin., Zaragoza.*—Recibido giro de 7,50.  
*Casino de Zaragoza., Zaragoza.*—Recibido giro de 15 pesetas.  
*Sr. Iglesia., Valladolid.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Masif., Pamplona.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Pignotelli., Pamplona.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Ropero., Soria.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. Escola., Ceuta.*—Recibido giro de 15 pesetas.  
*Escuela Tiro Nacional., Alicante.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Romero., Palma de Mallorca.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Ferrer., Lumbreras.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. Menéndez., Valladolid.*—Recibido giro de 5 pesetas.  
*Sr. Rodríguez., Agramunt.*—Recibido giro de 3,75.  
*Sr. Jiménez., Ceuta.*—Recibido giro de 7,50.  
*Sr. Lizarte., Cartagena.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Panero., León.*—Recibido giro de 7,50.  
*Penitenciaría., Mahón.*—Recibido giro de 11,25.  
*Sr. Estéfani., Toledo.*—Recibido giro de 7 pesetas.  
*L. C. E., Melilla.*—Recibimos su dibujo cuando ya estaba compuesto el número. Por eso aunque está muy bien hecho, no hemos podido publicarlo. Daremos con mucho gusto sus apuntes sobre Melilla.  
*Capitán Bellver., Palma de Mallorca.*—Recibido su giro de 7,50. Muchas gracias por su atención.  
*S. M., Burgos.*—Se le han enviado los números 13, 14 y 15.  
*T. J. L., Toledo.*—Queda tomada nota de su nueva dirección. Puede enviarnos el importe de la suscripción por giro postal o en la forma que estime más conveniente.  
*F. de S. C., Córdoba.*—Se publica su artículo. Queda tomada nota de la nueva suscripción y pasaremos cargo por la Caja de ese regimiento. Muchas gracias por su interés.  
*H. F. C. Pontevedra.*—No encajan sus versos. Envíe otra cosa más en consonancia con la Revista y trataremos de complacerle.  
*M. V., La Estrada.*—Queda tomada nota del cambio que nos indica. Muchas gracias.  
*J. L. Santoña.*—Queda rectificado su apellido. Perdón la equivocación.





# PARA PASAR EL RATO

## DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

### Charadas

—Oye, *segunda-segunda*: Si no dejas ese todo, te *primera-tercera* y te entrego al *primera-primera* para que castigues tus atrevimientos.

—¿Ves aquel señor que tiene la *tercera-primera* en la mano? Pues es el señor *todo*, poeta que se distinguió mucho en su época, y que es muy amigo de *segunda-segunda*.

—No le veo.

—Sí, mujer, aquel que *tercera-segunda* el *bock* de cerveza.

—¿Qué juguete es el que más te gusta?

—El *tercera-primera*.

—¿Qué pescado comes con más gusto?

—El *segunda-primera*.

—Dime el nombre [del actor más célebre de quien has oído hablar.

—*Todo*.

### Jeroglíficos.

Go Go Go Go Go

Negación

Mal  
perro

### Anagrama.

Elena Verbado

La Palma

Formar con estas letras debidamente combinadas, el título de una zarzuela.

### Conocimientos útiles.

**Limpieza de los zapatos blancos.**—Los zapatitos blancos de los niños, si son de piel o charol, se

limpian muy bien con leche por medio de un trapo. Cuando son de fieltro se les frota con blanco de España pulverizado, con una muñequilla de papel de seda.

Los zapatos blancos de raso se frotran con un pedazo de lana embebida en alcohol.

**Conservación de pieles.**—Antes de guardarlas deben espolvorearse con la siguiente mezcla: Polvos de pelitre, 10 gramos; alcanfor en polvo, un gramo.

Coloquense en armarios bien cerrados, y para mayor seguridad pueden pegarse tiras de papel en todas las aberturas.

El naturalista Mr. Eloffe recomienda una fórmula que él usa de ordinario para dar a las pieles el lustre que han perdido. Es necesario, dice para una piel de nutria, medio litro próximamente de esencia mineral, verter primero cierta cantidad sobre el pelo y con un trapo extenderla por todas partes. Después, con un trozo de lana se frota constantemente en la dirección del pelo hasta que la piel esté seca, lo cual se conoce en que aparece el lustre.

### CASOS Y COSAS

**Definición:**—¿Qué es un presidente?

—Un hombre que buscando un reloj, se ha encontrado una cadena.

Predicando en un pueblo un Padre Dominicó y enumerando los grandes milagros de Jesucristo, sufrió involuntariamente una gran equivocación y dijo:

—Jesús con «cinco mil» panes y «cinco mil» peces, dió de comer a «cinco» personas.

El herrero del pueblo le interrumpió preguntándole.

—¿Pues a dónde está el milagro? El fraile que se dió cuenta del error, le contestó sin inmutarse:

—Pues el milagro está en que, a pesar de haberse comido los «cinco mil» panes y los «cinco mil» peces no reventaron.

Estaba un andaluz contando los apuros en que se había visto para salir de un pozo de aguas sucias, y los peligros que en él había corrido.

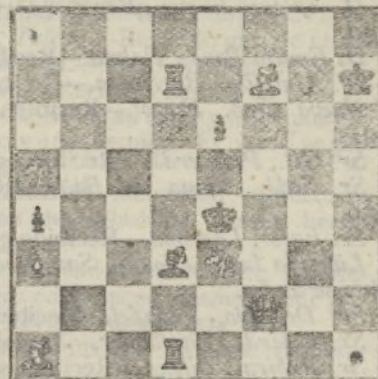
—Si no acuden tan pronto en mi

auxilio—decía—me ahogo sin remedio. La inmundicia me llegaba ya a los tobillos.

—Pues entonces—le replicaron—no era grande el peligro.

—¡Es que había caído de cabeza!

### Problema de ajedrez



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

### Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

A las charadas:

Melocotón.

Generosa.

Dársena.

Pépita.

Al jeroglífico:

Tres grados bajo cero.

Cuatro concursantes

### Fuga de vocales.

No compararé yo el fuego de tus ojos con el sol, porque el sol se eclipsa a veces y tus bellos ojos no.

### Al problema de ajedrez.

Jugada clave: Torre de Reina a 5 de Caballo.